

EL SANTÍSIMO CRISTO DE “EL CONGOSTO”

JOAQUIM YEBRA

Madrid y Verano (2012)



“Nadie fue ayer,
Ni va hoy
Ni irá mañana
Hacia Dios
Por este mismo camino
Que yo voy.
Para cada hombre guarda
Un rayo nuevo de luz el sol...
Y un camino virgen
Dios”

León Felipe



CONTENIDO:

INTRODUCCIÓN.....	3
EL INDOMABLE.....	10
PALABRAS BORRADAS.....	21
EL ESPERADO	26
LA LUZ.....	33
DANOS FE Y LÍBRANOS DE LA CREENCIA.....	41
NOSOTROS Y LOS OTROS	46
¿PODEMOS UBICAR A JESÚS DE NAZARET EN EL CRISTIANISMO QUE DEFIENDE AL NEFASTO SISTEMA DE EXPLOTACIÓN CAPITALISTA QUE GENERA HAMBRE, MISERIA, GUERRA Y DESTRUCCIÓN?	56
LA CEGUERA.....	66
“DADLES VOSOTROS DE COMER”	71
UNA PROFETISA OLVIDADA.....	79
JESÚS FRENTE A LA RELIGIÓN MANIPULADA Y MANIPULADORA.....	94
LA PERVERSIÓN QUE EL CRISTIANISMO ORGANIZADO HA SILENCIADO Y SIGUE HACIÉNDOLO.....	98
CRISTO JESÚS ES LA PALABRA IMPERATIVA DE DIOS, LA VERDAD DEL CAMINO QUE CONDUCE A LA VIDA.	106
DIOS EN BUSCA DEL HOMBRE	110
DOMINUS ILLUMINATIO MEA.....	115
EPÍLOGO.....	123

Juan 1:1-5, 9-14, 17-18.

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

Este era en el principio con Dios.

Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.

En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella...

Aquella luz verdadera, que alumbra a todo hombre, venía a este mundo.

En el mundo estaba, y el mundo por Él fue hecho; pero el mundo no le conoció.

A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.

Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios;

Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.

Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad...

Pues la Ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer.”

Introducción

“Cuando hablo de religión no aludo a la formal, ni a la ritualista, sino a esa religión que se encuentra por debajo de todas las religiones y que nos enfrenta cara a cara con nuestro Creador.”

Mahatma Gandhi

(1869-1948)

Lo que sigue responde al descubrimiento realizado por algunos de nosotros, ciertamente pocos, en el curso de varias décadas en este lugar de la Villa de Vallecas, próximo a Madrid, que los antiguos denominaron “El Congosto”, voz que significa “angosto desfiladero entre montes”.

Aquí llegamos un pequeño grupo de hermanos hace ya bastantes años con el propósito de establecer una comunidad cristiana “sin concesiones a nadie que no fuera nuestro Señor Jesucristo”, como reza la dedicatoria de la Biblia de púlpito que nos regaló *Eugenio Gil*, un hermano querido.

Varios de aquellos hermanos ya han partido para descansar bajo la mirada de Dios hasta el Día de la Segunda Venida del Mesías Jesús.

Por la sola gracia misericordiosa de Dios nuestro Señor hemos podido mantener nuestro testimonio imperfecto en este lugarcito del mundo por el que hemos llegado a sentir un gran cariño.

Hoy la Villa de Vallecas es muy diferente a la que encontramos en el mes de marzo del año 1973. En aquellos días escribí un poema en el que quise reflejar los grises acentos residuales de una postguerra que parecía continuar estando presente en la degradación del lugar:

“Valle del Kas, yo quiero saludarte;
abrazarte, de poder, lo hiciera,
y al hacerlo, a tus gentes les dijera
que quiero en ti y en ellos alegrarme
de ser y de sentirme pueblo, pueblo...
Valle del Kas, que otrora recorrías
Del Cerro Gordo a la Arboleda vieja;
Valle del Kas, con olor a gallinejas
Y sabor a los acentos de las gentes
De la anchurosa geografía de las hambres
De esta piel de toro sin la víscera
Que nutre y alimenta, alegre y labra.
Valle del Kas de la postguerra fría
Y las chabolas peinadas de Uralita.
Valle del Kas, ¡qué lejos está el norte!
Con sus cielos sin contaminaciones,
Con los parques y jardines que a ti,
Valle del Kas, no quieren darte,
Para que no huelas a rosas, ni respires
Los aromas del césped de la tarde.
Valle del Kas, no tienes biblioteca,
Ni Casa de Cultura, ni arboleda...
Por no tener, ya no te quedan,
Ni arroyos, ni huertas, ni pájaros cantores,
Tan sólo unos gorriones que alegran a los viejos
Frente al parado reloj del Consistorio.
Valle del Kas, con todo yo te quiero
Porque eres poblado dirigido,
Zona degradada de tricolor fracaso,
U.V.A. con flores de esperanza
En maceta, bacín o lata vieja;
Barrio popular, mi barrio obrero
De acentos andaluces y extremeños.
¡Valle del Kas, en ti me siento pueblo!”

En muchos aspectos, creo haber fracasado sonoramente.

Eben-Ezer es básicamente una iglesia evangélica más...

Y, sinceramente, debo confesar que ese no fue mi propósito inicial.

Además de mis muchos errores –los que reconozco, los que muchos me recuerdan, los que nunca me han compartido, más los que sólo Dios conoce- la visión original se ha ido nublando y diluyendo en alguna medida.

Aquella iglesia de mis sueños, chabolita con tejado de Uralita, con un Cristo vestido de zapatillas y Evangelio –no de deportivas hechas por niños en algún lugar del “*tercer mundo*”- hoy es un pobre local alquilado, gracias a Dios, en una calle que encontramos vacía y en la que hoy nos resulta difícil hallar espacio para estacionar nuestro utilitario.

Solamente queda algo que espero sea el fermento, la levadura que leude el resto de la masa. Será difícil, pero en vista de la actual crisis, pudiera darse el remoto caso de que algunos hermanos queridos despertaran del funesto sopor en que nos encontramos en este sector de la cristiandad occidental acomodada sobremanera.

Por eso seguimos al pie del cañón, difundiendo el mensaje del amor de Dios en Cristo Jesús, acogiendo a todos, borrando lo más posible los signos que distancian y separan a los hombres y mujeres, compartiendo comida, ropa, Biblias, cariño.

Creo en el Dios de los milagros, en el Dios y Padre de Jesús de Nazaret.

Sólo soy consciente de haber mantenido el principio que nuestro Señor nos dio, cuando nos profetizó que nos quería “*una comunidad pobre, pero rica en misericordia.*”

Y en obediencia a nuestro Señor hemos renunciado como comunidad cristiana a tener propiedades por dedicarnos hacia fuera, a compartir lo que Dios nos ha multiplicado y sigue multiplicando de la manera milagrosa en que Él hace todas las cosas.

Así hemos ido experimentando la evolución desde la fe intelectual con que llegamos, es decir, una fe basada en el intelecto, en tradiciones, doctrinas y dogmas asentados en la mente, hacia una fe existencial, asentada en la experiencia, cada día más distante del cristianismo organizado, al menos en lo que a mí se refiere.

De ahí se desprende que un día, siguiendo la costumbre española de vincular el nombre de nuestro bendito Señor y Salvador al topónimo del lugar de ubicación de la comunidad de fe, se me ocurriera la designación “*Santísimo Cristo de El Congosto*”, como denominación complementaria al Nombre de Jesucristo, para enlazarlo con un momento específico en el tiempo y el espacio, es decir, con un determinado lugar geográfico.

Y así, del mismo modo que hablamos del *Cristo de Galilea*, de *Jesús de Nazaret*, del *Cristo del Calvario*, del *Cristo de la Gloria*, he sentido el anhelo de vincular a nuestro Señor y Salvador Jesucristo con el lugar amado al que su Santo Espíritu nos llamó a levantar un humilde lugar de testimonio cristiano.

La idea brotó en mi mente a raíz de entrar en contacto con unos amados hermanos de unas congregaciones que se autodenominan “*Iglesia del Cristo del Perú*”, con quienes pudimos compartir Biblias, tratados y otros materiales para la obra evangelizadora en aquella amada nación de la Hispanidad.

Si ellos podían referirse a su comunidad como “*Iglesia del Cristo del Perú*”, ¿por qué no íbamos nosotros a referirnos a nuestra asamblea cristiana como “*Iglesia del Santísimo Cristo de El Congosto*”?

Con ello nunca he pretendido originar una advocación, al estilo romanista, sino simplemente pretendí darle un toque de tipismo a nuestra comunidad cristiana; apenas una leve pincelada del casticismo del que tanto adolece el movimiento evangélico español, del que formamos parte; un movimiento apestosamente extranjerizado por la influencia anglosajona, prácticamente en exclusiva.

Por cierto, aprovecho para aclarar que no es el anglosajonismo lo que me resulta duro de aceptar, particularmente dada la circunstancia de mi bilingüismo bicultural, sino el hecho de que no exista en nuestro movimiento casi absolutamente ninguna posibilidad de inculturación

con otras esferas culturales, valga la redundancia, como si sólo existieran los Estados Unidos de América y algún resto del viejo Imperio Británico.

Y si pensáis en la influencia latinoamericana de nuestros días, ésa corriente nos llega ya igualmente “*americanaza*” desde sus orígenes. El aroma del “*Big Brother*” del norte es casi insufrible, como si toda esa corriente fuera, más que latina, una “*traducción macarrónica*”.

Lo cierto es que sólo he mencionado este nombre de “*Santísimo Cristo de El Congosto*” unas pocas veces a los más íntimos, como de soslayo. Puedo asegurar que no tengo particular interés en mantenerlo. Las escasas ocasiones en que lo he mencionado ha sido como si pretendiera sólo hacer una travesura en medio de la aparente seriedad forzada del ambiente evangélico establecido.

Desde que te has aventurado a leer estas páginas, amigo lector, puedes, si quieres, considerarte uno de aquellos con quienes he compartido este nombre.

Puedo aseguraos que tampoco pretendo levantar una bandera o estandarte con este apelativo. Para nada, creedme.

A mí, personalmente, me asustan bastante todas las banderas, estandartes, pendones y gallardetes... y algunas me asustan más todavía, porque en realidad no conozco ninguna que no esté empapada en sangre, propia y ajena, dejando un infernal rastro de muerte, de viudas y huérfanos; ni tampoco soy consciente de la existencia de bandera alguna que no tenga su fundamento en la ignominia de enfrentar a los pueblos armados por quienes sólo emplean a los hombres para la defensa de sus intereses de clase dominante.

De modo que si esperas que voy a desarrollar este título que suena a advocación, entrar en profundidades explicativas, justificar posturas y otras zarandajas, vas a sentirte muy defraudado porque no lo pienso hacer.

Creo que ni siquiera voy a mencionarlo muchas veces más en el curso de estas letras. Apenas dos o tres veces más.

Y es que, en realidad, lo he utilizado como título de este breve trabajo sin saber muy bien por qué.

Quizá sólo he pretendido llamar la atención al personal. Va a ser eso.

Puede que sea una especie de “*autodisculpa*” para abrir de par en par el corazón y compartir lo que uno siente de veras.

¿Qué disculpa no tiene en el fondo una buena dosis de “*autodisculpa*”?

Quizá sólo para mostrar que no creo en el “*Cristo*” oficial del cristianismo organizado, dentro del cual, naturalmente, nos encontramos junto a millones de hermanos con quienes compartimos nuestra fe en el Resucitado y la esperanza bienaventurada de su Segundo Adviento en poder y gran gloria para buscar a quienes le amamos y esperamos. Y todo ello a pesar del exacerbante y aberrante denominacionalismo importado e impuesto.

Según vemos nosotros las cosas, Cristo y el cristianismo institucionalizado no deberían jamás confundirse, por cuanto poco, muy poco, tienen en común. De lo contrario podríamos, como dicen los ingleses, “*tirar al bebé con el agua del baño*”, cosa que hemos de procurar no hacer jamás de los jamases.

El “*Cristo*” del cristianismo organizado no es nada más que todo el cúmulo de dioses y dioscecillos de la idolatría del corazón del hombre bajo un solo nombre, con uno solo apelativo, bajo un solo epíteto, dentro de un solo “*paquete*”.

El “*Cristo*” de lo que también nos gusta denominar el “*religionismo*” es un producto inventado y decorado convenientemente para ponerlo a la venta en el mercado de la gran feria de las vanidades.

El Cristo verdadero no tiene nada en común con este ídolo fácilmente manipulable.

El falso “Cristo” nunca va a ser el Cristo verdadero porque nosotros lo invoquemos con ese nombre. Nuestros apelativos no van a cambiar las cosas en absoluto.

El “Cristo” falso no es nada más que una grotesca caricatura con mínimos elementos de coincidencia con la realidad. Sólo puede ser parte de nuestras pertenencias: Nuestra casa, nuestro coche, nuestro ordenador, nuestra carrera, nuestro trabajo, nuestra iglesia, nuestro club, nuestra cuenta bancaria, las tarjetas de crédito (¿o débito?), y la de los grandes almacenes...

Un objeto más entre todas las demás cosas de nuestra propiedad.

Puede que sea incluso la “cosa” más importante, pero “cosa” al fin y al cabo, al estilo de la afirmación erróneamente citada, incluso por evangélicos aparentemente conocedores de la Biblia, al decir que el Primer Mandamiento de la Ley de Dios es “*amarás a Dios sobre todas las cosas*”, en lugar de “*Oye, Israel: YHVH nuestro Dios, YHVH uno es. Y amarás a YHVH tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas.*”

Tristemente, de esa manera se cosifica a Dios, reduciéndole a ser el objeto más importante de la vida, pero “objeto” al fin y al cabo.

El verdadero Cristo Jesús es fuerza revolucionaria que transforma los corazones; es fuente de vida y bautismo de fuego.

Decididamente, mi comunión es con personas solamente. Las siglas no me dicen nada, a menos que resulten muy útiles, incluso imprescindibles, especialmente en momentos de un gran apuro fisiológico, como es el caso de las siglas “W.C.” mundialmente conocidas por su grandísima importancia.

A propósito, si no te gustan estas reflexiones, amable lector, o te parecen intolerables, pues es bien sencillo, deséchalas y pasa tranquilamente. Es tu privilegio.

Examínalo todo, retén lo bueno, como aconseja el Apóstol Pablo, si es que hallas en estas páginas algo beneficioso para tu vida.

No te hagas problema con estas páginas. ¡Ya hay bastantes problemas en el mundo! Sobre todo, sé feliz.

Al fin y al cabo, según veo las cosas, decir “*Santísimo Cristo de El Congosto*” es como decir “*Santísimo Cristo de cualquier lugar*”, sin exclusivismos ni nacionalismos de ninguna especie.

Sólo espero que esto sirva para que descubramos o afiancemos nuestra necesidad de vincular y asociar amorosamente a nuestro bendito Salvador al lugar donde residimos o donde llevamos a cabo nuestro ministerio cristiano entre hombres, mujeres y niños con quienes compartimos el gran don de Dios: la vida.

Nada más alejado de otras pretensiones y propósitos, especialmente de carácter separatista o exclusivista.

También ha influido en mi vinculación de “*El Congosto*” a la bendita persona de nuestro único Señor y Salvador Jesucristo el hecho del propio significado de esta voz, muy próxima al sentido etimológico del nombre “*Mishrayim*”, la designación en el hebreo bíblico para la tierra de Egipto, un vocablo en forma dual, de “*Misr*”, es decir, “*tierra*”, lo que implicaría realmente “*dos tierras*”, probablemente aludiendo a los extensos terrenos separados por el largo curso del río Nilo.

En el hebreo bíblico, “*mitzrayim*” se relaciona con la voz “*meitzar*”, un “*estrecho*”, principalmente de naturaleza acuosa, lo que aludiría a los pequeños golfos a ambos lados de la península de Sinaí.

De ahí pasó a adquirir el sentido de “*fronteras*”, “*límites*”, “*limitaciones*”, “*restricciones*”, “*valle estrecho flanqueado por colinas*” y de forma genérica cualquier “*lugar estrecho*”.

Naturalmente, todo esto nos hace pensar en las penurias sufridas por las tribus hebreas durante su permanencia en la casa de servidumbre en *Mishrayim*, es decir, en el Egipto faraónico.

Créeme, este “*Congosto*” puede ser cualquier otro “*congosto*”, cualquier pasillo angosto, sea en sentido literal o figurado, por el que el hombre debilitado o empobrecido se vea forzado a discurrir en la estrechura del curso de la vida impuesta por los poderosos...

Por los que esclavizaron al pueblo de Israel...

Por los que mataron a Jesús de Nazaret...

Por los que jamás han entendido que fueron liberados para ser liberadores...

Por los que desde sus torres de marfil, o de acero y cemento, deciden sobre la vida y la muerte diaria de cuarenta mil niños por hambruna en el llamado “*tercer mundo*”, mientras los vaticanos –son muchos, no sólo el de Roma- erigidos bajo el “*nombre-pretecto*” de Jesucristo miran en otra dirección y emprenden rutas que no pasan por el camino de los maltratados por los poderosos auspiciadores de la inmensa mayoría de los círculos eclesiásticos.

Por cierto, siempre son los mismos, los decentes de toda la vida, los que siempre están de parte de los vencedores por las armas derramadoras de sangre o por el poder del dinero y las influencias –que son las que más matan- los temerosos de que algo pueda producir algún cambio, porque a ellos les ha ido bien en la feria de las vanidades, y pudiera darse el caso de que se alterara de dirección el viento, siempre cambiante por definición.

Por consiguiente, lo que voy a compartir a continuación contigo, paciente lector anónimo – observa que el ofrecimiento es sin precio ni condiciones- responde o intenta responder a la pregunta que algunos me han formulado, dentro y fuera del medio eclesiástico, al comprobar que la mayoría de mis sermones, estudios bíblicos, conferencias, libros y artículos apuntaban simultáneamente hacia el más apretado abrazo a Jesús de Nazaret y el más hondo rechazo del cristianismo organizado en cualquiera de sus versiones, al menos de las que hemos conocido hasta el día de hoy. Y han sido bastantes.

Muchos de mis amigos y hermanos sabéis, para decirlo con pocas palabras, que sencilla y llanamente no creo en esa versión de cristianismo organizado e institucionalizado; es decir, que no me fío de esa religión, sino que mi fe radica en Jesús de Nazaret y la cristiandad.

Por “*cristiandad*” entiéndase el pueblo cristiano llano y sencillo, -el que no es sencillo y llano tampoco es pueblo- sin apego a las jerarquías, tanto a las visibles como a las ocultas tras sutiles maquiillajes y nepotismos más que vergonzosos.

Muchísimos de estos cristianos de “*a pie*” no profesan formalmente la adscripción a las organizaciones religiosas llamadas “*iglesias*”, pero son temerosos de Dios.

Incluso, a veces, mucho más temerosos del Señor que los que cuentan con sus nombres inscritos en los registros de membresía del cristianismo institucionalizado y forman parte del entramado denominacionalista.

Ese pueblo es el portador de la auténtica espiritualidad.

Son personas corrientes y vulgares que han vivido y viven en rectitud y solidaridad, con iglesias, sin iglesias o a pesar de las iglesias.

Seguramente estarás pensando, lector, en algún familiar tuyo, una tía, unos padres, unos abuelos, unos bisabuelos, vaya usted a saber.

Nunca tuvieron una Biblia en sus manos, pero vivieron una vida de amor a Dios y lealtad a principios que dimanaban de la Santa Palabra de Dios que nunca conocieron como la conocemos nosotros, al menos en la letra.

Esto debería ser ya suficiente para que nos percatáramos del hecho incuestionable de que la “Palabra de Dios” es la que sale de la boca de Dios y el Espíritu Santo nos trae. La Biblia es la Escritura de esa Palabra.

¡Tengamos cuidado porque “la letra mata; el Espíritu es el que vivifica!”

Confieso y asumo con todas sus consecuencias todo cuanto digo en estas páginas...

Tú, amigo lector, sabes quién soy; yo no conozco tu identidad.

Personalmente me comprometo en cuanto asevero. Tu lectura no implica compromiso. Mi escritura, sí.

Tú puedes permitirte el lujo de leer y de juzgar, y estás en tu derecho.

Repara en la diferencia. Puedes jugar con ventaja.

Pretendo ser sincero con nombre y apellidos...

Quedaré muy, pero que muy satisfecho si lo logro...

No obstante, estas afirmaciones, como tú puedes imaginar, me han venido produciendo muchos disgustos e innumerables malentendidos, acusaciones e incluso algunos “sambenitos” inquisitoriales, especialmente entre quienes no preguntan ni dialogan, sino que directamente pasan a emitir juicios severísimos y siempre condenatorios. Es su oficio desempeñado desde hace muchos años.

Éstos son quienes infortunadamente optan por desprestigiar, acusar, levantar falsos testimonios, inventar historias y otras labores propias de los más desocupados de entre los hombres, sea porque se sienten atacados en su ociosidad –nada más lejos de mi intención y falta de motivación y tiempo para hacer tal cosa- o porque de alguna manera intuyen que les afecta lo que aquí trato de expresar. Y en eso no se equivocan.

Me resultaría mucho más cómodo, créeme lector, vivir lo que implica el viejo refrán castellano que reza: “¿Dónde va Vicente? Donde va la gente”.

Pero eso significaría primeramente ser “Vicente”, cosa que puedo asegurar que no soy, aunque no tengo absolutamente nada en contra de este nombre, y después vivir en contra de mis principios y engañar a otros, afianzar y robustecer lo más opuesto a mi fe y traicionar a mi Señor en la visión que me ha dado de su Persona y de su Evangelio.

Por eso en esta ocasión, como en muchas otras, pretendo explicaros a pecho descubierto el porqué de mi posición, nada novedosa por cierto, y que llevo manteniendo y compartiendo desde hace bastantes décadas, tanto públicamente como en privado, desde mucho tiempo antes de que tú y yo nos conociéramos y se enterara de ello el primero de mis amigos y de los otros.

Naturalmente, los más avispados, pocos, siempre se dieron cuenta.

Los menos avispados, los más, hicieron alguna mueca de sospecha ante un tufillo que no les terminaba de convencer. Continúan arrugando la nariz cuando me escuchan o me leen.

Sintieron o barruntaron que había gato encerrado...

Así son las cosas... “¡Miau!”

Pero, a pesar de todo, sigo creyendo en la posibilidad de una Iglesia vestida de Evangelio y zapatillas. Esa es mi utopía... ¿Cuál es la tuya?

Eso es lo único que hay bajo esa designación del “Santísimo Cristo de El Congosto”.

Cualquiera otra atribución será cosa tuya, amigo lector.

EL INDOMABLE

*“Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob,
no el de los filósofos y los escolásticos... Certeza,
Certeza. Sentimiento. Felicidad. Paz.”*

Blaise Pascal.

(1623-1662)

En mi experiencia con Jesucristo, pronto comprendí que hay algo en la bendita persona de nuestro Señor y Salvador que no permite que se le organice, que se le dome, que se le domestique e institucionalice sellándole con nuestra propia “marca”.

Eso fue precisamente lo que procuraron hacer con Jesús de Nazaret todos los poderes fácticos de la época: Fariseos, saduceos, herodianos, etc. Pero nuestro Señor pasó por en medio de ellos, tal y como sigue haciéndolo hoy.

Creo que lo que impide semejante domesticación es su santa rebeldía ante la religión organizada, brazo espiritual de del poder establecido.

Ante los propósitos de maderaje del estado secular y siempre imperialista...

Ante las intrigas palaciegas de los señores de este mundo que quieren convertir a Jesucristo en un demiurgo al servicio del poder de los reinos de este mundo...

Ante la riqueza diferenciante obtenida por quienes viven bajo la fuerza impelente del afán por el lucro y la dominación, mediante la explotación de los más débiles y debilitados...

¡Cuántos empobrecidos se precisan para fabricar a un enriquecido!

Ante la hipocresía de quienes ostentan o detentan el poder establecido y su caótico orden impuesto para la defensa y preservación de sus bienes injustamente ganados...

Ante los que se valen de la religión organizada como freno para mantener sumisos a los pueblos explotados, adormeciéndolos con su viejo opio mezclado con humedades de sacristía...

Hoy, cuando el auspicio de la religión organizada produce menos efectos adormecedores que organizar “*botellones*”, por poner un ejemplo sencillo y cotidiano, los poderes fácticos están alejándose paso a paso de su tradicional posición de primordiales “*sponsors*” de la religión institucionalizada, y eso está poniendo cada día más nerviosos a los gerentes del religionismo tradicional.

Por otra parte, estoy absolutamente convencido de que la santa indignación, la santa rebeldía, no puede organizarse ni en la bendita persona de Jesucristo ni en nadie.

Tan pronto se procura organizar y dirigir esa indignación, inventando conductos a través de los cuales hacerla discurrir hasta su disolución, se acaba con ella, se le pone fin, se le mata, se le circunscribe al ámbito del “*statu quo*”.

Se termina por expedir carnets oficiales de rebelde, con foto, huellas digitales, firma y número de afiliación obligatoria del “*sindicato estatal de rebeldes colegiados*”. Después, se solicitarán fondos y asignaciones para poder llevar a cabo las actividades necesarias para convertir en “*rebeldes-sumisos*” a los afiliados.

Y creemos que así es como fue concebida una religión sobre Jesús, un sistema religioso acerca de Jesús, cada día más alejado del Jesús histórico, y que es lo que nos ha llegado a nuestros días como “*crístianismo*”, término al que a nosotros nos apetece añadir siempre la coetilla de “*organizado*” o “*institucionalizado*” para destacar nuestro firme rechazo de la primacía del dogma sobre la experiencia personal y directa de lo trascendental.

La relación con Dios es fundamentalmente personal y dialógica, un encuentro entre absolutos desiguales para establecer un diálogo que constituye la identidad humana en un proceso de enamoramiento, de radical apertura del uno al otro.

Nadie puede organizar una tormenta, aunque el hombre haya llegado a la Luna y enviado sondas a varios de los planetas del sistema solar.

Nadie puede poner barreras al mar, ni desviar el curso de los huracanes.

Mi padre solía decir que “no se pueden poner puertas al campo”.

Cuando se procede a intentar atar a Jesús de Nazaret con cuerdas, como pretendieron hacer sus parientes más próximos cuando creyeron que el Señor estaba fuera de sí, el resultado es la asfixia del que con su palabra y su vida produce un caos en el sistema imperante de los dominadores.

Cuando los parientes de Jesús de Nazaret se enteraron de que éste y su compañía de discípulos no tenían ni siquiera tiempo para comer, pues multitudes venían al Señor para ser sanados de sus enfermedades y librados de sus inmundicias, entendieron que Jesús sencillamente se había vuelto loco, si bien el traductor del texto evangélico suaviza la expresión por “*estar fuera de sí*”, un eufemismo que tristemente puede borrar una buena parte del sentido original, y al traducir el original griego “*atarle con cuerdas*”, opta por el verbo “*prenderle*” o algún otro sinónimo, y de ese modo logra el mismo objetivo.

Marcos 3:7-12, 20-21: “Mas Jesús se retiró al mar con sus discípulos, y le siguió gran multitud de Galilea, y de Judea, de Jerusalem, de Idumea, del otro lado del Jordán, y de los alrededores de Tiro y de Sidón, oyendo cuán grandes cosas hacía, grandes multitudes vinieron a él. Y dijo a sus discípulos que le tuvieran siempre lista la barca, a causa del gentío, para que no le oprimiesen. (No le gustaba que le oprimieran, como tampoco a nosotros, ¿no es cierto?). Porque había sanado a muchos; de manera que por tocarle, cuantos tenían plagas caían sobre él. Y los espíritus inmundos, al verle, se postraban delante de él, y daban voces, diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Mas él les reprendía mucho para que no le descubriesen... Y se agolpó de nuevo la gente, de modo que ellos ni aun podían comer pan. Cuando lo oyeron los suyos

(griego: ‘oí pará tinos’, ‘quienes le eran cercanos’, ‘los suyos’, ‘su familia’, ‘sus parientes’), vinieron para prenderle (griego: ‘kratesai’, de ‘krátos’, ‘fuerza’, ‘poder’, ‘hacerse cargo de alguien por la fuerza’, ‘atar con cuerdas’); porque decían: Está fuera de sí. (griego: ‘existamai’, “volverse loco”, ‘portarse como un loco’).”

Cuando se pretende acometer la labor nefasta de “*desuniversalizar*” la filiación divina, y poner fin a la espiritualidad de Jesucristo, substituyéndola por la eclesiastización, entonces lo que permanece es el cadáver de lo que nosotros mismos hemos asesinado de manera cobarde y traidora.

Así es como vemos nosotros la realidad de Jesucristo dentro del ámbito del cristianismo organizado. Por años nos hemos resistido aceptar una cruda realidad que no nos gustaba. Pero llega el momento en que uno dice ¡basta! Seguro que a ti, amable lector, también te pasan estas cosas en algún plano de la vida.

Y así ha sucedido con el mensaje de nuestro Señor Jesucristo y su persona. Lo hemos revestido, tapado, maquillado y cosas peores.

El cristianismo institucionalizado no es nada más el cadáver momificado, el fósil, los huesos secos de lo que Jesucristo vino a traernos.

Podemos venerar esos huesos, tenerlos en altísima estima, adorar esos restos, trasladarlos a un museo. Eso es algo que parece ser consustancial a la práctica humana como parte de la vieja naturaleza de los hombres, pero hay algo que no se le puede hacer a un cadáver, por mucho que lo intentemos, y eso es devolverle a la vida.

Es como una imagen que no respira, aunque tenga ojos y oídos y boca y manos y piernas. A la imagen más hermosa, por muy virtuoso que pueda ser su artista, no le podrá jamás ni dar ni devolver el hálito. Por eso es que sólo el Dios Altísimo es Señor de la vida y de la muerte. Sólo Él puede ser Autor de la Resurrección de Jesús el Cristo.

La imagen más perfecta no puede ver, ni oír, ni hablar ni andar.

Sólo es un “*ninot*”, un monigote, una caricatura frecuentemente de mal gusto, e incluso a veces tan sólo un grotesco espantapájaros de melonar.

Así es el cristianismo sin la presencia real de Jesucristo por su Santo Espíritu.

Es una carga que podemos arrastrar por siglos, buscando patrocinadores de cualquier especie, como podemos todos constatar en el registro histórico, pero seguirá siendo impedimenta para el camino, carga pesada y costosísima.

Podremos abrillantarla, pulirla, lustrarla e ilustrarla para que su apariencia resulte engañosamente atractiva, como los sepulcros blanqueados de los viejos profetas de Israel, a los que se refiere Jesús de Nazaret en el Evangelio, ornamentalmente embellecidos por fuera pero llenos de huesos secos e inmundicia en su oscuro interior.

Será, no obstante, una carga absolutamente incapaz de liberar, por cuanto no hay carga hecha por los hombres que pueda liberar a nadie de nada. Una carga no puede liberar de otra carga. Dos males jamás producen un bien.

El Resucitado es Jesucristo, no el cristianismo ni ningún otro “*ismo*”.

Los “*ismos*” son factura humana, y siempre responden a intereses mezquinos nacidos en el afán por el lucro a costa de los debilitados y vulnerables, y la dominación del hombre fuerte sobre su hermano el hombre debilitado y empobrecido.

Creo que el cristianismo institucionalizado lleva muchos siglos esforzándose por “*domesticar*” a Cristo Jesús, y de ahí se desprende mi náusea ante semejante indignidad vil y repugnante.

Jesús predicó el Reino de Dios. Nosotros hemos sido inducidos a predicar nuestras organizaciones eclesiásticas. El Reino fue su anuncio y praxis, mostrando que no se trataba del

reino teocrático que esperaba la izquierda nacionalista, paradójicamente rechazada, como siempre suele ocurrir, del Israel invadido por el imperio romano, sino la presencia activa y revolucionaria del Dios Eterno en el universo cósmico, social, económico, religioso, comunitario y personal.

Jesús mostró que el Reino de Dios es la presencia transformadora por su Santo Espíritu, quien viene a buscar lo que es suyo, a reclamar la pertenencia del corazón del hombre, y que no ha venido a juzgar de manera condenatoria, sino a salvar, perdonar, purificar y transfigurar.

Pero los manipuladores de su mensaje construyeron el edificio del cristianismo organizado, y desde él se han dedicado, y siguen haciéndolo, a desacreditar el proyecto de Jesús degradándolo a mera utopía.

Personalmente, no me importa en absoluto ser tachado de “*utópico*”, por cuanto me resulta más saludable creer en la utopía que en la asquerosa realidad cotidiana. Sobre esto procuraremos volver con más detalles más adelante.

Para ellos, y los intereses que defienden, la utopía es lo quimérico, lo inalcanzable, mientras que para Jesús de Nazaret es la transformación espiritual que obra desde el corazón renovado del hombre.

Pero lo más revolucionario del Jesús en quien creo, y a quien me atrevo a llamar “*Santísimo Cristo del Congosto*”, de mi “*congosto*” y el de muchos otros menos favorecidos que yo, es que esa revolución ha de comenzar por los últimos de todos los últimos, por los desposeídos, por los empobrecidos, por los marginados y condenados por el sistema cuyo corazón es el afán por el lucro y la dominación, la lucha del hombre por el hombre.

Esto del “*afán por el lucro y la dominación*” lo estoy repitiendo muchas veces. Tú, amable lector, ya te has percatado de ello. Pues quiero decirte que lo he de repetir todavía algunas veces más. No lo puedo evitar.

Lucas 6:20-26: “Y alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados.

Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.

Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del Hombre.

Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos; porque así hacían sus padres con los profetas.

Mas ¡ay de vosotros, ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo.

¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! Porque tendréis hambre.

¡Ay de vosotros, los que ahora reís! Porque lamentaréis y lloraréis.

¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! Porque así hacían sus padres con los falsos profetas.”

No creo que podamos imaginar una blasfemia de mayores dimensiones que lo que hemos hecho con el proyecto de Jesús de Nazaret.

Dejó a su familia, a su parentela, y se dedicó a liberar a los oprimidos por el malo; a curar enfermos sin receta, ni medicamento, ni factura; a consolar a los afligidos; a perdonar a los pecadores; a devolver la dignidad a quienes jamás la habían disfrutado, la habían perdido o les había sido arrebatada; a desenmascarar a algunos profesionales de la religión; e incluso a resucitar a algunos muertos, mostrando que el Reino de Dios se había aproximado en su persona, como un anticipo de lo que acontecerá al final de los tiempos.

A las pruebas podemos remitirnos: Cristo Jesús ha transformado y sigue transformando hasta hoy muchos corazones, provocando un encuentro amoroso con el Dios de toda Gracia y toda Consolación, pero el cristianismo organizado ha dejado a su paso muchos regueros de sangre, muchas viudas y huérfanos; muchas guerras y hogueras; mucha devastación y mucha intolerancia mortífera, como ha sido y sigue siendo característico de todos y cada uno de los imperios y sus círculos religiosos aliados.

Los largos siglos de férrea alianza entre el trono y el altar, entre la cruz y la espada, han producido, y en alguna medida lo siguen haciendo, las cotas de violencia más elevadas de la historia.

El olvido de la enseñanza de nuestro bendito Señor y Salvador, quien nos ha dejado perfectamente claro que su Reino no es de este mundo, ha significado una desviación del propósito divino para la Iglesia de Jesucristo.

El cristianismo organizado con aspiraciones de absolutismo universalista, ha puesto y depuesto monarcas tan despóticos como él mismo; ha promovido las guerras más crueles, sangrientas, devastadoras y duraderas, las cuales ha tratado de justificar bajo la designación de “*Santas Cruzadas*”, es decir, “*guerras santas*”; ha llevado a la tortura a muchos miles de almas y ha realizado todas las mayores ignominias imaginables.

Bajo el nombre de Dios se han llevado a cabo los crímenes más horrendos, mientras a millones les pasa inadvertido el hecho de que el propio Jesucristo es víctima de la religión institucionalizada. No fueron los ateos quienes condujeron a Jesús de Nazaret a la repugnante cruz romana, poniéndole en las manos del poder invasor, sino los dirigentes de la religión organizada.

Esa ha sido su grotesca y cruel forma de “*promover la fe de los pueblos*”, y hoy recoge lo que sembró desde antaño.

Apartarse de las iglesias del cristianismo organizado funciona como aspiración lógica, consciente o inconscientemente, en la mente de millones de hombres y mujeres en Occidente, tanto de quienes no practican las pretensiones de las instituciones religiosas, como de quienes sí las practicamos. Yo mismo entre ellos.

Esto no es opinable, sino constatable en la historia de la iglesia, al menos en las escasas versiones de que disponemos no adulteradas por los hombres en defensa de sus intereses, frecuentemente inconfesables.

De esa guisa, las llamadas “*autoridades eclesiásticas*” dejaron de ser “*pastores del rebaño*” y “*curas de almas*”, para degenerarse hasta convertirse en burócratas y funcionarios de la religión patrocinada por el poder secular, promotores del infantilismo de los hombres para obtener su obediencia sumisa, el caldo de cultivo más adecuado para la mediocridad, la acomodación, la sofocación de los profetas que Dios sigue levantando hasta el día de hoy, y así lo hará hasta el final de los tiempos, cuando el inevitable juicio divino caerá sobre los hijos de desobediencia que hicieron tropezar mediante el escándalo a muchos inocentes.

Con sus organizaciones, que no organismos, las instituciones que conforman el cristianismo organizado, con sus estructuras basadas en el modelo del imperio romano, como es el caso de las instituciones eclesiásticas más vetustas, y en el modelo de los partidos políticos, los sindicatos estatales y las logias masónicas, como ocurre en el denominacionalismo protestante más moderno, no conforman sino el pretendido título del Dios de Jesucristo, si bien Dios no puede ni burlado ni silenciado, ni mucho menos enterrado.

Basta con asistir a alguna convención de cualquier denominación protestante de nuestros días para percatarnos de la realidad de lo que venimos tratando de retratar. Al menos esto es posible gracias al menor grado de secretismo, si bien no total, del protestantismo frente al catolicismo romano, la ortodoxia del este, y las muchas sectas de impronta cristiana, la mayoría de las cuales, aunque nacieron como sectas, con el paso de los años y su penetración en la sociedad han logrado cambiar su designación de “*sectas*” por la de “*denominaciones*”.

De esto se deduce que las que todavía son consideradas “sectas” y continúan manteniéndose, llegará el día en que pasen a formar parte de la “ortodoxia”, o al menos a ocupar un lugar en su periferia bajo el consentimiento del núcleo central donde se lanza la plomada para decidir quiénes son tolerables y quiénes no lo son.

Ese es el ambiente en el que se toman las decisiones por votación a mano alzada, o bien le dan a uno una papeleta verde para el “sí”, una roja para el “no”, y una blanca para la *abstención*. Después, los dirigentes del cobarro se esforzarán por hacer creer a la ingenua concurrencia que la decisión tomada ha sido dirigida por el Espíritu Santo, y hay creyentes bienintencionados que creerán a pies juntillas que en los votos se ha oído la voz de Dios. La “*fumata*” protestante también existe.

De lo que se trata es más bien de que no se oiga la voz de Dios, sino la de los hombres del sistema, los auténticos “*men-in-black*”.

Bajo el pretexto de proclamar un mensaje que invita al encuentro con Jesucristo, el resultado más generalizado no es la transformación a partir de una experiencia interior, sino la adecuación al sistema imperante.

Muchos de nosotros hemos tardado algún tiempo en percatarnos de la jugada –en mi caso personal, he tardado muchísimo- a todas luces tramposa, con cartas ocultas en las mangas de los tahúres del sistema, y su variada gama de artimañas aprendidas en el curso de los siglos.

Expertos en el maquillaje, nos han venido engañando durante muchos años, con la resultante frustración de comprobar que hemos perdido o malgastado bastante tiempo, es decir, vida y energía, dirigiendo nuestros mejores esfuerzos hacia el establecimiento y la consolidación de una religión que emplea el nombre de Jesucristo para justificar sus ocultas pretensiones y sus auténticos intereses. Decididamente, no hemos sido tan avisados como creíamos serlo.

Realmente, hemos tenido que entrar en el sistema y llegar a formar parte de él para comprender desde dentro estas cosas asombrosas por abominables.

No conozco a nadie que en su sano juicio pueda confundir una imagen de madera, de hierro o de escayola con el Dios Altísimo. Ese tipo de idolatría crasa y muy primitiva va desapareciendo en muchos pueblos. Pero tratándose de un cuerpo ideológico, resulta más fácil confundirlo con Dios, particularmente dentro del pensamiento aristotélico-platónico que invadió al cristianismo ya desde temprano, y que perdura hasta nuestros días.

Tengamos presente que los cuerpos ideológicos cerrados, de naturaleza dogmática y pontifical, no permiten maduración personal, vida interior, espiritualidad, y mucho menos facilitan sumergirnos de lleno en la realidad suprema, es decir, en el Dios Vivo absolutamente independiente de cualquier institución religiosa.

De ese modo llega a confundirse a Dios con un cuerpo doctrinal, o con el sistema político-social imperante que siempre pretende establecer un maridaje desigual con el sistema religioso de que se trate en cada momento histórico.

No debemos sorprendernos, por cuanto ese es el objetivo de los patrocinadores de la religión institucionalizada. De ahí que los cristianos, quienes al principio carecían de lugares específicos para reunirse y celebrar sus cultos, en la medida en que llegaron a ser auspiciados por el poder secular comenzaron a construir “templos”, sin que al principio cayeran en el error de pensar que Dios tenía que estar ligado a determinados lugares en que acontecían sus celebraciones.

Es inútil buscar a Dios en los lugares y en los “templos” sagrados, por la sencilla razón que no existen. A Dios se le encuentra en lo “profano”, del latín “*profanum*”, es decir, “fuera del templo”. Por consiguiente, no se trata de vivir religiosamente durante algunos momentos de la vida, sino durante la vida entera. El templo carece de sentido, a menos que celebremos en él lo que realizamos fuera de él, es decir, en la historia humana y el quehacer de cada día junto a los demás hombres y mujeres con quienes compartimos la existencia.

Juan 4:20-24: “Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalem es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalem adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.”

De esto se deduce que el culto del templo, del hebreo en Jerusalem, del samaritano en el monte Gerizim, o en cualquier otro lugar tenido por santo, nunca podrá celebrarse en perjuicio del servicio al hermano, comenzando por el injusticiado, empobrecido y marginado.

Tenemos que rendirnos un día de estos a la realidad de que Dios, el Dios revelado en la persona y la obra de Jesucristo, siempre cede sus derechos, en clara oposición a la actitud de los dirigentes de la religión organizada, que siempre han luchado por sus derechos y privilegios, y no han dudado en enfrentar a los hombres en guerras fratricidas para conservar o aumentar sus prebendas:

Marcos 2:27: “También les dijo: El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo.”

Éxodo 31:13: “Tú hablarás a los hijos de Israel, diciendo: En verdad vosotros guardaréis mis días de reposo; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy YHVH que os santifico.”

Y si Dios cede sus derechos, como decía *Dietrich Bonhoeffer*, “*no debemos ser más religiosos que el mismo Dios.*” De ahí que tristemente para muchos cristianos los sacramentos y los ritos de las iglesias sigan siendo celebraciones al margen de la vida. Esa es la obra del cristianismo institucionalizado: Hombres mucho más religiosos que cristianos. Podemos invocar a Dios nuestro Padre y hacerlo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, pero seguir relacionándonos con el Eterno en clave pagana. Como decía el danés *Sören Kierkegaard*: “*Si de dos hombres uno reza al verdadero Dios con insinceridad personal, y el otro con toda su sincera pasión ora a un ídolo, es el primero el que en realidad ora a un ídolo, mientras que el segundo ora de verdad al Dios verdadero.*”

Según las denominadas “*Actas de los Mártires*”, publicadas por la editorial *BAC, Biblioteca de Autores Cristianos*, edición de *Daniel Ruíz Bueno*, 1974, cuando el prefecto *Rústico* preguntó a *Justino* (114-168 d.C.) dónde se celebraban las reuniones de los cristianos, ésta fue la respuesta que recibió:

“Donde cada uno prefiere y puede, pues sin lugar a dudas te imaginas que todos nosotros nos juntamos en un mismo lugar. Pero no es así, pues el Dios de los cristianos no está circunscrito a lugar alguno, sino que, siendo invisible, llena el cielo y la tierra, y en todas partes es adorado y glorificado por sus fieles.”

Evidentemente, a medida que iban creciendo y desarrollándose las comunidades cristianas era difícil hallar espacios adecuados para congregarse. De modo que lo que constituía a un edificio en “*templo*” no eran sus paredes ni ningún otro detalle de su edificación u ornamentación, sino la comunidad reunida en su interior con el propósito de adorar a Dios en Espíritu y en Verdad. Lo realmente importante era el “*templo de piedras vivas*”, como lo expresaba el Apóstol Pedro en su Primera Epístola Universal:

1ª Pedro 2:4-5: “Acercándoos a él (Jesucristo), piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.”

Jesús había prometido estar en medio de la comunidad de discípulos que se reuniera en su nombre, lo hiciera dondequiera que lo hiciera, jamás supeditando su promesa a un determinado recinto ni a un determinado número de congregantes, por cuanto “*Dios no habita*

en templos hechos de manos humanas”. (Hechos 7:48; 17:24-25; 1ª Corintios 3:16; 6:19; Efesios 2:19-22).

Lo mismo sucede con el concepto de “*templo*”. Podemos constatar que el templo de Jerusalem, al igual que todos los templos de la antigüedad, solían ser recintos techados muy pequeños, por cuanto habían sido diseñados y designados sólo o principalmente para los sacerdotes. De ahí que el mayor espacio estuviera al descubierto, y fuera asignado a los “*gentiles*”. En el propio Evangelio nos llega un detalle que suele pasar inadvertido a la mayoría de los lectores:

Lucas 1:10, 21: “Y toda la multitud del pueblo estaba fuera orando a la hora del incienso... Y el pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaba de que él se demorase en el santuario.”

Los sacerdotes tampoco podían penetrar tras el velo que separaba el lugar santo del lugar santísimo, donde sólo podía penetrar el Sumo Sacerdote una vez al año, en el “*Yom Kipur*”, “*Día de Kipur*”, o “*Día de la Expiación*”, después de una semana de purificaciones.

Sin embargo, cuando nuestro Señor Jesucristo murió en la Cruz del Calvario, el velo del templo de Jerusalem se rasgó en dos, de arriba abajo:

Mateo 27:51: “Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo, y la tierra tembló, y las rocas se partieron.”

Aquello simbolizaba que había quedado abierto el camino directo al Santuario Celestial, que el *status* de los fieles de la Nueva Alianza no corresponde al laicado del Antiguo Pacto, sino más bien al sacerdocio de Jesucristo, es decir, el sacerdocio del orden de Melquisedec:

1ª Pedro 2:9: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquél que os llamó de vuestras tinieblas a su luz admirable.”

Apocalipsis 1:4-6: “Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es y que era y que ha de venir, y de los siete espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén.”

Apocalipsis 5:9-10: “Y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación; y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.”

Es muy significativo considerar que los primeros cristianos no optaron por construir sus casas de oración, -no hallamos jamás el término “*iglesia*” para referirse al lugar de culto, ni en el Nuevo Testamento, ni en la literatura de la iglesia naciente- cuando sus hogares dejaron de ser suficientemente grandes para albergar las reuniones de adoración, no siguieron el modelo arquitectónico de los templos paganos, sino un lugar de reunión de naturaleza laical, como es el caso de la “*basílica*”, término del latín “*basilica*”, que a su vez se deriva del griego “*basiliké*”, voz del género femenino que significa literalmente “*regia*”, “*real*”, y viene a ser una elipsis de la expresión “*basiliké oiría*”, es decir, “*una casa real*”.

Las basílicas eran edificios empleados en Grecia y Roma para diversos propósitos, como, por ejemplo, mercado, centro de transacciones financieras, lugar de reunión ciudadana para debatir los asuntos pertenecientes a la urbe, en la mayoría de los casos como sede de los tribunales, y en particular en las ciudades romanas las basílicas solían ocupar un lugar preferente en el foro.

En cuanto a su aspecto arquitectónico, las basílicas solían ser grandes salas rectangulares, compuestas por una o más salas, siempre impares, y la central era más ancha y estaba soportada por columnas. La diferencia en la altura de los techos se aprovechaba para abrir ventanas de iluminación en la parte alta de los muros. En el extremo de la nave central se

levantaba un ábside para ser ocupado por la presidencia, y el acceso a la sala ocupaba el extremo opuesto a través de un pórtico.

Más adelante, los cristianos optaron por la forma basilical para sus casas de reunión en las que celebrar los cultos. Después de que el imperio romano se hubiera vuelto oficialmente “*cristiano*”, cuando el cristianismo ya había sido institucionalizado, comenzó a emplearse el término “*basílica*” para referirse a los grandes edificios destinados a ser “*iglesias*”, a las que se les habían otorgado privilegios especiales en materia de culto y liturgia. Así es como esta voz ha llegado hasta nuestros días en su doble vertiente, tanto desde el punto de vista arquitectónico como del religioso.

Tampoco recibieron los ministros ordenados, es decir, reconocidos y encomendados al pastoreo de las comunidades de fieles, el título de “*iereus*”, “*sacerdotes*”, por no responder ya al esquema del sacerdocio levítico-aarónico, es decir, de casta, del Antiguo Pacto.

El sentido de segregación de los sacerdotes en el paganismo, como si fueran magos revestidos de poderes especiales, tampoco se dio entre los primeros cristianos. El carácter casi mágico de los sacerdotes de las religiones del paganismo no entró en las filas cristianas hasta después de que la cristiandad hubiera dejado de serlo como pueblo para constituirse en religión cristiana organizada y formalmente constituida.

Los supervisores o superintendentes de las comunidades nacientes –obispos, ancianos, pastores- trabajaban secularmente, apreciaban el celibato en función de haber renunciado a formar una familia para poder dedicarse a determinados ministerios en cuyo desempeño el mantenimiento de una familia resultaría imposible o muy difícil acometer, pero dicho celibato no tenía carácter obligatorio como condición previa para su encomienda ministerial.

El carácter obligatorio del celibato fue propugnado por primera vez en el Sínodo de Elvira (años 305-306 d.C.). Sin embargo, no fue aceptado de manera efectiva por Roma hasta el siglo XII. Todavía un obispo de Lieja, en pleno siglo XI, se quejaba de que habría tenido que deponer a la casi totalidad del clero de su diócesis si hubiera tenido que aplicar las medidas disciplinarias relativas al celibato forzoso impuestas por Roma.

Tampoco usaban ninguna ropa especial. Sólo les vemos revestidos de blanco para la celebración del bautismo. Pasarán bastantes años antes de que les veamos revestidos con el alba para la celebración de la eucaristía, es decir, la mesa memorial de acción de gracias con los elementos simbólicos del pan y el fruto de la vid.

Las pinturas de las catacumbas de Priscila y Calixto muestran inequívocamente que los presidentes de la comunidad cristiana no empleaban vestimentas especiales para presidir la celebración de la Mesa del Señor. Sin embargo, ya a principios del siglo III, lo que significa que esto sucedía antes de Constantino el Grande, comenzó a modificarse su estilo de vida. Ha llegado hasta nosotros el texto de una carta del obispo de Roma Celestino I, dirigida a los obispos de las Galias en las provincias de Vienne y de Narbona, hacia el año 428 d.C., en la que se puede ver su disgusto al saber que algunos presbíteros empezaban a revestirse con hábitos semejantes a los de los monjes:

“Debemos distinguirnos del pueblo y de los demás por nuestra doctrina, no por nuestras vestiduras; por nuestra conducta, no por nuestros hábitos; por la pureza de nuestra alma, no por nuestro atuendo.”

Al no ser personas consagradas a la mediación entre Dios y los hombres, el Nuevo Testamento nunca los nombra “*sacerdotes*”, sino “*doulos*”, “*siervos*”, con el matiz de “*esclavos*” destinados al desempeño de los más humildes oficios domésticos; “*diákonos*”, “*servidores*”, “*camareros*”, “*proistamenoí*”, “*presidentes de la comunidad*”, “*egoúmenoí*”, “*directores*”, “*poimenoí*”, “*pastores*”, “*episkopoi*”, “*supervisores*”, y, sobre todo, “*presbíteroí*”, “*ancianos*”.

Romanos 1:1: “Pablo, siervo (‘*doulos*’) de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios.”

2ª Corintios 3:5-6: “No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros (‘diákonos’) competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu (Santo); porque la letra mata, mas el Espíritu (Santo) vivifica.”

2ª Corintios 6:4-10: “Antes bien, nos recomendamos en todo como ministros (‘diákonos’) de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones,, en necesidades, en angustias; en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos, en pureza, en ciencia, en longanimidad, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor sincero, en palabra de verdad, en poder de Dios, con armas de justicia a diestra y a siniestra; por honra y por deshonra, por mala fama y por buena fama; como engañadores, pero veraces; como desconocidos, pero bien conocidos; como moribundos, mas he aquí vivimos; como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo.”

Colosenses 1:19-25: “Por cuanto agradó al Padre que en él (Cristo Jesús) habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él; si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro (‘diákonos’). Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia; de la cual fui hecho ministro (‘diákonos’), según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios.”

Efesios 3:5-7: “El misterio de Cristo... misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu (Santo): que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, del cual yo fui hecho ministro (‘diákonos’) por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder.”

Romanos 12:8: “El que preside (‘proistamenoí’), con solicitud.”

1ª Tesalonicenses 5:12-13: “Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden (‘proistamenoí’) en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros.”

Hechos 15:22: “Entonces pareció bien a los apóstoles y a los ancianos (‘presbiteroí’), con toda la iglesia, elegir de entre ellos varones y enviarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé: a Judas que tenía por sobrenombre Barsabás, y a Silas, varones principales entre los hermanos.”

Hebreos 13:7: “Acordaos de vuestros pastores (‘egoúmenoís’), que os hablaron la palabra de Dios; considerad cuál haya sido el resultado de su conducta, e imitad su fe.”

Hebreos 13:17: “Obedeced a vuestros pastores (‘egoumenoís’), y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso.”

Hechos 11:29-30: “Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea; lo cual en efecto hicieron, enviándolo a los ancianos (‘presbíteroí’) por mano de Bernabé y Saulo.”

Hechos 14:23: “Y constituyeron ancianos (‘presbiteroí’) en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído.”

Hechos 16:4: “Y al pasar por las ciudades, les entregaban las ordenanzas que habían acordado los apóstoles y los ancianos (‘presbiteroi’) que estaban en Jerusalem, para que las guardasen.”

Hechos 20:17: “Enviando, pues, desde Mileto a Éfeso, hizo llamar (Pablo) a los ancianos (‘presbiteroi’) de la iglesia.”

Hechos 21:18: “Y al día siguiente Pablo entró con nosotros a ver a Jacobo, y se hallaban reunidos todos los ancianos (‘prebiteroi’).”

Santiago 5:14: “¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos (‘presbiteroi’) de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor.”

1ª Pedro 5:1, 5: “Ruego a los ancianos (‘presbiteroi’) que están entre vosotros, yo anciano (‘presbiteros’) también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada... Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos (‘presbiteroi’); y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.”

1ª Timoteo 5:17, 19: “Los ancianos (‘presbiteroi’) que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor (‘times’, ‘salario’), mayormente los que trabajan en predicar y enseñar.”

Tito 1:5: “Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos (‘presbiteros’) en cada ciudad, así como yo te mandé.”

Paralelamente a la generalización del carácter forzoso del celibato, se recupera el título de “*sacerdotes*” para los ministros del Evangelio. El primero en emplearlo fue *Hipólito de Roma*, a finales de siglo II, y poco después, *Políerates* emplea la voz “*sacerdote*” para referirse al apóstol Juan.

PALABRAS BORRADAS

“Lo más lamentable que le puede suceder a un profeta es que se demuestre que estaba equivocado.

Lo siguiente más lamentable es que se demuestre que estaba en lo cierto.”

Aldous Huxley

(1894-1963)

La frescura de la palabra de Jesús de Nazaret ha sido enterrada bajo la predicación sermonaria de los profesionales del cristianismo y la filosofía disfrazada de teología.

Una realidad es la fuente de la que manan las aguas puras y cristalinas de la madre tierra, y algo muy diferente es la canalización que nosotros hagamos de esas aguas.

Nos preguntamos si en el caos en el que se halla actualmente este Occidente supuestamente “cristiano” no habrá tenido y seguirá teniendo su importante contribución el hundimiento de un cristianismo sin Cristo y sin su Espíritu.

Tengamos muy presente que una lámpara escondida bajo el almud no puede alumbrar a nadie; una sal que ha perdido su sabor, ahora ya no servirá para nada, sino para ser hollada por los hombres. Así lo ha asegurado nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio.

Los agentes sermonarios del cristianismo organizado han sido y continúan siendo sostenidos por el poder para que bajo el pretexto de hablar de Jesucristo, las palabras del Maestro queden enterradas bajo un ideario patrocinador siempre encubierto.

Es como cuando pretendo reducir el miedo escénico de mis estudiantes de lengua inglesa, y recorro a un ejercicio que denominamos “*parroting*”, neologismo tomado del sustantivo “*parrot*”, que es el castellano “*loro*”, y que consiste en hacer repetir y repetir frases que forman una conversación o diálogo más o menos coherente.

De ese modo, al menos en parte, logramos vencer ese miedo escénico y romper algunas barreras para lograr que mejore la oralidad del estudiante al conducirlo a ganar agilidad en la expresión de las estructuras gramaticales que en teoría conoce.

De esa manera pretendemos crear “*loritos*” que se “*defiendan*” en la gloriosa “*lengua de Shakespeare, Milton y la Biblia*”, fuentes literarias que casi ninguno de mis alumnos han leído ni tienen interés alguno por hacerlo.

Algo semejante ha acontecido con las palabras de nuestro Señor Jesucristo recogidas en los Evangelios.

Su repetición, desde la óptica de la coherencia de los intereses de los poderosos, ha llegado a convertirse en algo vacío, vacío, carente de sentido, insignificante, trivial.

Es lo que suelo denominar “*letanía evangélica*” para la “*liturgia de la no liturgia*”.

Así es como hemos perdido el sentido de sacralidad de las palabras del Maestro, su profunda solemnidad, su alcance personal y universal.

Se banaliza la Palabra de Dios, como si nuestro bendito Señor y la Sagrada Escritura fueran objetos de intercambio mercantil, como moneda de curso más o menos legal, como elemento de cambio, con sus fichas y bonos, como si fueran instrumentos nominales válidos para casi cualquier objetivo u operación transaccional.

Repetidas como si fuéramos mecanismos robotizados, hemos llegado a convertirlas en gélidas letanías y aburridos responsorios con tufo a necrófilos cantos de sepelio.

Incluso los gestos y manerismos de los predicadores y “*líderes de la alabanza*” –término inexistente en el Nuevo Testamento- de nuestros cultos y medios de comunicación actuales han llegado a ser igualmente mecánicos, repetitivos y recurrentes, por haber sido ensayados, como ha de hacer todo artista escénico que se precie de serlo y de formar parte del “*Show Business*” religioso.

Después, cuando baja el telón, todas las cosas vuelven a su cauce natural. Se puede volver a respirar con naturalidad, abandonar las muecas y ser nosotros mismos.

Claro está que en algunos casos, después de mucho tiempo de práctica, y comoquiera que todo medio termina por mediatizar, incluso después de la caída del telón continúa la impronta marcada en quienes llevan mucho tiempo desenvolviéndose en esa burbuja “*evangélica*” en la que se desarrollan modos, maneras, signos, gestos e incluso una jerga propia que no favorece la comunicación, sino que distancia de los demás dificultando el supuesto anhelo por “*evangelizar*”.

El mandamiento de “*no usar el Nombre de Dios en vano*” puede que sea el más olvidado, y por consiguiente contra el que más hemos pecado en el cristianismo organizado, y muy especialmente en las iglesias mediáticas, dirigidas por los autonombrados “*pastores radiales*”, donde el Nombre de Jesucristo es usado y llevado de acá para allá sin ningún respeto, esperando de Él un milagro al chasquido del dedo, después de haber vociferado

enloquecidamente o tan pronto se recibe la ofrenda correspondiente en base a promesas de prosperidad automática.

Hemos empleado el Nombre de Dios a favor de los intereses de los hombres, siempre ocultos tras el pretexto de lo divino.

Sin embargo, si sabemos qué es meditar, callar, apagar los instrumentos y todos los artilugios electrónicos, hacer silencio, frenar en nuestra alocada carrera, podremos reivindicar el sentido profundo de las palabras de nuestro bendito Señor y Salvador.

Será como cuando procedemos a limpiar una superficie cubierta de mugre, que al quitar toda la porquería con que está tapada aparece la luna de un espejo en el que podemos vernos reflejados con claridad.

A pesar de lo que nos hayan hecho creer los agentes que han sido formados, entiéndase “deformados”, durante unos cursos de seminario, hoy “*facultades de teología denominacional*”, y aunque nos hayan tratado de mediatizar con sus tejemanejes de cháchara y parloteo, si nos esforzamos en escudriñar las Sagradas Escrituras, como nos ordenó nuestro bendito Maestro, vamos a lograr llegar hasta el núcleo, hasta el filón de la mina donde se halla el precioso mineral, porque podemos estar seguros de que la veta no se ha agotado, ni podrá ser agotada jamás.

Ahora bien, la tarea no es fácil, sino que demanda un gran esfuerzo y un enconado empeño.

Y cuando lleguemos al núcleo nos percataremos de que ya no podemos tener en gran estima esa religión construida a espaldas de Jesucristo y que nos hemos atrevido desvergonzadamente a denominar “*cristianismo*”.

Ante nuestras ingenuas propuestas de autocrítica, con el fin de evitar caer en la hipocresía, se cerrarán muchas puertas. Algunas veces con una sonrisa. Habitualmente con una mueca o un desprecio o incluso con un sonoro portazo.

En este caso como en toda ardua labor hay sin duda un precio que pagar: Desprecio de parte de algunos, atribución de despropósitos, persecución, marginación y toda clase de maledicencia...

Esto es imposible evitarlo si hemos optado por andar en las pisadas del Maestro.

Lo hicieron con Él, y por tanto no hemos de esperar que no nos lo hagan también a nosotros.

Ni tampoco ha ocurrido semejante cosa por primera vez, ni estamos solos en nuestras tribulaciones relacionales.

Esta ha sido la tónica general en el curso de la dilatada y tortuosa historia del cristianismo institucionalizado en el curso de los siglos.

Siempre ha sido así, y seguirá siéndolo hasta la Segunda Venida de nuestro Señor, nuestra esperanza bienaventurada y manifestación gloriosa de nuestro Gran Dios y Salvador Jesucristo.

No puede ser extraño que a la cristiandad se le haya primeramente perseguido con la más dura saña, y que después hayan sido las clases dominantes las que la absorbieran convirtiéndola en cristianismo organizado mediante un largo y sofisticado proceso de deformación, particularmente despojando a la cristiandad de su carga social.

Por eso es que cada vez que el Santo Espíritu de nuestro Señor ha levantado a algunos cristianos hacia la reforma de las instituciones eclesíásticas, la oligarquía formada por los señores del sistema ha respondido con las más crueles y sangrientas cruzadas.

Después ha venido siendo bastante fácil convertir esa nueva religión, como a todas las demás, en un sistema al servicio de la crueldad, de la justificación de las guerras, los genocidios, y la

sistemática siembra de sumisión ante la injusticia mediante su asociación con las clases dominantes.

A través de la falsa espiritualidad y la eclesiastización de las Sagradas Escrituras ha sido relativamente fácil llegar también a la situación de nuestros días.

¿Quién podría reconocer en medio de un cristianismo empapado de sangre derramada de hermanos por hermanos a Aquél que sólo nos pidió que nos amáramos los unos a los otros como Él nos había amado?

El testimonio bíblico desvela el macabro desarrollo de una sociedad humana en creciente organización perversa, en la que los enemigos más dañinos no son los depredadores naturales, sino la transformación o transmutación por el pecado del hombre como lobo para el hombre, de manera que la especie humana ha llegado a ser la única especie sobre la tierra que es enemiga de sí misma y del entorno natural en que se desarrolla.

Dios ha estado durante todo el tiempo que llamamos “*historia*” tratando de librar al hombre de sí mismo, es decir, de su mayor enemigo. Y ha sido nuestro Señor Jesucristo quien ha señalado el único camino espiritual hacia esa liberación.

La comunidad cristiana naciente lo comprendió y dio los pasos precisos para restaurar el equilibrio perdido. En el libro de los Hechos de los Apóstoles hallamos dos relatos testimoniales de la vida de los primeros cristianos, textos que ponen muy nerviosos a quienes por todos los medios a su alcance, bastantes por cierto, han tratado de encubrir y continúan encubriendo la vinculación entre la verdadera espiritualidad y la conciencia de la propiedad social. El terror se apodera de aquellos que han dedicado todas sus artimañas hacia la deformación de Jesucristo y su Evangelio, así como de aquellos que han caído en sus redes.

El resultado ha sido inducir a los creyentes a buscar los cambios en el hombre proyectados exclusivamente hacia una vida futura, como la “*montaña de caña de azúcar*” de “*Rebelión en la Granja*” de *George Orwell* o como el camino del borrico que sigue a la zanahoria atada a un palo con una cuerda que sostiene quien lo cabalga.

En el cielo no importa que vivamos en paz y armonía, compartiendo los bienes de forma fraternal, en definitiva, amándonos como hermanos, como familia de Dios. Ese planteamiento no les resulta molesto a los acaudalados y sus mentores. Pero cuando insinuamos tan sólo que esta realidad podría empezar a darse en esta tierra, ya no somos vistos como cristianos. Nos adjudican otros nombres. Efectivamente, en particular ése en que estás pensando.

En etapas posteriores se procuró desplazar toda injusticia social por el esfuerzo individual. Si la sociedad estaba mal era debido sólo, única y exclusivamente porque se había trabajado mal. El defecto no radicaba en el sistema, sino en las actitudes y comportamientos de los individuos. Por eso es que el capitalismo es el “*sueño americano*” por excelencia. De ese modo se asentó la fragmentación social. La forma más sutil y refinada de explotación del hombre por el hombre, de los débiles por parte de los poderosos, había entrado con suma fuerza en la escena social. El camino más rápido hacia la destrucción del hombre y de la tierra había arrancado en una precipitada carrera que sigue hasta nuestros días.

Hechos 2:41-47: “Así que los que recibieron su palabra (de Pedro) fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.”

Hechos 4:32-35: “Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y

abundante gracia era sobre todos ellos. Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad.”

Estos relatos muestran una realidad eclesial a millones de años-luz de la concepción de iglesia de nuestros días. La vinculación de la espiritualidad con la materialidad demostraba que no es posible que pueda darse una espiritualidad amorosa si no hay una economía amorosa. “*Libertad, igualdad y fraternidad*” sólo son tres hermosas palabras cuando no hay verdadera fraternidad. Y si la hay, la libertad y la igualdad necesariamente han de venir como añadidura. De lo contrario, con o sin guillotina, sólo será un “*quítate tú para que me ponga yo*”.

Cuando estamos ante las altas funciones litúrgicas del romanismo, o en el extremo discotequero del evangelicalismo importado en formato de “*show*”, tan en boga en nuestros días mediáticos, no podemos por menos que preguntarnos qué parecido puede tener la iglesia de nuestros días con aquellas comunidades nacientes en las que la búsqueda de Dios, sin dejar de ser personal, mantenía un nivel eminentemente social, una salvación personal y al mismo tiempo colectiva, frente al individualismo atroz que jamás podrá aportar absolutamente nada a favor del rescate de la humanidad.

Jesús demostró que era posible una nueva sociedad, que el espíritu humano depende estrechamente de las circunstancias, y que si las relaciones sociales cambian, el hombre por ende también se transforma. Donde se pensó que el cambio de las estructuras económicas sería suficiente para dicho cambio, el fracaso fue sonoro, como ha sido el caso del comunismo soviético y sus satélites.

Por otra parte, la infamia burguesa se ha venido perfeccionando en el curso de los años. El resultado ha sido el modelaje de los sistemas de dominación y explotación del hombre, la colonización de las conciencias mediante la manipulación psíquica ya de antiguo instalada en el consciente y principalmente en el inconsciente de las personas reducidas a la categoría de meros individuos.

EL ESPERADO

"La intención de la naturaleza no es el comer, ni el beber, ni el vestir, ni nada de aquello en que Dios quede fuera. Lo sepas o no, la naturaleza busca, persigue e intenta descubrir el rastro por el que se pueda hallar a Dios."

Maestro Eckhart de Horschheim

(1260-1328)

Si la religión organizada de Israel rechazó a Jesús de Nazaret, hasta el punto de ponerle en manos del poder pagano invasor del imperio romano, podemos estar seguros de que el cristianismo organizado no puede hacer sino lo mismo, por cuanto no somos mejores que ellos... ¿O sí?

Compartimos condición humana con todos los hombres.

No hay razas entre los humanos. La única es la humana, y todos somos de una misma sangre. Incluso científicamente todo parece indicar que los humanos somos una sola familia que procede genéticamente de una misma madre.

Como afirma mi amigo Doménech, tampoco somos blancos los blancos ni negros los negros, sino que sólo participamos de diversos grados de “*tueste*”. Tendríamos que decir que los humanos somos todos “*castaños*” con más o menos intensidad.

Los corazones dispuestos a usar la religión organizada, se llame como se llame, o dejarse arrastrar por ella para defender sus mezquinos intereses particulares de casta o grupo, mantener sus privilegios y prebendas, seguir albergando la esperanza de poderlas alcanzar un día, o sencillamente para no complicarse la vida, siempre han rechazado y rechazarán a Jesús el Cristo de los Evangelios, al que en este trabajo he decidido llamar “*Santísimo Cristo del Congosto*” con el propósito de llamar la atención al lector.

En su lugar le reinventarán, lo esculpirán, y no sólo en piedra, sino en los corazones de todos aquellos sobre quienes ejerzan influencia para procurar domesticarlo y hacerle decir lo que a ellos les convenga más, distanciándolo de las realidades inmediatas. En este proceso de espiritualización tan contrario a la encarnación del Verbo, nos hemos venido desenvolviendo muchos de nosotros. Yo, desde luego.

Eso mismo fue lo que aconteció en los días de su encarnación entre nosotros entre nosotros, cuando fariseos, saduceos, herodianos, todos pretendieron con Jesús de Nazaret desde hacerle rey a querer despeñarle por un barranco, al comprobar que nuestro Señor no se dejaba marcar a hierro con el marchamo de ninguna de las sectas del momento histórico. Tampoco lo permite con las de hoy.

Si así actuó Jesús en aquellos días, podemos tener la seguridad de que Él no va a andar hoy por un camino diferente.

No conviene olvidar jamás que “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.” (Hebreos 13:8).

Las etiquetas a las que tan aficionados somos los hombres, no pueden pegarse sobre la piel de nuestro Señor.

Los inmensos contingentes de mentecatos seguirán a este “*Cristo Domesticado*” para intentar satisfacer sus necesidades de edulcorante de la conciencia, mientras los más avispados harán comercio con el cristianismo institucionalizado, es decir, el organizado por ellos mismos.

El peregrinaje hacia la “*montaña de caña de azúcar*”, de la que escribió *George Orwell* en su obra anteriormente citada, escrita para adultos, pero que el poder establecido ha logrado vender como una cándida obrita para niños, proseguirá su curso a través de los tiempos y las edades.

No puede ser de otra manera, siempre ha sido así y lo va a seguir siendo. Es el “*tinglado de la antigua farsa*”, como lo llamó nuestro dramaturgo *Jacinto Benavente* en el prólogo de su obra “*Los Intereses Creados*”... Y es que “*poderoso caballero es don dinero*...”

Es el “*Camino de Warren Sánchez*”, en la extraordinaria parodia de los geniales “*Les Luthiers*”...

A quienes nos dirigimos en estas letras, pocos, y quienes nos leen a hurtadillas, los más, pronto se les enciende la bombilla y se percatan, si son medianamente avispados, que nosotros estamos a favor de la muerte del “*dios*” modelado por la política y la religión profesional en todos sus aspectos y manifestaciones.

¿Por qué? Porque se trata de un “*ídolo*” que hay que destruir, como a todos los demás, reduciéndolo a polvo para esparcirlo sobre las aguas del mar, lo más alejados de la costa que nos sea posible para evitar contaminarla.

Pero, tengamos cuidado de no tergiversar los términos. Los ídolos más peligrosos no son imágenes de piedra o de madera, sino los modelados o esculpidos con ideas implantadas en lo más hondo de nuestros corazones.

Necesitamos despejar nuestra mente de ideas preconcebidas y apriorísticamente imbuidas en nuestro ser por el sistema en que nos hemos desarrollado, para poder experimentar un encuentro con Dios. Moisés precisó pasar años en el desierto, lejos de los “dioses” del imperio faraónico en el que había nacido y se había criado, descendiendo de ser príncipe de Egipto para convertirse en pastor de un rebaño de ovejas que ni siquiera eran de su propiedad, es decir, reduciéndose a asalariado para poder experimentar su encuentro con el Dios Vivo y Verdadero.

Alguien ha dicho que es necesario limpiar el cristal de una ventana sobre el que alguien hubiera pintado un cielo azul, aunque su autor haya sido un gran artista, para poder ver el verdadero cielo, aunque esté nublado.

Ya no se puede seguir sosteniendo esa clase de “dioses” que supuestamente preside y alumbró a los cónclaves formados por masones e iluminatis en el vaticano romano...

Ateos que desde un parlamento medieval siguen rigiendo una iglesia pretendidamente nacional, cuya cabeza es un monarca de este mundo...

Un fundamentalismo norteamericano estrecho de miras y muy vinculado a la derecha política estadounidense, defensora de la pena de muerte, especialmente para quien no pueda pagarse un buen abogado, es decir, en particular para los ciudadanos afroamericanos e hispanos empobrecidos, así como para los no blancos anglosajones en general...

Un fundamentalismo defensor y patrocinador de la cultura de la guerra y su poderosa industria armamentista...

Un protestantismo liberal-burgués que ya no puede llamar a Dios sino mediante el pronombre personal neutro para no molestar a nadie en general, ni a los homosexuales y transexuales en particular...

Un deísmo que afirma creer en una mente universal suprahumana que no tiene consciencia de nuestra existencia ni de la suya.

Hay un largo etcétera que voy a ahorrarme citar para evitar la náusea.

El mensaje del Evangelio de Juan explica este proceso con palabras muy fáciles de entender para todos nosotros:

“Aquella luz verdadera, que alumbró a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por Él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron” ([Juan 1:9-11](#)).

A los que buscaban una luz exterior les pasó inadvertida la luz interior que alumbró a todo hombre, y que Jesucristo vino y viene a avivar mediante la bendita Persona del Espíritu Santo.

Preferimos ser deslumbrados a ser alumbrados porque nos resulta cómodo permanecer en la ignorancia, en los clichés y en la irresponsabilidad. El sueño en el alma y el religionismo aburguesado siempre caminan de la mano.

Y lo que no podemos creer, pues sencillamente procedemos a negarlo, incluso recurriendo a privar del derecho a la vida a quienes mantienen puntos de vista y criterios diferentes a los nuestros y ponen en peligro el mantenimiento de nuestros intereses, influencia y poder, o la aspiración a los mismos.

Así reaccionaron ante Jesús de Nazaret, y así actuamos nosotros también.

Jesús les dijo que Él era anterior a Abraham...

Que era el camino, y la verdad, y la vida...

Que era el pan vivo que había descendido del cielo...

Que era la resurrección y la vida...

Que el Padre y Él eran uno...

Que nadie podía ir al Padre sino por Él...

Y la reacción de sus vecinos y compatriotas fue rechazarle y mandarle lapidar por blasfemo.

Lo pusieron en manos de los gentiles, por cuanto no tenían los judíos potestad legal en aquellos momentos para ejecutar la pena de muerte, y todos se lavaron las manos, todos.

No hay ninguna razón para que la Iglesia, el cristianismo organizado, pueda acusar al pueblo hebreo de haber perpetrado semejante asesinato, pues todos nosotros hubiéramos hecho exactamente lo mismo. ¿Acaso se nos ha olvidado que el Holocausto judío de la Segunda Guerra Mundial fue obra de hombres y mujeres de la nación más culta de Europa, y que la inmensa mayoría de ellos eran católicos y luteranos? ¿Qué les enseñaron en las catequesis romanas y en las escuela dominicales protestantes acerca del pueblo hebreo, del pueblo de Jesús de Nazaret, para que pudieran sentir semejante odio hacia la familia del Señor?

Además, el grupo que pidió la muerte de Jesús en el recinto del patio del palacio de Pilato no superaría a un centenar, contándolos por lo alto, y que por consiguiente no podían representar a la totalidad del pueblo hebreo, la mayor parte del cual ni siquiera residía en la tierra de Israel en aquellos momentos, sino que permanecía en la diáspora, al igual que en nuestros días.

El antisemitismo del cristianismo organizado, tanto en su vertiente romana como en la ortodoxa y la protestante, no es nada más que una manera de eludir nuestra responsabilidad, de buscar un “*chivo expiatorio*”, una “*cabeza de turco*”, un recurso para tirar la piedra y ocultar la mano.

Esa ha venido siendo la historia del cristianismo organizado en el curso de los siglos. Hagamos un poquito de memoria...

Girodano Bruno fue quemado en la hoguera...

Juan Escoto fue excomulgado...

Condenaron todas las tesis del Maestro Eckhart...

Igual hicieron con las del fraile Martín Lutero...

Mikel Servet, que huyendo de la inquisición española por su descubrimiento de la circulación de la sangre, se refugiaría en Suiza, caería en las malélicas manos de intransigencia, intolerancia y odio de Juan Calvino, quien le haría morir en la hoguera por ser unitario...

Roma hizo esfuerzos descomunales por mantener la prohibición de la lectura de la Santa Biblia por parte del pueblo, persiguiendo a muerte a todos cuantos vertieron las Sagradas Escrituras en las lenguas vernáculas de los pueblos, llegando incluso a incluirlas en el Índice de libros prohibidos por Roma.

Nuestro Casiodoro de Reina, traductor al castellano de la primera Biblia completa y directa de las lenguas originales, joya de la literatura española, se tuvo que pasar casi media vida huyendo de la policía secreta de Felipe II por buena parte de Europa.

La lista se haría interminable si pretendiéramos citar todas las vejaciones, indignidades, ignominias y desvergüenzas llevadas a cabo por el cristianismo organizado en dondequiera alcanzara el poder estatal.

El rechazo de nuestro Señor Jesucristo por parte del iglesianismo está revelado en una de las más antiguas profecías mesiánicas, según hallamos en Génesis 49:10-11:

“No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos. Atando a la vid su pollino, y a la cepa el hijo de su asna, lavó en el vino su vestido, y en la sangre de las uvas su manto.”

El Tárgum Onkelos (siglo II d.C.), versión aramea de las Sagradas Escrituras, traduce literalmente *“hasta que venga el Mesías, ya que de él es el Reino”*, e interpreta la voz *“Siloh”* como *“sheló”*, es decir, *“de Él”*, *“del Mesías”*, a quien acudirán todos los pueblos.

El sentido etimológico de *“Siloh”* es *“lo que es suyo”*, *“lo que le pertenece”*, *“lo suyo propio”*, lo que en clave semántica se nos dice en el prólogo del Evangelio de Juan, cuando hablando de la Encarnación del Verbo, quien es Dios, se nos dice, como hemos visto, que *“a lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.”*

Ese rechazo se manifiesta en el esfuerzo del cristianismo occidental por separar la tierra y el cielo, mientras Jesús nos enseña a orar diciendo: *“Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”* (Mateo 6:10).

Mientras tanto, la espesa nube del desconocimiento, impuesto o voluntario, sigue haciendo estragos entre la cristiandad sometida a los dogmas férreamente forjados por los defensores del cristianismo organizado.

Cuando los pensadores judíos debatían si sería lícito comerse un huevo puesto por una gallina en el *Shabat*, y los teólogos cristianos escolásticos argumentaban sobre cuál podría ser el número de ángeles incorpóreos que cabrían en la punta de un alfiler, pocos se dieron cuenta de que las aves cuando cantan no persiguen ningún propósito ni pretenden comerciar con su trino; sólo quieren divertirse, que es lo que hacen cuando no comen o duermen, por eso no siembran ni almacenan en graneros, porque saben que Dios las alimenta.

Cuando el sabio se reunió con sus discípulos para hablar de Dios en apasionadas e interesantes discusiones, como cada atardecer, uno de ellos le preguntó sin más preámbulos por qué creía que Dios existía. El maestro dirigió su risueña mirada al horizonte, y oyendo el bello canto de un ruiseñor, respondió diciéndole que Dios era como aquella ave que se escondía tras el árbol. No podían verla, pero todos sabían que estaba allí porque escuchaban su canto.

Sólo algunos se han percatado de que cantamos y silbamos y bailamos para divertirnos; que el agua no planifica el sonido que produce cuando se desliza por el arroyo, ni piensa en la tonalidad que va a adquirir durante su cauce entre los cantos rodados; ni las hojas y el viento piensan en obtener beneficio alguno al producir su inimitable sinfonía.

Nunca olvidaré, creo, las palabras de una querida hermana al salir de nuestra capilla, acostumbrada a los cultos aburridos de nuestra tradición protestante –sus defensores los califican de *“solemnes”*, pero sólo son mortecinos, auténticos peñazos insufribles- quien al comprobar los cambios experimentados después de la tenue renovación por la que estábamos atravesando, me dijo agriamente que *“aquello ya no parecía un ‘culto’, sino una ‘fiesta’.”*

Al escuchar a algunos creyentes, como la hermana en cuestión, uno pensaría que Dios nunca ríe. Y es que el ídolo que llamamos *“Dios”* suele en el curso de los años adquirir una fisonomía muy parecida a la nuestra, como esos perritos falderos que cuando pasa el tiempo terminan por parecerse mucho, incluso físicamente, a su ama.

Y si afirmáramos que estamos convencidos de que Dios ríe, especialmente en vista de nuestras provocaciones, puede que nos acusaran de herejes. Están acostumbrados a hacerlo. Es su oficio, como el nuestro es procurar la provocación.

A nosotros no nos importa en absoluto ser *“herejes por la gracia de Dios.”*

En realidad, aquella pobre hermana lo había comprendido perfectamente, y además tenía toda la razón. Sólo pude asentir con la cabeza. El frío culto tradicional se había convertido en una celebración en la que comenzaban a manifestarse algunos signos festivos pertenecientes a la presencia del Santo Espíritu de Dios.

En otra ocasión, fue otra hermana quien al escucharme decir *“¡Aleluya!”* me amenazó con no volver nunca más a congregarse con nosotros.

Naturalmente, pensé en ahorrarle hacer otro viaje hasta nuestra capilla, y opté por exclamar “¡Aleluya!”. Nunca más volvió. Con una sola palabra arruiné una aparente hermandad, amistad y compañerismo cristianos de casi veinte años.

Y es que el cristianismo organizado e institucionalizado en forma de racimo denominacional es un verdadero campo de minas. Un paso en falso, y adiós compañero. Se produce la explosión y quedamos hechos añicos. Es el germen de la división atomizadora que caracteriza a un concepto de iglesia en la que todos quieren ser cabecita de ratón, y nadie quiere ser cola de león.

En el libro de Proverbios 8:30-31 dice la Santa Escritura como sigue:

“La sabiduría estaba con Dios ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de Él en todo tiempo. Me regocijo en la parte habitable de su tierra; y mis delicias son con los hijos de los hombres.”

Curiosamente, el verbo traducido por “regocijarse” en este texto es una forma muy suave del hebreo original “*sakjác*”, voz que tiene el sentido de “jugar”, “danzar”, “divertirse”, “regocijarse”, “retozar”, “saltar de alegría”. Vaya, que a Dios parece alegrarle un culto infantil, y que aquello de “ser como niños” es algo muy serio para nuestro Señor.

Da la impresión que los traductores, tanto a nuestra lengua como a los demás idiomas occidentales, sienten un gran temor de que podamos enterarnos de algo tan elemental como que Dios ama la alegría, que su sabiduría se regocija con los hijos de los hombres, que lo hace jugando y retozando de gozo, que su actitud hacia nosotros es muy parecida a la nuestra respecto a nuestros hijos y nietos cuando son tiernos bebés.

De ahí se desprende que el Eterno, en vez de dejar dogmas a su pueblo, le dé fiestas y le encargue rigurosamente que marque el ciclo anual con festividades para todo el pueblo, de modo que nadie olvide que el Dios de antaño es el mismo hogaño.

Aquí pudiera encontrarse el sentido y la razón de la complicación en que el cristianismo organizado ha caído en el curso de la historia.

La versión cristiana del romanismo, quizá por su luz meridional y su imborrable tinte latino, tiene por lo menos fiestas y celebraciones, aunque por su naturaleza idolátrica no nos resulte posible unirnos a la mayoría de ellas.

Pero cuando reparamos en la realidad del protestantismo burgués de la fría y oscura Europa, del que son hijas deformes todas esas sectas del fundamentalismo evangélico norteamericano, exportadas a todo el mundo, nos encontramos con una casi total ausencia de festividades y celebraciones.

Circunscrito por la falta de luz característica del septentrión de sus orígenes, aparece como una sombra, con sus nieblas y brumas, con una lúgubre austeridad y estrechez que siempre vi simbolizada en la estrecha “*silla de Calvino*”, la cual por sus dimensiones me hizo también pensar en sus posibles sufrimientos si, como parece ser un hecho registrado históricamente, este personaje siniestro padecía de almorranas, hermosísima palabra oculta tras el cultismo “*hemorroides*”.

Y todos sabemos que quienes padecen de almorranas no pueden tener buen ánimo ni carácter dulce y apacible. ¡Pobres!

Tratando de ocultar más que de revelar, el cristianismo organizado ha caído en sus propias sombras, cuando no tinieblas.

Por eso es que cuando nos logramos librar del “*dios*” de la religión organizada, cualesquiera sea, sólo estamos destruyendo un feo ídolo de barro contaminado con multitud de impurezas, por muy cubierto de oro y piedras preciosas que nos lo pinten; un ídolo que sólo sirve para ocultar al Dios Vivo y Verdadero.

Quizá esto fuera lo que debieron intuir los viejos iconoclastas del pasado, aunque en su odio irrespetuoso e irracional no supieran realmente por qué destruían las imágenes y los vitrales de los templos.

A mí me parece que algo parecido a eso debió de ser lo que sintieron los “rojos” que quemaron iglesias y conventos, y acabaron con imágenes religiosas en los primeros días del desmadre del Frente Popular en nuestra reciente historia de España.

Recuerdo la primera vez que pregunté a algunos miembros de mi familia, casi todos pertenecientes al bando supuestamente “vencedor”, por qué habían “fusilado” al “Sagrado Corazón de Jesús” en el *Cerro de los Ángeles*, y recibí una respuesta huera e incongruente, en la que me quedó la impresión del maniqueísmo con que fui instruido en mi infancia, y del tantos años después logré a duras penas librarme.

Tuvo que transcurrir mucho tiempo antes de que comprendiera que aquello no había sido un “western” con sus “buenos” y “malos”, sino que a quién habían “fusilado” en aquella ocasión aquellos milicianos, pobres hombres ignorantes de las hordas rojas, cuando descargaron todas sus iras y frustraciones sobre frías imágenes, había sido al “dios” de los terratenientes y los señoritos burgueses que les habían venido explotando generación tras generación.

LA LUZ

*“Déjame pasear en la belleza y permíteme que mis ojos siempre
puedan contemplar el rojo y el púrpura de la puesta del sol.*

*Haz que mis manos respeten las cosas que has creado y agudiza mis
oídos para oír tu voz.”*

Canto de los Sioux

¿Qué le molesta de Jesús de Nazaret a la religión organizada e institucionalizada por los hombres?

“La luz en las tinieblas resplandece”, afirma Juan en el prólogo de su Evangelio (Juan 1:5).

Creo que podemos tener la certeza de que el amor es el secreto de la generosidad sagrada del Dios Altísimo, la manifestación de su gracia todopoderosa, el manantial inagotable de su amor incondicional.

Puede que eso sea lo que verdaderamente molesta de nuestro Señor a los humanos. Millones están dispuestos a realizar tremendos sacrificios religiosos para ganarse el perdón, pero una reconciliación con Dios basada en la gracia divina, en el favor jamás merecido por el hombre, y que Dios nos regala en la persona y obra de Jesús de Nazaret, es algo que ofende porque humilla a los humanos encastillados en nuestra natural soberbia, el fruto podrido que el pecado produce por excelencia.

La luz es la manifestación visual del amor de Dios, que alumbró a todo hombre, que todo lo inunda desterrando a las sombras exteriores e interiores.

La luz es el aliento del Santo Espíritu de Dios nuestro Señor, el vínculo vital que revela todas las cosas.

La luz es una realidad amorosa de Dios para este mundo que conocemos hoy y para el mundo venidero, en clave hebrea, que en clave griega llamamos la “*eternidad*”.

La luz es el eslabón que nos mantiene unidos a la vida y nos asegura de nuestro avance y progreso hacia el Dios en quien un día fuimos un pensamiento, el que decidió crear al hombre, varón y mujer, desde los cielos, y después procedió a materializarlo tomando de la “*adamá*”, la *arcilla roja del suelo*, para darle forma, insuflar su aliento en un beso inolvidable, y llamarle “*Adam*”, un alma viviente.

Dijeron los sabios antiguos de Israel que la luz es todo lo que hay, por eso las tinieblas no la pueden comprender, por cuanto las desplaza, las despoja y priva de todo su poder; las

arrincona y diluye como la neblina matutina a la luz del sol en su zenit, cuando ya no queda nada de las brumas del amanecer.

La luz está en todo alrededor nuestro como reflejo de la eternidad, en los pájaros, incluso en los que caen al suelo por el calor del verano; en los árboles, incluso en las hojas secas y las flores marchitas; en las bestias del campo; en el río, incluso en su cauce seco; en el cielo estrellado o nublado; en las estrellas, comprendidas las más distantes que jamás veremos desde este mundo nuestro; en la lluvia; en las piedras; en el hombre hermano nuestro...

Los sabios antiguos de Israel sabían que todos somos fragmentos de esa luz primigenia.

La música no es el oído, pero sin éste de nada sirve la melodía, por bella que pueda sonar.

La danza no es el bailarín, pero sin él carecería de sentido el baile.

Tampoco el libro, ni siquiera la Biblia es Palabra de Dios, a menos que la Escritura vuelva a ser “palabra” inspirada por Dios y puesta por escrito para su conservación, pero precisa de ojos que la lean y voz que la proclame.

Por eso Dios le pide a Israel que oiga, que escuche, no simplemente que lea.

¿De qué puede valernos el texto si no hay ojo que lo lea?

¿Para qué la inmensa belleza del universo conocido si no hay quien lo contemple?

¿A quién pueden mostrar los cielos la gloria de Dios si no hay quienes puedan contemplar semejante gloria?

Necesitamos la misma luz que recibió quien oyó y escribió para que nosotros podamos por nuestra parte leer y entender.

La danza es la vibración de la Creación, el movimiento del Espíritu de Dios sobre la superficie de las aguas primeras.

Vivimos en medio de un océano de luz en el que la vida brota y danza y nos sumerge como a los peces en el río y en la profundidad del océano.

Dios “danza” en su Creación. Él es quien revela y da sentido a esa vibración, por lo que si el bailarín se detuviera, la Creación cesaría. Pero tal cosa no sucederá por cuanto nuestro Señor es el Autor y Sustentador del Universo.

Dios es el aliento de todo cuanto respira, el aire cálido del medio día y la brisa fresca del atardecer, como cuando Dios caminaba con nuestros primeros padres al aire del día, es decir, en el frescor del crepúsculo de la tarde.

Nuestro hispano-hebreo *Ibn Gabirol* le canta a Dios con estas palabras:

“Te busco en todas mis auroras y crepúsculos,

Extiendo hacia Ti mis manos y mi faz.

Hacia Ti clamo con el corazón sediento,

Como el mendigo que pide junto a mi puerta y mi umbral.

Las alturas no pueden servirte de morada,

Resides dentro de mí.

Escondo en mi corazón Tu glorioso Nombre,

Mientras mi amor por Ti rebosa hasta traspasar mi boca.

Por eso ensalzaré el Nombre del Señor,

Mientras el aliento de Dios esté vivo en mí.”

El pecado es la causa de que seamos ciegos a la luz, y nuestras tinieblas no nos permitan comprenderla.

Por eso no se nos dice que Jesús haya venido para traernos la verdadera religión a la que todos hemos de adscribirnos, como si fuera un escuela filosófica, una secta, un club, un partido político o un sindicato estatal.

Jesús vino a quitar la ceguera de los ojos; a abrir los oídos sordos; a fortalecer las piernas y brazos paralizados; a liberar la lengua de las ataduras impuestas por quienes sólo quieren oírse ellos mismos y a quienes les aplauden y estampan sus sellos de caucho en señal de aprobación. Los demás no existen o no tienen derecho a ser.

Jesús vino a despertar del sueño opiáceo producido por los muchos agentes contaminantes, entre los cuales se halla la religión organizada, aquella y todas; la que rechazó a Jesús, tal y como hubiera sido rechazado por la nuestra en nuestros días, aunque pueda llevar su nombre como apellido.

Jesús vino para ayudarnos a despejar nuestra mente de las redes y madejas de creencias y tradiciones de los hombres experimentados en la manipulación de conciencias.

Con Jesús uno pronto aprende que la fe en Dios no tiene nada que ver con las creencias de cualquiera de las religiones institucionalizadas ...

Que la mejor religión es la que nos religa a Dios y nos convierte en “*prójimos*” de los necesitados; la que nos vuelve mejores, más compasivos, más comprensivos, más sensibles, más desprendidos, más amorosos, más perdonadores, más difíciles de sentirnos ofendidos, más responsables, más humanos...

Y ciertamente la religión organizada no puede levantar un limpio estandarte en este juego.

Por eso Jesús nunca entró en discusiones religiosas, sino que se limitó a acercarse amorosamente a los necesitados, comprendidos aquellos religiosos que igualmente necesitaban, en su caso no pan y pescado, sino un espejo en el que pudieran verse reflejados con toda su carga de mentira, de hipocresía y vana religiosidad, simplemente para mantener su *modus vivendi*.

Jesús no empleó un sólo instante para desacreditar ningún camino de santificación y espiritualidad.

Se limitó a mostrar una manera de vivir, de contemplar el mundo y relacionarse con él.

No hizo campaña a favor de un determinado credo, ni tampoco contra los de los demás.

Era imposible que lo hiciera, por cuanto Jesús no vino a traer un sistema religioso de ninguna especie, sino que estuvo entre nosotros como Maestro universal de espiritualidad y dador de su vida en rescate por la nuestra.

Por eso no existe posibilidad alguna de ponerle a nuestro Señor una etiqueta con el nombre de una religión o secta organizada.

No le estorbó aquella en la que nació, sino los hombres que la habían institucionalizado, nacionalizado e impuesto bajo sus necias interpretaciones partidistas encaminadas a la defensa de sus privilegios y prebendas.

La prueba más evidente la tenemos en que antes de su partida, de volver al seno del Padre, de quien había venido, dijo a los suyos que para no dejarlos huérfanos, ni a ellos ni a nosotros, vendría en la Persona del Espíritu Santo para morar en nuestros corazones, los de todos los discípulos, no de forma exclusiva ni magistral en alguien en particular. Ese Espíritu suyo sería su Vicario, no una institución ni hombre alguno en particular.

No para presidir ningún sistema religioso establecido, institucionalizado, vinculado a los poderes terrenales, encaminado a ser uno más de ellos, con pretensiones de dominarlos a todos.

Jesús de Nazaret no nos lega libros, normas, rituales sacramentales, ni nada de cuanto podemos hallar en las religiones establecidas, comprendido el cristianismo institucionalizado en sus diversas variantes; ni siquiera nos deja un credo o confesión de fe expresada en abstracciones, sino que promete venir a nosotros en la bendita Persona del Santo Espíritu Consolador para estar con nosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos.

Lo otro, el desastre heredado, lo harían los constructores de la llamada “*religión cristiana*”, por su pretensión de destruir a todos los otros sistemas religiosos, de imponerse como credo universal mediante su unión al estado imperial y perseguir hasta erradicar a quienes entendieran las cosas de otra manera, incluso dentro de sus propias filas.

Puede que nunca hayas reparado en esto, pero te aseguro que ha sido a manos de cristianos como han muerto la mayoría de los cristianos asesinados en la larga historia sangrienta del cristianismo institucionalizado.

No olvides que en la Segunda Guerra Mundial, como en tantas otras del pasado e incluso de nuestros días, los capellanes han acompañado a las tropas enfrentadas, incluso los de la misma denominación, además de bendecir cañones, carros de combate y lo que haga falta. Para eso les pagan.

Incluso les veremos acompañar a los reos al patíbulo, a la silla eléctrica o a la inyección letal, mientras Jesús seguirá diciéndonos en el Evangelio que Él ha venido a liberar a los presos:

Lucas 4:18-19: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor.”

Pero Jesús no contempló a los demás como antagonistas suyos.

Marcos 9:38-41: “Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía. Pero Jesús dijo: No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es. Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.”

Mandó ir y hacer discípulos a todas las naciones, entiéndase según el original a todas las *etnias*, respetando a todos, sin interferir con las culturas de los pueblos, por cuanto ninguna de ellas es de desechar, excepto el pecado que no es patrimonio de ningún pueblo en particular, sino que es condición humana universal.

Cuando los discípulos le propusieron a Jesús que pidiera que descendiese fuego del cielo sobre los que no le recibieron en una localidad de Samaria, por saber que se dirigía a Jerusalem, el Señor se sintió profundamente apenado, no por el rechazo de los samaritanos, sino al ver que a pesar de tanto tiempo junto a Él no habían entendido sus discípulos lo más importante:

Lucas 9:51-56: “Cuando se cumplió el tiempo en que Jesús había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalem. Y envió mensajeros delante de Él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalem. Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor,

¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma? Entonces volviéndose Jesús, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois; porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea."

Los samaritanos y los judíos de la época no se trataban entre sí. Sus sistemas religiosos estaban enfrentados. Eran antagonistas que se consideraban mutua y recíprocamente herejes.

Cada uno de ellos estaba convencido de que su monte y su templo eran mejores que los del otro.

De ahí la pregunta de aquella mujer samaritana a nuestro Señor junto al pozo de Jacob, y la respuesta del Maestro:

Juan 4:20-24: "Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalem es el lugar donde se debe adorar. Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalem adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en Espíritu y en Verdad es necesario que adoren."

¿Cómo supieron que Jesús se disponía a encaminarse a Jerusalem?

Debieron escuchar las palabras que hallamos registradas en Lucas 9:21-22, aunque Jesús les encargó que las mantuvieran en secreto, pero o bien hubo una transparencia o bien alguien les estaba espiando:

"Pero Jesús les mandó que a nadie dijese eso (que Él era el Cristo (Mesías) de Dios), encargándoselo rigurosamente, y diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día."

Las creencias son fósiles impotentes, pueden llenar nuestras cabezas de ideas y conceptos, movernos al enfrentamiento con otros hombres que albergan otras ideas, pero nunca han servido ni servirán para transformar un solo corazón.

Podemos arrastrar las creencias toda una vida, pero serán tan sólo chatarra oxidada en nuestros corazones, lastre difícil de soltar para podernos elevar, basura filosófica que sólo sirve para el debatir, discutir y pontificar del orgullo de los hombres.

Las creencias son intelectuales, pero la fe de Cristo es existencial y experiencial.

Por eso se nos dice en la Sagrada Escritura que "*Jesús es el Autor de la vida*". (Hechos 3:15)...

"Jesús es el Autor y el Consumador de la fe". (Hebreos 12:2)...

"Jesús es Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen". (Hebreos 5:9)...

¡Qué magnífica ocasión para haber dicho que nuestro Señor es autor de salvación eterna para quienes creen! Sin embargo, aquí se manifiesta una vez más que la verdadera fe en el sentido enseñado por Jesús de Nazaret y los primeros apóstoles es la "*obediencia*", la fe en acción, la fe que obra por el amor, no una simple creencia intelectual. Esa sólo es fe muerta.

Ahora te propongo que hagas un sencillo ejercicio: Busca en tu Concordancia Bíblica la palabra "*fe*", y pregúntate por qué sólo hay una referencia de esa voz en el Antiguo Testamento: Habacuc 2:4:

"He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá." (Ver también Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38).

Sin embargo, el hebreo “*emuná*”, que traducimos por “*fe*”, vamos a poder hallarlo en las Escrituras como “*confianza*”, “*fidelidad*”, “*obediencia*” y “*seguridad*”.

Y también que “Jesucristo es el mismo, ayer, y hoy, y por los siglos.” (Hebreos 13:8).

Jesús vino a satisfacer las aspiraciones de los debilitados, de los empobrecidos, de los vulnerables, de los marginados, de los hambrientos y sedientos de justicia.

Esa es su máxima dicha, su bienaventuranza, tanto para el discípulo como para el Maestro.

Por eso esa clase de gente, su gente, fue la que le siguió desde el principio, junto con las mujeres, representantes de los marginados por la sociedad machista:

Lucas 8:1-3: “Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el Evangelio del Reino de Dios, y los doce con Él, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían (a Jesús) de sus bienes.”

Por este pasaje queda claro que los varones eran menos que las mujeres –“*doce varones que le seguían*” frente a “*muchas mujeres que le servían*”- dato que a pesar de estar claramente expuesto en el Evangelio, ha sido escondido por la gerontocracia machista del iglesianismo de todos los tiempos. Tú mismo, amigo lector, ye acabas de llevar una sorpresa. Seguramente vas a volver a leerlo. Bien harás.

Y esta comitiva recorre las grandes y pequeñas aglomeraciones humanas, ciudad por ciudad y aldea por aldea.

Jesús y los suyos –y las suyas- van proclamando el Evangelio del Reino de Dios, la Buena Nueva del perdón que Dios ofrece a los hombres mediante el arrepentimiento y la fe en Jesús.

El Señor no va construyendo templos a su paso, no levanta catedrales ni basílicas, ni establece organizaciones de naturaleza religiosa estructuradas al estilo del mundo, con sede social y estatutos, dirigidas por oficiales jerárquicos, sino que camina pregonando que el Reino de Dios alborea en su persona, en su presencia, en sus actos y en sus palabras. Por eso le siguen las señales del Reino de Dios:

Lucas 7:18-23: “Los discípulos de Juan (el Bautista) le dieron las nuevas de todas estas cosas (la resurrección del hijo de la viuda de Naín). Y llamó Juan a dos de sus discípulos, y los envió a Jesús, para preguntarle: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? Cuando, pues, los hombres vinieron a Él, dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti, para preguntarte: ¿Eres tú el que había de venir, o esperaremos a otro? En esa misma hora (Jesús) sanó a muchos de enfermedades y plagas, y de espíritus malos, y a muchos ciegos les dio la vista. Y respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es aquel que no halle tropiezo en mí.”

Así podemos comprender la manera en que se inicia la labor de los discípulos de Jesús de Nazaret después de su resurrección, de su ascensión al seno del Padre y del derramamiento del Espíritu Santo:

Marcos 16:19-20: “Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén.”

Dondequiera y cuandoquiera que se proclame el Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios en Cristo Jesús, el poder del Espíritu Santo dará las señales prometidas que acompañarán y confirmarán la Palabra predicada.

Pero volvamos ahora a la compañía de Jesús durante su ministerio terrenal. Entre quienes la forman hay muchas mujeres, como hemos leído en el Evangelio, que le sirven con sus bienes, es decir, con su peculio.

No son unas pocas excepcionales, sino muchas las mujeres que siguen y sirven a Jesús de Nazaret. ¿Es que no sabemos leer? No, no es eso. Es sencillamente que proyectamos sobre el texto de las Escrituras nuestras ideas apriorísticas que hacen decir a la Biblia lo que nosotros queremos hallar en ella.

Esto debería sorprendernos, pues la comitiva está formada por muchas mujeres, entre las cuales están también los doce, no al revés, como nos lo han pintado siempre los agentes del iglesianismo establecido.

Recordemos que los rabinos de la época excluían a las mujeres del estudio de las Sagradas Escrituras.

El séquito de las discípulas y discípulos da testimonio incuestionable de que Jesús ha venido a salvar a los empobrecidos del pueblo y los despreciados por la nobleza laica y los miembros del alto clero de Jerusalem. Nuestro Señor ha venido a salvar a los debilitados, marginados e ignorantes de la Santa Ley de Dios.

Estas mujeres “apóstoles” sirven a Jesús con sus bienes. Su ejemplo se haría carne en otras muchas, conforme al testimonio bíblico, como *Lidia, Priscila, María, Junias, Trifena, Trifosa, Pérsida, Julia, Síntique, Evodia, Cloé y Febe*, entre otras cuyos nombres desconocemos.

Después, en el curso de la historia, las mujeres serían el alma de la extensión del Evangelio, aunque los dirigentes del cristianismo organizado les hayan robado todo protagonismo con el propósito de destacar ellos.

Una muchedumbre de pobres, marginados, leprosos, ciegos, cojos, mancos, tullidos y paralíticos, prostitutas y vagabundos, viudas y huérfanos fueron quienes compusieron el cortejo que acompañó a Jesús en su entrada triunfal en Jerusalem. Eso fue lo que molestó sobremanera a los poderosos, tanto laicos como religiosos.

Habían recibido sus favores y misericordias, por eso le seguían.

Ese fue su pueblo, del que tristemente no quisieron formar parte los miembros de la “nobleza” laica, ni los sacerdotes del alto clero del templo, ni los componentes del Sanedrín, ni los más destacados dirigentes de las sectas religioso-políticas del momento.

Todos esos o bien despreciaron al cortejo de Jesús o bien se escondieron tras las celosías de sus casas para observar al Maestro y su extraña comitiva que a sus ojos no les permitía ver al Mesías.

Esos son quienes suelen olvidar que nada trajeron al mundo, que no son mejores que los demás, que entraron en él y hallaron la mesa puesta, pero en lugar de hacer sitio para que se sentaran los que todavía no habían accedido, olvidaron que *del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan*, todos, es decir, que Dios tiene una sola humanidad, caramba.

Había un “plato” para cada comensal, pero los que llegaron antes, los más dotados y avispados se llevaron el suyo y alguno más, de modo que si llegamos a la mesa y nos falta “plato”, ya sabemos lo que ha sucedido: *Alguien ha tomado el suyo y el nuestro*.

Y el problema es que los “platos” son bienes limitados, renovables pero no al ritmo del consumismo atroz impuesto por los dueños de los medios de producción, del marketing y la publicidad.

La escena de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalem nos la han pintado desde otro ángulo, todo muy espiritualizado, muy emborronado, muy peliculero, para que no nos percatemos de la realidad de quienes realmente compusieron el cortejo que siguió al Maestro.

Penetraron por las puertas de la ciudad para “tomarla”, en un asedio sin armas, sin odio, sin deseos de venganza, sin derramamiento de sangre, sólo para “tomarla”, con su presencia, y así lo hicieron, cantando y alabando al Señor, sin espada y sin ejército.

Del mismo modo que habían entrado en el atrio de los gentiles del templo de Jerusalem para limpiar la “*Casa de Oración para todos los Pueblos*”, convertida por los poderosos en templo nacionalista, despreciando el atrio de los gentiles, separándolo del templo, y destinándolo para servir como mercado y cueva de ladrones, ahora esta multitud de descamisados, empobrecidos, marginados y desheredados tomaba la ciudad de Jerusalem.

Pero con rara habilidad los religiosos de todos los tiempos han sabido espiritualizar y edulcorar los relatos del Evangelio para que leyéndolos pocos los entiendan, oyéndolos pocos comprendan, y viéndolos escasos sean quienes capten las verdaderas imágenes que nos facilita el texto.

La pinacoteca primero, y después el cine y la televisión, han contribuido de forma nefasta a deformar nuestras imágenes del verdadero Evangelio de Jesucristo nuestro Señor.

Ahora ya nos dejan leerlo, porque por este raro fenómeno estaremos proyectando sobre el texto multitud de ideas e imágenes apriorísticas que no se encuentran en el testimonio de las Sagradas Escrituras.

Ahora la Biblia ha dejado de ser peligrosa, porque los agentes especializados del cristianismo institucionalizado llevan realizando esta estratagema desde hace muchos siglos. Su experiencia en maquillar es amplísima.

Ellos mismos han sido quienes se ha encargado de hacer creer que las Sagradas Escrituras sólo son una colección de sagas folclórico-religiosas que no pueden ser tomadas en serio.

Les pagan para eso, lo sepan o no, y se les prepara, consciente o inconscientemente, para que hagan ese trabajo eficazmente.

Es algo sutil y no fácil de descubrir. Toma tiempo e interés, esfuerzo y dedicación. Por lo menos, a mí me lo ha tomado.

Después de tantos siglos de práctica han aprendido a hacer su labor y a realizarla eficazmente.

DANOS FE Y LÍBRANOS DE LA CREENCIA

“De devociones absurdas y santos amargados, líbranos, Señor.”

“Sólo Dios basta”

Teresa de Jesús

(1515-1582)

¿No os parece que hay algo bastante irónico en todo esto?

Jesús de Nazaret nació judío, y los judíos han sido en el curso de los siglos los más reticentes a reconocerle. ¿No es extraño?

Con razón nos ha advertido Jesús de la dificultad para el profeta de recibir reconocimiento en su propia tierra:

Juan 4:43-44: “Dos días después, Jesús salió de allí y fue a Galilea. Porque Jesús mismo dio testimonio de que el profeta no tiene honra en su propia tierra.”

¿En qué hemos fallado? El cristianismo institucionalizado no ha sido suficientemente humilde como para dejar que el pueblo hebreo descubriera a Jesús de Nazaret liberado de las pretensiones que nosotros imponemos han de aceptar todos cuantos se acercan a Jesús, sin dogmatismo ni credos pontificales.

Nuestras exigencias a quienes se aproximan a Jesús actúan como infranqueable barrera para que éstos no lo puedan hacer, o se distancien al sentirse rechazados por quienes paradójicamente les hemos invitado a acercarse al Autor y Consumador de la fe.

Es ridículo, les exigimos fe antes de acercarse a quien tiene la exclusiva autoría y consumación de la fe.

El cristianismo, la religión supuestamente basada en Jesucristo, y que ha configurado la cultura occidental llamada judeo-cristiana, es cada día la más rechazada en esta parte del mundo.

Las soberbias declaraciones de muchos clérigos sólo son patadas en las espinillas de quienes se acercan a Jesús, y comienzan a interesarse por su Persona y sus enseñanzas.

¿Por qué es esto así?

Porque, incluso lo poco de Jesús de Nazaret que queda en el cristianismo organizado, apenas unos efímeros retazos, conmueve con fuerza los cimientos del establecimiento, por lo que éste se ha encargado de borrar casi todas las huellas de Jesús de Nazaret en la estructura religiosa que ha venido siendo tradicionalmente dominante o mayoritaria por imposición, y que el sistema ha utilizado como elemento de freno y control de las masas.

Los manipuladores de nuestras conciencias se han asegurado mucho de que vivamos en el pasado, completamente cerrados al porvenir, a la renovación, a la innovación.

De ahí el rechazo a la persona y obra del Espíritu Santo, quien tiene por una de sus principales labores la renovación espiritual.

Si alguien se nos aproxima y nos dice que lo que hemos venido creyendo es erróneo...

Que nuestra fe sólo es una serie de creencias sin verdadero fundamento...

Que sólo son antiguas y oscuras supersticiones de pueblos primitivos...

Que lo que comenzó como tradición oral popular lo han convertido los poderosos en abstracciones filosóficas en el plano intelectual...

Que lo que llamamos “*mandamientos divinos*” son sólo “*mandamientos de hombres*” con los que hemos substituido y reemplazado a las auténticas enseñanzas de Jesús de Nazaret...

Que nuestra forma de orar o de adorar son sólo fórmulas litúrgicas arrastradas por siglos, carentes de vitalidad y espontaneidad...

¿Cuál va a ser nuestra reacción ante tales afirmaciones?

Vamos a sentirnos muy incómodos, vamos a sentirnos acusados, vamos a ponernos a la defensiva, vamos a luchar, vamos a rechazar a Jesús de Nazaret por nuestras tradiciones...

Porque en la tradición nos vamos a sentir seguros, por cuanto es de nuestra propia factura; cuando menos cómodos, acomodados, mientras que en Jesús de Nazaret vamos a sentir que se conmueven nuestros cimientos, nuestras falsas seguridades.

Vamos a quedarnos con el “*Cristo*” reinventado por el poder establecido, por la superestructura; el creado a imagen y semejanza suya, acondicionado y domesticado para que nada cambie; porque aceptar al verdadero sabemos o intuimos que va a ser muy arriesgado para el mantenimiento de los intereses de quienes ostentan o detentan el poder, así como para quienes sólo buscan edulcorante para sus conciencias o llegar a alcanzar las posiciones de poder que otros han alcanzado.

¿Vamos a atrevernos a aproximarnos a Jesús de Nazaret sin ropajes, sin revestimientos, sin máscaras ni caretas, sin maquillaje religioso?

Pocos saben que la voz “*tradición*” viene del latín “*traditio*”, forma substantivada del verbo “*tradere*”, que es “*transmitir*”, “*entregar*”, y por extensión “*hacer comercio*”. La voz que nos ocupa se mantiene firme en la lengua inglesa como “*trade*”.

Un cuento hindú relata la historia de un gato que todos los días entraba en el templo a la hora de la oración, y allí permanecía tan tranquilo paseándose entre los fieles, pero distrayéndolos durante la celebración litúrgica.

Como esto resultaba bastante molesto, un día alguien se levantó, tomó al gato y se le ocurrió atarlo a una columna. Los fieles le traían comida y agua todos los días, hasta que finalmente

murió el gato, y al día siguiente fue reemplazado por otro que procedieron a atar a la misma columna del anterior.

Esta operación siguió repitiéndose cada vez que un gato fallecía.

Siglos después los estudiantes de la escuela teológica del templo procedieron a escribir densos tratados sobre la profunda significación espiritual de mantener a un gato siempre atado a una determinada columna del templo durante las oraciones y las celebraciones litúrgicas cotidianas.

Así es como funciona todo sistema tradicional en cualquier lugar del mundo.

Curiosamente, de esa misma raíz etimológica, "*traditio*", "*tradere*", nos llega el sustantivo "*traidor*" para definir al que "*vende la confianza o lealtad debida*".

La tradición es el establecimiento y la institucionalización de la traición a la verdad...

Toda tradición es en esencia un comercio y una traición...

Esto significaría que el "*World Trade Center*", el "*Centro Mundial de Negocios*" de Nueva York, conocido mundialmente como las "*Twin Towers*" o "*Torres Gemelas*", fue y es, aunque haya cambiado de ubicación, el "*centro mundial de la traición*", desde donde se decide quiénes van a ser los hombres, mujeres y niños que van a padecer hambruna y sus consecuencias hasta morir. Por eso es que de ese "*templo*" del dios *Mamón* tampoco ha quedado piedra sobre piedra.

Por eso el cristianismo organizado cree y enseña a creer en cosas que no son ciertas, que carecen de fundamento, que sólo son artículos vendidos, transmitidos de generación en generación mediante esa cadena herrumbrosa de la tradición, es decir, de la traición institucionalizada.

Pero tan pronto aparece la Verdad, es decir, Jesús de Nazaret, surge el conflicto, el antagonismo, el rechazo, dentro y fuera del ámbito religioso. Jesús estorba, ayer y hoy. Hay que destruirle.

De ahí se desprende por qué les resulta más difícil seguir a Jesús a quienes más tienen, más años, más seguridad en sí mismos, más orgullo en el saber, más apegos y más posesiones que les poseen y convierten en esclavos.

No puede haber mucha movilidad cuando nuestros huesos están secos, cuando se nos ha ido perdiendo la mayor parte del cartílago y padecemos de la severidad de la artrosis y sus dolores.

Tampoco podemos movernos con facilidad cuando nuestro equipaje es muy pesada impedimenta para el viaje de la vida.

Los años hacen que las tradiciones se arraiguen hondamente en nuestro ser, y, naturalmente, resulta costoso y hasta muy doloroso cambiar, y mucho más dejarnos transformar.

Es un hecho sabido que un joven tiene un futuro frente a sí, mientras que los viejos tendemos a creer que sólo tenemos un pasado. Quizás por eso es que, aparte de las razones biológicas, los entrados en años tenemos menos dificultad en recordar lo que hicimos hace veinte años que lo que comimos ayer.

Nos asusta el porvenir, la vejez más avanzada, y, finalmente el futuro se nos presenta inexorablemente como la muerte, como la cesación de la vida.

Los mayores creemos tener cosas por las que luchar para mantenerlas como derechos adquiridos, mientras que un niño pequeño tiene poco por lo que luchar, ya que todo es para él o para ella futuro, y eso implica que todo es suyo, que todo le pertenece, sin necesidad de poseer documentos que atestigüen la exclusividad de su propiedad.

Es por eso que los *niños-viejos* de nuestros días carecen de ilusiones, desconocen lo que es la cultura del trabajo y del esfuerzo.

Los niños no tienen pasado, sólo cuentan con el futuro, por eso pueden anhelar vivir la aventura, correr riesgos; pero un viejo tiene mucho que perder porque habrá acumulado mucho, aunque sólo hayan sido años, peso y experiencias.

Tristemente, en muchos casos la acumulación habrá sido sólo de esa clase de bienes que no podrán ir más allá de la tumba.

Por eso me gusta repetir que *“Bill Gates y yo, vamos a llevarnos lo mismo a la sepultura.”* Tú, amigo lector, también vas a llevarte exactamente lo mismo, por si no lo sabías, aunque me inclino a pensar que lo venías sospechando.

Esto también acontece cuando se trata del conocimiento, pues quien mucho sabe estará siempre dispuesto a luchar por sus ideas, a defender sus argumentos y posiciones que habrá adquirido con el tiempo, y que sin duda le habrá costado arduo trabajo conseguir.

El que poco sabe no tiene que levantar la guardia para defender posiciones, posturas y creencias, sino que está dispuesto a abrirse ante lo novedoso, porque no tiene mucho que perder ni posesiones por las que discutir ni pelear.

Por consiguiente, quiero que sepas que si te resulta duro asumir lo que aquí estamos considerando, pues si te sirve de algo, que sepas que cuentas con mi comprensión, por cuanto yo también estoy hecho de la misma fibra que tú. Y lo que estamos contemplando es muy fácil de entender, pero, sin duda, bastante duro de asumir.

A mí también me ha costado bastante rendirme a evidencias incuestionables que han dado al traste con algunas creencias que me parecieron absolutamente firmes, estables e inmovibles.

Me cuesta trabajo aceptar haber sido tan bisoño, si bien creo que todavía tengo mucha carga de bisonería de la que desprenderme.

Jesús de Nazaret no estuvo entre nosotros ni como juez del Sanedrín, ni como un rey de este mundo, ni como sacerdote del templo, ni como profeta de la corte vendido al regidor de turno, ni como terrateniente adinerado, ni como jefe de ninguna secta.

Jesús fue un laico, algo que muchos ignoran o no reparan en ello, pues no había nacido como primogénito varón de una familia aarónica de la tribu de la Leví.

Jesús, de la tribu de Judá, no fue sacerdote del templo de Jerusalem, por eso no enseñó oficialmente dentro de la parte del recinto sagrado al efecto, sino en sus aledaños, en el atrio de los gentiles y a las puertas del templo.

Su orden fue el de Melquisedec, constituido Sumo Sacerdote para siempre, quien intercede por nosotros en el Santuario Celestial hasta el Día de su Segunda Venida a buscar a quienes le amamos y esperamos con temor reverencial y amistad íntima, en un equilibrio que sólo su Santo Espíritu puede producir en nuestros corazones.

El Verbo, que es Dios, fue hecho carne, carne humana, para habitar entre nosotros, como uno de nosotros, como obrero de carpintería, rabino sin título oficial...

No recibió ningún premio Nobel; no buscó el éxito ni en la política ni en el mundo de los negocios; no se distinguió como puritano fundamentalista de moralina estrecha; no mandó construir edificio alguno ni estableció ninguna sede para una religión que supuestamente hubiera establecido.

Ni siquiera tuvo un lugar propio donde recostar su cabeza.

Y para enseñar sobre nuestras responsabilidades con la figura de una moneda, tuvo que pedirla prestada a su interlocutor.

Jesús no es fundador de nada, sino fundamento de nuestro todo.

A los religiosos de todos los tiempos, cualesquiera sea su adscripción, les encantan los concilios, los reglamentos, las actas, las conferencias, las convenciones, los simposios, las normas, los estatutos, los artículos, los comités, los nombramientos, los cargos con denominación rimbombante, las encomiendas y las tarjetas de visita con su currículum completo.

Jesús les dirige las palabras que hallamos en el Evangelio de Juan 5:44, y que resultan novedosas para muchos poseedores de una Biblia desgastada por el sudor de la mano:

“¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?”

Es lo suyo. No saben vivir sin esas zarandajas, ni los de entonces ni los de hoy, por cuanto se han criado y desarrollado entre ellas toda su vida. Están inconscientemente capacitados para desempeñarse en dichos círculos.

Ha venido siendo su aire, su atmósfera, y no están acostumbrados a respirar fuera de ella. El aire limpio les quema los pulmones, como nos ocurre a todos los urbanitas cuando salimos al campo después de no haber abandonado la ciudad por meses.

Todas esas cosas forman parte de su “*ethos*”, de su “*pathos*” y de su “*logos*”.

Personalmente, cuando trato con ellos procuro desviar la conversación para no expresarles lo que pienso al respecto, por cuanto no deseo ofenderles, humillarles, hacerles daño, herir sus sentimientos, quitarles suelo de debajo de sus pies para que caigan en cualquier abismo, sino que procuro dirigir la charla hacia otros caminos.

No en vano siguen siendo mis hermanos. Por eso es que mi juicio es de discernimiento, nunca condenatorio.

Luego, al salir de sus entornos, eso sí, procuro abrir la ventana de mi alma para que se airee y ventile, como al amanecer del día.

Sin embargo, hay momentos en que esto no resulta posible, y uno, que también tiene su corazoncito, se siente impelido a compartir lo que hay dentro de nuestro ser, aunque pueda molestar un poco a algunos, como estará aconteciendo al leer estas páginas.

Y es que no se puede comer ajo sin que le quede a uno su aliento.

Jesucristo es la encarnación de la Verdad, y el conocimiento de la Verdad es el agente liberador. No hay otro.

La sed de Dios y la sed del hombre se encuentran en Jesús de Nazaret, se abrazan en Él, y en ese abrazo comprendemos que el amor jamás ha estado ni estará ocioso.

Haber hecho de Cristo Jesús un sistema religioso ha sido la mayor traición imaginable al Hombre de Nazaret.

NOSOTROS Y LOS OTROS

“Si no encuentras a Dios en cualquier persona que esté a tu lado, es una pérdida de tiempo que lo busques más lejos.”

Gandhi.

Al materializarse en forma de fuente del poder de sus patrocinadores, el cristianismo organizado, como todas las demás religiones institucionalizadas, perdió su esencia, su espiritualidad, su fuerza motriz, su capacidad de llegar hasta el corazón de los hombres donde la luz de Dios brilla, aunque sólo sea muy tenuemente.

El religionismo se dedica a apagar esa luz que alumbra a cada ser para sustituirla con montañas de dogmas, creencias estereotipadas y expresadas con terminología abstracta que casi nadie llega a entender, o que admite tantas opiniones como individuos, facilitando de ese modo la justificación para luchar y hasta matar en el Nombre de Dios con tal de alcanzar posiciones de poder dentro de las estructuras religiosas.

Jamás podremos comprender a Dios de esa manera, aunque estemos luchando durante siglos por imponer nuestros criterios.

Se cuenta de unos estudiantes que buscaban el camino hacia la iluminación espiritual, y preguntaron a un gran sabio cómo y dónde hallarla. El sabio les dijo que no podrían jamás conquistarla, ni comprarla, ni mucho menos apoderarse de ella.

Al verles abatidos y profundamente entristecidos y decepcionados, el sabio añadió: *“No os aflijáis, porque tampoco podréis perderla.”*

Y cuenta la historia que todavía en el día de hoy siguen aquellos discípulos buscando lo que no puede ser hallado ni perdido.

Del mismo modo seguirán su camino quienes hereden su búsqueda.

Algunos incluso escribirán voluminosos libros sobre la experiencia de su empeño.

No faltarán ni quienes los editen, publiquen y vendan, ni quienes los compren para estudiarlos.

Dicen también los sabios antiguos que ni siquiera los reyes y los emperadores cargados de inmensas riquezas y enormes dominios pueden compararse a una simple hormiga llena del amor de Dios o a un gorrión repleto de vitalidad gozosa para saludar a su visión de Dios en el alba y darle su despedida en la puesta del sol de cada día.

Mientras tanto, millones saldrán de sus casas para volver después de muchas horas de trabajo sin haber reparado ni en el alba ni en el ocaso.

Recordemos las palabras de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio según Mateo 6:25-34:

“Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?”

Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?

¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo?

Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan; pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos.

Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?

No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?

Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas.

Mas buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.

Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.”

Jesús de Nazaret nos ha advertido del peligro de hacer de su mensaje sólo palabras, palabras y más palabras.

Creen los mentecatos de todos los tiempos que cuanto más digamos, más quedará por decir.

Pero Jesús nos asegura que lo que queda por hacer es precisamente eso, hacer.

Ser hacedores de la Ley de Dios es de lo que se trata, no simplemente oidores y repetidores. La palabra apostólica es muy clara al respecto:

Romanos 2:13: “Porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados.”

Todo lo demás son discursos, argumentaciones, temas para dar charlas; os lo dice uno que ha dado y sigue dando muchas y está bastante cansado de hablar y hablar.

Naturalmente, y en justa reciprocidad, también doy por hecho que los que escuchan no estarán menos cansados que yo, incluso muy fácilmente puede que lo estén más.

Jesús nos propone ser lámparas en medio de la oscuridad.

No nos pide que seamos bambalinas para iluminar el escenario en el que nos desenvolvamos para presentarnos como “*reyes del mambo*”.

La lámpara en que Jesús quiere que nos convirtamos ha de ser para iluminar a quienes caminan con nosotros con menos luz o con menos vista.

Al menos de lo segundo, de la vista mermada, creo poder entender un poco.

La propuesta es ser lámparas para mirar a los demás hombres con expresión luminosa y cordial...

Ser un tesoro para los empobrecidos...

Ser amonestación para los enriquecidos...

Ser agua para los sedientos...

Ser comida para los hambrientos...

Ser hogar para el forastero...

Ser bálsamo y alegría para quienes sufren...

Ser defensores de las víctimas de la opresión...

Ser ciudad de refugio para el que huye...

Ser ecuanímes en nuestras valoraciones...

Ser prudentes en nuestras expresiones...

Mostar nuestro reflejo en las aguas en remanso, porque en el torrente tal cosa no es posible.

Si nos abalanzamos sobre la búsqueda de las riquezas, se nos escapará el cielo que todos llevamos dentro, dormido, latente, hasta el momento en que nos toca el soplo divino.

Naturalmente, y como es de esperar, esto no forma parte de los credos y confesiones de fe del cristianismo institucionalizado.

Todo esto está bloqueado por los dogmatismos, como una pared de hormigón que no puede atravesar la planta verde.

Todo esto es semilla sembrada en el campo del corazón por el Gran Sembrador, el Espíritu Santo.

Y cuando brota y se convierte en una manera de vivir, ya deja de importarnos no ser reconocidos por los demás.

Como dijeron los sabios antiguos, es mejor el pecado que nos entristece y humilla, que la buena obra que nos puede hacer vanos y orgullosos.

La arrogancia no sirve para cavar un pozo de agua ni en el desierto ni en ningún otro lugar, por cuanto para ello es imprescindible tener que agacharse.

Tampoco es en absoluto aconsejable estirarse arrogantemente, por cuanto jamás alcanzaremos la altura de las montañas, ni siquiera la de las colinas más bajas con las puntas de nuestros dedos.

Nuestra propuesta siempre ha sido y seguirá siendo estar “a ras del suelo, entiéndase los pies, pero con el corazón bien alto.”

Lo que nos importa es que los demás, nuestros hermanos y compañeros del viaje de la vida, le reconozcan a Él.

Ese es el gran reto que tenemos por delante de nosotros.

Los indios cheroqui entonan un precioso cántico del que tenemos mucho que aprender:

“Un hombre susurró: Dios, hálame.

Y un ruiseñor comenzó a cantar...

Pero aquel hombre no lo oyó.

El hombre repitió su petición:

Dios, hálame,

Y retumbó el eco del trueno...

Pero aquel hombre no lo oyó.

Aquel hombre miró alrededor

Y dijo: Dios, déjame verte...

Y una estrella brilló en el cielo,

Pero aquel hombre no la vio.

Entonces comenzó a gritar:

¡Dios, muéstrame un milagro!

Y nació un niño,

Pero aquel hombre no sintió el latir de la vida...

Entonces aquel hombre comenzó a llorar

Y a desesperarse:

¡Dios, tócame, y déjame sentir que estás conmigo!

Entonces una mariposa se posó suavemente sobre su hombro...

El hombre espantó bruscamente a la mariposa

Y totalmente hundido continuó su camino,

Triste, solo y atemorizado.”

Algunos sabios antiguos menos reconocidos, y por tanto menos conocidos, dijeron que Dios es conocido por quienes creen no poder conocerle, y quien cree conocerle puede que realmente no le conozca.

Esto es mucho más que un simple juego de palabras. Quizá merece ser leído de nuevo. Pues, hazlo, no te detengas.

Quienes pretenden conocer al Eterno mediante sus esfuerzos religiosos, nunca podrán comprenderle.

¿Por qué?

Porque le toman por un objeto de conocimiento, como si fuera un dato más de los muchos que nos ofrece el mundo exterior.

Son quienes dicen que hemos de amar a Dios sobre todas las cosas, y olvidan que aunque hagamos de Dios la cosa más importante del mundo, estaremos reduciendo al Eterno a un objeto más, por grande que sea, dentro del orden creacional, y no pasará de ser un tótem del tamaño de nuestra cabeza.

Pero resulta que, como dijera *Agustín de Hipona*, “*Deus comprehensus non est Deus*”, es decir, “*El Dios comprendido no es Dios*”, sólo puede ser un “dios” del tamaño de mi cabeza, y eso no puede pasar de ser un “ídolo”, construido con ideas y conceptos, no con barro ni con madera, pero un “ídolo” al fin y al cabo.

La Verdad, por el contrario, no puede manipularse porque no se somete a ninguna manipulación, y quien procura hacerlo, perece en el intento.

Eso es “cosificar” a Dios, olvidando que el mundo, el universo entero, y todos los posibles universos paralelos, están junto a Dios.

La clave parece encontrarse en la voz hebrea “*makom*”, cuya equivalencia castellana más elemental fue originalmente “*sitio*”, “*lugar*”, y que se aplica tanto a un punto en particular como al espacio en general, y que posteriormente recibió una carga semántica mucho más amplia para denotar “*posición*”, “*rango*”, “*grado*”, para referirse a la mayor o menor perfección de las cosas.

De ahí que en la literatura talmúdica se emplee la voz “*makom*” para denotar la sabiduría y la piedad, el lugar donde se transforma la materia en pensamiento y reflexión, en meditación profunda; donde nuestras palabras pierden todos sus significados acomodaticios.

Por eso es que los sabios antiguos de Israel, como *R. Huna* en nombre de *R. Ammí* (c. 499 d.C.), dijeron en “*Shemot Raba*” 45, un antiguo y venerado *midrash*, que “*Dios es el lugar del mundo, pero el mundo no es el lugar de Dios.*”

Éxodo 33:21-23: “Y dijo aún YHVH: He aquí un lugar (‘*makom*’) junto a mí, y tú (Moisés) estarás sobre la peña; y cuando pase mi gloria, yo te pondré en una hendidura de la peña, y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Después apartaré mi mano, y verás mis espaldas; mas no se verá mi rostro.”

A la luz de este texto, los sabios antiguos de Israel entendieron que “*Makom*” es el lugar donde habita Dios, la *Santa Morada en los Cielos*, donde se encuentra el *Tabernáculo Celestial* no hecho de manos, basándose en cuyo modelo mostrado por el Señor a Moisés en el monte, se construiría el *Tabernáculo* del desierto y después el *Templo de Jerusalem*.

Es el lugar que se encuentra infinitamente más allá del simple poder comprensivo del intelecto de los humanos.

Ahora bien, cosificar a Dios es cosificar también a todos los hombres, sus hijos y, por tanto, hermanos nuestros.

Y una vez que los hombres han sido cosificados, no es difícil prescindir de ellos, desprestigiarlos a los que no nos interesan hasta reducirlos a la categoría de subhombres, borrar sus rasgos humanos, describirlos como razas execrables, y después proceder a su eliminación como si fueran simples objetos. Ese ha sido el proceso seguido por todos los genocidas de todos los tiempos.

Algo semejante a lo que ocurre con los soldados uniformados, quienes con sus rasgos personales borrados, ya no resultará tan difícil matarlos. Todo parecerá un juego, el de la guerra, por sangriento y cruel que pueda llegar a parecernos.

Dios no escogió a las tribus hebreas inconexas para formar un pueblo especial por méritos, cualidades o valores extraordinarios propios, sino que su elección fue sobre la base de ese amor absolutamente gratuito que quiere servirse de un pueblo en particular para ser luz a las demás naciones, no mediante un sistema religioso estructurado al que hayan de adscribirse todos los hombres.

Además, las gentes que escoge Dios para tal propósito son unas tribus empobrecidas y oprimidas por un imperio fabulosamente poderoso, para de esa manera revelar de la forma más clara su ser y su proyecto en relación con todos los seres humanos, más allá de todas las barreras raciales, sociales y religiosas levantadas para vencer dividiendo.

La Gracia soberana de Dios siempre se perfeccionará en la debilidad de sus siervos.

Por eso el Señor exige a Israel, como respuesta al regalo jamás merecido que acaba de recibir, que configure su vida en conformidad con los mandamientos recibidos: *El Decálogo, las Diez Palabras*.

Esa es la Ley que posibilitará el reinado de Dios sobre la tierra de los hombres.

Deuteronomio 7:6-11: “Porque tú eres pueblo santo para YHVH tu Dios; YHVH tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido YHVH y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto YHVH os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado YHVH con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que YHVH tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo; y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago. Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas.”

Esa fue la creación de un pueblo en el que no habría empobrecidos:

Deuteronomio 15:4: “Para que así no haya en medio de ti mendigo; porque YHVH te bendecirá con abundancia en la tierra que YHVH tu Dios te da por heredad para que la tomes en posesión.”

Estas son palabras dirigidas a un pueblo, no a unos pocos terratenientes.

Sólo pueden desaparecer los empobrecidos cuando el pueblo aprende la lección de la necesidad de tratarse como hermanos y compartir lo que tienen, es decir, las leyes del año sabático y el jubileo.

De ahí la explicación del sentido del *Shabat*, tristemente reducido a día de culto en algunos círculos u olvidado en otros en todos los sentidos:

Deuteronomio 5:12-15: “Guardarás el día de reposo para santificarlo, como YHVH tu Dios te ha mandado. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo a YHVH tu Dios; ninguna obra harás tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ningún animal tuyo, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, para que descansa tu siervo y tu sierva como tú. Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que YHVH tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido; por lo cual YHVH tu Dios te ha mandado que guardes el día de reposo.”

Idéntico es el mensaje que nos llega de la palabra profética:

Isaías 1:15-17: “Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda.”

Cuando vamos a las páginas del Nuevo Testamento comprobamos que la Iglesia del Resucitado comenzó exactamente igual que los orígenes del pueblo hebreo, con la eliminación de la riqueza diferenciante que no es sino el resultado de su injusta producción y distribución:

Hechos 2:43-47: “Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la

necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.”

Hechos 4:32-35: “Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos. Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad.”

El testimonio apostólico no puede ser más claro al respecto:

Santiago 1:27: “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo.”

La palabra apostólica nos muestra la vivencia en interdependencia de las iglesias en sus primeros años, cuando las congregaciones gentil-cristianas participaron en la ayuda levantada a favor de las judeo-cristianas, mientras éstas atravesaban un hambruna profunda:

Hechos 11:27-30: “En aquellos días unos profetas descendieron de Jerusalem a Antioquía. Y levantándose uno de ellos, llamado Ágabo, daba a entender por el Espíritu (Santo), que vendría una gran hambre en toda la tierra habitada, la cual sucedió en tiempo de Claudio. Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea; lo cual en efecto hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y Saulo.”

2ª Corintios 8:11-15: “Ahora, pues, llevad también a cabo el hacedlo, para que como estuvisteis prontos a querer, así también lo estéis en cumplir conforme a lo que tengáis. Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene. Porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para vosotros escasez, sino para que en este tiempo con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad, así como está escrito: El que recogió mucho, no tuvo más, y el que poco, no tuvo menos.”

El cristianismo institucional y sus filósofos disfrazados de teólogos vendidos al poder secular, han enseñado y continúan haciéndolo que el modelo de los primeros cristianos fracasó, pero silencian por qué aconteció el cambio que se ha perpetuado hasta nuestros días, con tan sólo unas pequeñas excepciones muy puntuales de comunidades cristianas desligadas de los poderes del cristianismo organizado.

Si el argumento de quienes sostienen que el modelo cristiano comunitario no fue válido *per se*, ocultando la realidad constatable de que fue la institucionalización de la praxis cristiana el origen de su contaminación por su vinculación a la superestructura, convirtiéndose en un sistema religioso como los demás, tendríamos por la misma razón que proceder a suprimir los *Diez Mandamientos*, por ejemplo, por haber fracasado igualmente en la historia al no haber sido obedecidos por los más.

¿Acaso su incumplimiento significa su falta de validez?

¿Es sostenible que la causa de apartarse de los *Mandamientos Divinos* se deba a los propios *Mandamientos*?

El Apóstol Pablo muestra claramente la realidad de que la debilidad frente a la voluntad de Dios expresada en su Santa Ley no radica en las excelencias de los Mandamientos Divinos, lo cual sería paradójico, sino en la presencia de otra poderosa ley:

Romanos 7:10-12, 14, 18-23: “Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte; porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó, y por él me mató. De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno... Porque sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado... Y yo

sé que en mí, esto es en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me delito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.”

Ninguna referencia hallaremos en el Nuevo Testamento para creer que la Santa Ley de Dios haya sido abrogada, sino que la *ley del pecado y de la muerte* es la que ha sido destituida por el poder incomparable de la *Ley del Espíritu de Vida en Jesucristo*:

Romanos 8:1-2: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu (Santo). Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.”

¡Qué olvidadas están las palabras de Jesús de Nazaret en Mateo 5:17-20:

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.”

Para el Apóstol Pablo queda claro que el cumplimiento de la Santa Ley de Dios nuestro Señor radica en la praxis del amor:

Romanos 13:10: “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor.”

Gálatas 5:6, 13-14: “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor... Porque vosotros, hermanos a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.”

Así lo expresa la Santa Ley de Dios en el libro de Levítico 19:18:

“No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo YHWH.”

El engrosamiento del corazón, cubierto con el sebo espeso y repugnantemente grasiento de la acomodación y su vinculación a los estamentos de los poderes fácticos, son los factores que hallamos en la base de la separación de la cristiandad naciente hasta producirse el fenómeno de su asimilación por el sistema mundial, del mismo modo que el Israel de Dios optó por ser como las demás naciones circunvecinas, dejaron al Señor so pretexto de adoptar un sistema monárquico a semejanza de los otros pueblos, y así perdieron la sal y la luz que Dios les había dado.

Si estamos pensando en que el Señor siempre tuvo un remanente fiel, estamos en lo cierto.

El resultado de tal camino de desobediencia a Dios fue la división del pueblo en dos reinos que llegarían incluso al desastre de guerrear entre sí.

Podemos hallar en las páginas del Nuevo Testamento alguna referencia al brote de lo que después se institucionalizaría hasta nuestros días.

Por el texto que vamos a considerar a continuación podemos apreciar que aquellas comunidades nacentes, en las que la comunión de bienes era la tónica general, estaban ya comenzando a desviarse de la “*koinonía*” del principio.

“*Koinonía*” es la voz que a los traductores les produce inmenso miedo verter por “*comunismo*”, que es su exacto significado, es decir, tenerlo todo en común, única manera de evitar el enriquecimiento de unos en detrimento del empobrecimiento de otros, de los más débiles.

Su miedo se debe a la posibilidad de que tal vocablo se asocie al sistema imperialista que impuso Rusia y sus países satélites, quienes se apropiaron del término para justificar su nuevo zarismo de partido hasta su colapso final.

Por eso optan por las formas de “*comuni3n*” o la versi3n supersuavizada de “*compa3nerismo*”, con las que logran borrar casi totalmente las caracter3sticas de convivencia de la iglesia naciente.

Tan alejados del verdadero “*comunismo*” estuvieron y est3n los estados que adoptan ese nombre, como los que en este occidente optan por aludir a la cultura cristiana para justificar su libre mercado basado en la mayor de las injusticias.

La desviaci3n a la que nos referimos se desprende de la clara amonestaci3n del Ap3stol Santiago a las comunidades cristianas de su 3mbito:

Santiago 2:1-13: “Hermanos m3os, que vuestra fe en nuestro glorioso Se3or Jesucristo sea sin acepci3n de personas. Porque si en vuestra congregaci3n entra un hombre con anillo de oro y con ropa espl3ndida, y tambi3n entra un pobre con vestido andrajoso, y mir3is con agrado al que trae la ropa espl3ndida y le dec3is: Si3ntate t3 aqu3 en buen lugar; y dec3is al pobre: Estate t3 all3 en pie, o si3ntate aqu3 bajo mi estrado; ¿no hac3is distinciones entre vosotros mismos, y ven3s a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos m3os amados, o3d: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? Pero vosotros hab3is afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los mismos que os arrastran a los tribunales? ¿No blasfeman ellos el buen nombre que fue invocado sobre vosotros? Si en verdad cumpl3is la ley real, conforme a la Escritura: Amar3s a tu pr3jimo como a ti mismo, bien hac3is; pero si hac3is acepci3n de personas, comet3is pecado, y qued3is convictos por la ley como transgresores. Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometer3s adulterio, tambi3n ha dicho: No matar3s. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley. As3 hablad, y as3 haced, como los que hab3is de ser juzgados por la ley de la libertad. Porque juicio sin misericordia se har3 con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio.”

Despu3s, en el curso de la Ep3stola, la palabra apost3lica se vuelve mucho m3s dura y directa:

Santiago 5:1-6: “¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendr3n. Vuestras riquezas est3n podridas, y vuestras ropas est3n comidas de polilla. Vuestro oro y plata est3n enmohecidos; y su moho testificar3 contra vosotros, y devorar3 del todo vuestras carnes como fuego. Hab3is acumulado tesoros para los d3as postreros. He aqu3, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por enga3o no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que hab3an segado han entrado en los o3dos del Se3or de los ej3rcitos. Hab3is vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; hab3is engordado vuestros corazones como en d3a de matanza. Hab3is condenado y dado muerte al justo, y 3l no os hace resistencia.”

Lo cierto es que cada vez que leemos la Ep3stola Universal de Santiago, comprendemos que a los agraciados por el estado secular con privilegios y prebendas les haya parecido que este documento del Nuevo Testamento era una “*Ep3stola de paja*”, como la defini3 el fraile *Mart3n Lutero*, auspiciado por los pr3ncipes electores.

Las palabras del Ap3stol Juan no pueden ser m3s claras al respecto:

1ª Juan 3:14-19: “Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sab3is que ning3n homicida tiene vida eterna permanente en 3l. En esto hemos conocido el amor, en que 3l (Jes3s) puso su vida por nosotros; tambi3n nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve

a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él.”

¿PODEMOS UBICAR A JESÚS DE NAZARET EN EL CRISTIANISMO QUE DEFIENDE AL NEFASTO SISTEMA DE EXPLOTACIÓN CAPITALISTA QUE GENERA HAMBRE, MISERIA, GUERRA Y DESTRUCCIÓN?

Yo no.

Joaquín Yebra.

“¿Cómo puede cualquier monarca pretender ser rey cristiano de todos sus súbditos y garante de la Constitución Nacional mientras él y los suyos viven en la opulencia y hay súbditos que mendigan pan?”

¿Cómo pueden los obispos y demás alto clero del cristianismo institucionalizado pretender ser representantes de Jesucristo y vivir ajenos a los sufrimientos del pueblo, recibir subvenciones multimillonarias del estado secular, es decir, fondos aportados por todos los contribuyentes – comprendidos quienes no pertenecemos a su confesión- y toda clase de exenciones y prebendas, mientras el pueblo experimenta penurias y desahucios de sus viviendas?

¿Cómo pueden no sentir vergüenza y bochorno los prelados de una iglesia a la puerta de cuyos templos es difícil no ver a un mendigo pidiendo limosna, en una imagen que nos traslada a la edad media?

¿Cómo podemos los autodenominados “cristianos evangélicos” pulular ajenos a los asuntos sociales de nuestra nación y seguir predicando mensajes “ahistóricos”, “atemporales” y “asociales” que a casi nadie interesan, y no percatarnos en absoluto de ello?

¿Cómo pueden algunas iglesias e instituciones evangélicas ir con el plato para que se lo llene “papá estado” con sus “lentejas”, sin reparar en que sus fondos proceden de fuentes tales como el impuesto sobre el juego legalizado, el alcohol, el tabaco, la exportación de armamento y un largo etcétera de procedencias oscuras?”

Joaquín Yebra.

“Del hambriento es el pan que retienes; del desnudo es el abrigo que guardas en el armario; del descalzo el calzado que se pudren en tu poder; y del necesitado el dinero que tienes atesorado.”

San Basilio (330-379)

“Sin que uno no haya perdido, otro no puede hallar”.

“El enriquecido o es injusto o heredero de un injusto”.

“Socorrer a los necesitados es hacer justicia.”

San Agustín (354-430)

“No le regalas al empobrecido una parte de lo tuyo, sino que le devuelves algo de lo que es suyo.”

San Ambrosio (340-397)

“Pienso que las instituciones bancarias son más peligrosas para nuestras libertades que ejércitos enteros listos para el combate. Si el pueblo americano permite un día que los bancos privados controlen su moneda, los bancos y todas las instituciones que florecerán en torno a los bancos, privarán a la gente de toda posesión, primero por medio de la inflación, enseguida por la recesión, hasta el día en que sus hijos se despertarán sin casa y sin techo sobre la tierra que sus padres conquistaron.”

Thomas Jefferson, tercer presidente de los Estados Unidos de América (1802)

Las iglesias y los teólogos vendidos al poder han enseñado, y siguen haciéndolo, que el modelo de la cristiandad naciente, donde nadie decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que se practicaba la comunidad de bienes, no pudo sostenerse y por eso fracasó sonoramente. Esa es la explicación que puedo hallar en los cientos de comentarios bíblicos que reposan en mi biblioteca. No hay excepción. Todos atribuyen a su impracticabilidad el desmoronamiento de dicho sistema comunal.

Como hemos dicho anteriormente, si este argumento fuera válido tendríamos que deshacernos de los Diez Mandamientos, en vista de haberlos incumplido durante tantos siglos.

Deberíamos entender que no haberlos obedecido implicaba que no eran válidos, que resultaban impracticables, lo cual sería el despropósito mayúsculo de creer que Dios se había equivocado al dárselos a su pueblo.

En realidad, eso mismo es lo que está aconteciendo en nuestro medio, comprendida la iglesia de nuestros días, sin que apenas haya cristianos que se percaten de esa realidad.

Hay en las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo una serie de misterios que han pasado inadvertidos a gran parte de la cristiandad por cuanto el cristianismo institucional se ha encargado muy mucho de ocultarlos convenientemente, y así justificar la existencia y la validez de la sociedad de clases y la explotación del hombre por el hombre, tanto en el mundo bajo su ámbito como dentro de sus propias filas.

Pero nuestro Maestro nos ha dicho en el Evangelio que esos misterios son para nosotros:

Mateo 13:11: “Porque a vosotros os es dado conocer los misterios del reino de los cielos.” (Ver también Marcos 4:11; Lucas 8:10).

Lucas 10:8-9: “En cualquier ciudad donde entréis, y os reciban, comed lo que os pongan delante; y sanad a los enfermos que en ella haya, y decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios.”

Conviene aquí tener presente que la expresión “*Reino de los Cielos*” corresponde a “*Reino de Dios*”, entiéndase “*Reinado del Señor*”. El uso de “*Cielos*” se debe a la buena costumbre hebrea de no mencionar el *Nombre del Señor* siempre que resulta posible, y así asegurarse de no incumplir el Mandamiento tan olvidado por el cristianismo organizado que reza así:

Deuteronomio 5:11: “No tomarás el nombre de YHVH tu Dios en vano; porque YHVH no dará por inocente al que tome su nombre en vano.” (Ver también Éxodo 20:7).

La costumbre hebrea de la *santificación del Nombre de Dios* no ha penetrado en el cristianismo institucionalizado, como tantas otras cosas valiosas de la herencia hebrea. De ahí que a millones les haya pasado inadvertido el hecho de que Jesús mantuvo esa costumbre hebrea de santificar el Nombre Divino:

Mateo 6:9-10: “Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”

Aquí es donde nos encontramos con otro de los burdos engaños extendidos por el cristianismo organizado; un equívoco que resulta determinante para la “*cosmología*” cristiana y nuestra esperanza bienaventurada.

Vamos a comenzar por tratar de responder a unas preguntas capitales: ¿Dónde va a realizarse el cumplimiento del Reino de Dios?

¿En los “*cielos*” del estado “*postmortem*” al que apuntan el cristianismo institucionalizado y las demás religiones organizadas?

¿Se trata tan sólo de una figura que no tienen correspondencia con una realidad objetiva?

Jesús de Nazaret responde en los términos más claros en el Evangelio de Mateo, el único en que está recogida esta parábola:

Mateo 13:24-30: “Les refirió Jesús otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que abarrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero.”

Jesús no nos ha enseñado que le pidamos al Padre que nos lleve al Reino, sino, antes bien, que el Reino venga (la expresión “a nosotros” no está en el texto original), por cuanto el Reino vendrá a todos, y no sólo a algunos, si bien su advenimiento no significará lo mismo para todos, por cuanto será para bendición eterna para los redimidos, pero destrucción repentina para los impíos.

Escuchemos la palabra apostólica que nos llega de la pluma de Pablo a los Tesalonicenses:

1ª Tesalonicenses 5:1-6: “Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche, ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios.”

Pero lo que queda perfectamente claro es que el “campo” es el mundo, y al final de la historia no se nos dice que el Reino de Dios será trasladado a ninguna parte, sino que vendrá con la venida del Hijo del Hombre, quien enviará a sus ángeles que quitarán de entre nosotros todos los obstáculos que impiden con sus escándalos, divisores, acciones de maldad e iniquidades que se produzca la manifestación gloriosa del Reino.

Y entonces será cuando “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.” (Daniel 12:3).

Aquí nuestro Señor Jesucristo está empleando una figura paranomástica que se pierde en el original griego y en todas las demás lenguas occidentales:

Los “entendidos”, hebreo “*HaMashkilim*” son quienes llevan a costas la “parábola”, hebreo “*mashal*”; quienes la usan como elemento para la enseñanza de la justicia divina.

En la composición de la palabra “*HaMashkilim*” están presentes las letras hebreas con las que formamos “*keli*”, “*portar*”, y “*HaShem*”, “*El Nombre*”, como apelativo divino.

Y los “entendidos” son aquellos que conocen el “cuándo”, es decir, la “circunstancia”, hebreo “*kasé*” de las palabras “*milim*”, con el propósito de pacificar, de ser instrumentos de paz, hebreo “*Shalom*”, “*paz*”, “*completar*”, “*hacer entero*” al prójimo.

En realidad, la parábola del trigo y la cizaña forma parte de una secuencia que comienza con la parábola del “*Sembrador*”, en la que se destacan las diferentes actitudes hacia la palabra del Evangelio del Reino de Dios, por cuanto todos los hombres representados por los diferentes terrenos reciben la semilla, la misma semilla, mientras que en la segunda el Señor pone de manifiesto que no todos los hombres poseen la capacidad de recibir la simiente, y que el Reino de los Cielos no necesariamente es coincidente con el cristianismo organizado por el poder e institucionalizado por el sistema imperante.

La secuencia que ha comenzado con la parábola del “*Sembrador*” y ha continuado con la parábola del “*Trigo y la Cizaña*” seguirá ahora con una serie de breves figuras parabólicas con

el denominador común del elemento escondido y oculto, como es el caso de la “Semilla de Mostaza”, la “Levadura en la Masa de Pan”, el “Tesoro Escondido”, la “Perla de Gran Precio” y la “Red”.

Jesús espera a llegar a la casa, a estar en la intimidad, para explicarles a los suyos el alcance de esta parábola del “Trigo y la Cizaña”:

Mateo 13:36-43: “Entonces, despedida la gente, entró Jesús en la casa; y acercándose a él sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. Respondiendo Jesús, les dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a todos los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga.”

La figura de la “cizaña” es simbólica para expresar el engaño de lo aparente.

La “cizaña”, griego “zizania” se nos da en este texto con sentido genérico, como “malas hierbas”, y puede tratarse de cualquiera de las plantas del género “lilium”, por cuanto la “cizana” propiamente dicha no tiene un gran parecido con el trigo, pero existen otras hierbas venenosas que, efectivamente, presentan una notable semejanza con las espigas del trigo durante las primeras etapas de su desarrollo, es decir, mientras éstas están verdes, hecho que dificulta mucho su distinción.

Este parecido es el punto principal de la parábola: El bien y el mal pueden fácilmente confundirse en sus primeras etapas. Sólo en el Día del Juicio Divino se podrán evidenciar realidades que todavía no son discernibles para nosotros.

Es más, cualquier intento de separación anticipada no producirá los efectos deseados, sino, por el contrario, incluso un gran deterioro y la subsiguiente pérdida de la cosecha del buen trigo.

La historia de la iglesia organizada e institucionalizada no habría producido ninguna de sus vergonzosas páginas de sangrientas guerras y cruzadas, crueles persecuciones hasta el exterminio de los disidentes, terroríficas hogueras inquisitoriales y muchos otros derramamientos de sangre, si la enseñanza de esta parábola del Maestro hubiera sido tomada en consideración con sus claras implicaciones para todos los tiempos.

Por eso es que el arquetipo de la mala hierba no puede distinguirse hasta el momento en que le corresponde dar fruto. Entonces es cuando la “cizaña” ya no puede pasar inadvertida, ya no puede seguir engañando bajo su apariencia de pretender ser lo que no es.

Su falta de fruto denuncia su verdadera naturaleza. Sólo ha estado ocupando espacio y aprovechándose de los nutrientes de la tierra sin rendir ningún provecho.

De manera que el Reino de Dios está en los cielos, efectivamente, y allí es donde se prepara y aguarda, pero su destino final será en la tierra, el ámbito del que el escapismo de la teología-ficción quiere separar toda esperanza en el cristianismo institucional.

De ahí que éste luche denodadamente por su permanencia en este mundo, procurando el reconocimiento estatal, ahondar su lugar en la sociedad y lograr así su perpetuidad, sin que apenas se escuchen voces que nos hablen del Segundo Adviento de nuestro Señor Jesucristo, y mucho menos de su cercanía.

Como he podido conversar con muchos creyentes, diera la impresión que el tema de la Segunda Venida de Cristo perteneciera exclusivamente a las sectas de la periferia del cristianismo organizado, es decir, a aquellas instituciones cristianas que desde las autonombradas y autodefinidas como “ortodoxia” son calificadas como sectarias.

La esperanza bienaventurada y manifestación gloriosa de nuestro Señor y Salvador pasa en muchos círculos evangélicos, no ya a un segundo plano, sino al final de la lista, si es que llega a encontrarse en ella, siendo reemplazada por la esperanza de alcanzar oficialidad, reconocimiento estatal y recibir los mismos privilegios, honores y prebendas que la Iglesia Católica Romana, encubierta para la apariencia de ya no ser estatal, pero manteniendo todos sus privilegios e incluso más que en los tiempos pasados en que gozó de oficialidad con el estado secular.

La inmensa mayoría de los cristianos desconocen textos con afirmaciones claras respecto al destino de los redimidos:

Apocalipsis 5:10: “Y (el Señor) nos ha hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra.”

Mateo 5:5: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.”

Salmo 37:10-11: “Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz.”

La Sagrada Escritura jamás traslada el Reino de Dios a los cielos, sino a esta tierra que por la nefasta influencia del cristianismo institucionalizado y su radical espiritualismo escapista ha llegado a ser despreciada por muchos.

El malentendido del Reino de los Cielos distante de la tierra renovada es el resultado de la mentira introducida por los teólogos pagados por la superestructura para justificar no sólo su teología claramente escapista, sino para convencer a sus incautos seguidores que no se podrá realizar el Reino de Dios en la tierra, en este mundo, sino en los “*cielos*”, en otro mundo, pero decididamente no en este, pues de lo contrario sus patrocinadores no podrían justificar su riqueza diferenciante, ni la sociedad de clases, ni la existencia de un mundo en el que los enriquecidos son cada día más poderosos, y los empobrecidos cada día se hundan más hondamente en la miseria.

Si hablamos del Reino de Dios situándolo en los “*cielos*” –más bien deberíamos decir “*desplazándolo a la metahistoria*”- los cristianos enriquecidos y acomodados, a quienes les ha ido bien en la “*feria de las vanidades*”, y también a los muchos más que aspiran a llegar a semejante meta, no les molesta en absoluto que “*allí*”, en el “*más allá*”, no haya empobrecidos, diferencias sociales, *apartheid* racistas y xenófobos, en definitiva riqueza diferenciante. El problema se acentúa cuando contemplamos la posibilidad de que los principios del Reino de Dios se puedan dar entre nosotros en nuestro “*ahora*”.

Tampoco les molesta tener compañerismo con aquellos a quienes aquí y ahora no están dispuestos a permitirles el acceso a su círculo, ni con quienes mantener grado alguno de hermandad, así como un largo etcétera de bendiciones pertenecientes a la justicia igualitaria de Dios nuestro Señor; pero cuando les mencionamos apenas la posibilidad de semejante planteamiento en la tierra, no dudan en desenvainar su espada en defensa del capitalismo neoliberal o como queramos calificarlo.

Los apelativos y calificativos han venido cambiando con el paso de los tiempos, pero en definitiva se trata de la explotación de los debilitados por parte de los poderosos.

En decir, “*el cielo puede esperar*”. De lo que se trata es de conservar los privilegios adquiridos, y “*san para mí*”, el santo que más devotos tiene.

La justicia divina para el “*más allá*”. Aquí, de momento, las cosas están muy bien como están, especialmente si lo están para quienes defienden el sistema.

El lema, siempre será “*a cada uno lo suyo*”. Eso les parecerá lo más justo, pero si hablamos de la justicia sobre la base de “*recibir de cada uno conforme a sus capacidades, y compartir con cada uno según sus necesidades*”, les sonará a una sacrílega blasfemia que habrá que reprimir a la voz de “*¡carguen!*”. Y los que cobran para obedecer, cargarán contra el pueblo sin hacerse

preguntas, la más importante de las cuales sería si ellos mismos son conscientes de pertenecer a ese pueblo.

De modo que el Reino de Dios para el “*postmortem*” está muy bien y no hay nada que objetar, pero en el “*reino de los vivos*”, cada cual ha de conformarse con lo que le ha tocado. ¡Hasta ahí podíamos llegar! O como me dijo recientemente una “*cristiana acomodada*”: “¿*Pero qué se habían creído los obreros? ¿Que podían seguir adquiriendo derechos y beneficios sin límite? ¿Que podían seguir aspirando a vivir como nosotros, como los patronos?*”

Fijémonos en lo que se desprende de algunos Salmos, cuando dejamos de leerlos desde la perspectiva *espiritualoide* del cristianismo institucionalizado que consciente o inconscientemente sólo pretende crear creyentes “*meapilas*” y “*capillistas*” como acémilas obedientes:

Salmo 85:10-13: “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron. La verdad brotará de la tierra, y la justicia mirará desde los cielos. YHVH dará también el bien, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia irá delante de Él, y sus pasos nos pondrá por camino.”

Cuando el Salmista *Asaf* contempla a los enriquecidos que han alcanzado poder y riquezas sin pasar por las turbaciones y tribulaciones de los empobrecidos, cae en el error de creer que su caminar por la senda recta ha sido vano e inútil, es decir, que no le ha merecido la pena vivir en conformidad con los Mandamientos de la Santa Ley de Dios, y entonces abre su corazón para dar rienda suelta a su frustración:

Salmo 73:12-13: “He aquí estos impíos, sin ser turbados del mundo, alcanzaron riquezas. Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia...”

Pero después que su alma se llenara de amargura, volvió en sí y comprendió que quienes se habían enriquecido alejándose de la justicia del Señor recibirían su justo castigo y perecerían en el Gran Día de Dios:

Salmo 73:21-28: “Se llenó de amargura mi alma, y en mi corazón sentía punzadas. Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de ti. Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre. Porque he aquí, los que se alejan de ti perecerán; tú destruirás a todo aquel que de ti se aparta. Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien; he puesto en YHVH el Señor mi esperanza, para contar todas tus obras.”

Lo mismo se desprende del texto del Salmo 37, epigrafiado en muchas ediciones bíblicas como “*El Camino de los Malos*”:

Salmo 37:1-9: “No te impacientes a causa de los malignos, ni tengas envidia de los que hacen iniquidad. Porque como hierba serán pronto cortados, y como la hierba verde se secarán. Confía en YHVH, y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacentarás de la verdad. Deléitate asimismo en YHVH, y él te concederá las peticiones de tu corazón. Encomienda a YHVH tu camino, y confía en él; y él hará. Exhibirá tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía. Guarda silencio ante YHVH, y espera en él. No te alteres con motivo del que prospera en su camino, por el hombre que hace maldades. Deja la ira, y desecha el enojo; no te excites en manera alguna a hacer lo malo. Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en YHVH, ellos heredarán la tierra. Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz.”

¿Quiénes son estos malignos? ¿Quiénes son estos chicos “*malos*”? ¿Quiénes son los que hacen iniquidad? ¿Son delincuentes habituales? ¿Son “*chorizos*” que roban carteras en las aglomeraciones del “*Metro*” o de los grandes almacenes en tiempo de rebajas? ¿Son salteadores de caminos o terroristas? ¿A qué clase de iniquidad se refiere el salmista? ¿Es algún delito tipificado en los códigos de la justicia humana de entonces o de hoy?

El cristianismo institucionalizado se ha encargado mucho de maquillar estos pasajes bíblicos hasta lograr que la mayoría los lean, si es que llegan a leerlos, sin entender prácticamente nada, o lo que es todavía peor, tergiversando muchos de los conceptos que de ellos se derivan.

Mediante un proceso de fraudulenta espiritualización de las Sagradas Escrituras, han logrado ocultar el sentido de los textos que les denuncian y comprometen:

Los malignos son quienes niegan e impiden la justicia y el derecho a los empobrecidos y debilitados mediante el sistema económico-social impuesto por el poder establecido.

Son quienes prosperan en su camino haciendo maldades.

Son quienes impiden la paz y el bienestar para que puedan disfrutarlos los demás, defendiendo exclusivamente sus intereses y derechos.

Son los más antagónicos al “*Shalom*” de Dios, es decir, a la paz entendida como justicia, estabilidad y armonía, e impiden que los mansos, los humildes, hereden la tierra.

Son quienes sufragan y auspician la religión establecida o con ansias vivas por llegar a serlo, cualesquiera sea, para que defienda sutilmente los intereses de las clases dominantes patrocinadoras.

Continúa el salmista con las siguientes afirmaciones con que describe el funcionamiento del sistema explotador y profetiza respecto al futuro juicio que viene de parte de Dios:

Salmo 37:14-17, 20-22, 27-29, 34-38: “Los impíos desenvainan espada y entesan su arco, para derribar al pobre y al menesteroso, para matar a los de recto proceder. Su espada entrará en su mismo corazón, y su arco será quebrado. Mejor es lo poco del justo, que las riquezas de muchos pecadores. Porque los brazos de los impíos serán quebrados; mas el que sostiene a los justos es YHVH... Mas los impíos perecerán, y los enemigos de YHVH como la grasa de los carneros serán consumidos; se disiparán como el humo. El impío toma prestado, y no paga; mas el justo tiene misericordia, y da. Porque los benditos de él heredarán la tierra; y los malditos de él serán destruidos... Apártate del mal, y haz el bien, y vivirás para siempre. Porque YHVH ama la rectitud, y no desampara a sus santos, para siempre serán guardados; mas la descendencia de los impíos será destruida. Los justos heredarán la tierra, y vivirán para siempre sobre ella... Espera en YHVH, y guarda su camino, y él te exaltará para heredar la tierra; cuando sean destruidos los pecadores lo verás. Vi yo al impío sumamente enaltecido, y que se extendía como laurel verde. Pero él pasó, y he aquí ya no estaba; lo busqué, y no fue hallado. Considera al íntegro, y mira al justo; porque hay un final dichoso para el hombre de paz. Mas los transgresores serán todos a una destruidos; la posteridad de los impíos será extinguida.”

La voz profética nos llega en el texto de Isaías en semejantes términos:

Isaías 32:9-18: “Mujeres indolentes, levantaos, oíd mi voz; hijas confiadas, escuchad mi razón. De aquí a algo más de un año tendréis espanto, oh confiadas; porque la vendimia faltará, y la cosecha no vendrá. Temblad, oh indolentes; turbaos, oh confiadas; despojaos, desnudaos, ceñid los lomos con cilicio. Golpeándose el pecho lamentarán por los campos deleitosos, por la vid fértil. Sobre la tierra de mi pueblo subirán espinos y cardos, y aun sobre todas las casas en que hay alegría en la ciudad de alegría. Porque los palacios quedarán desiertos, la multitud de la ciudad cesará; las torres y fortalezas se volverán cuevas para siempre donde descansen asnos monteses, y ganados hagan majada; hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu (Santo) desde lo alto, y el desierto se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque. Y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morará la justicia. Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre. Y mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo.”

En el Salmo 146 hallamos la voz de la esperanza en la justicia distributiva y remuneradora de Dios nuestro Señor:

Salmo 146:3, 5-9: “No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación... Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob; cuya esperanza está en YHVH su Dios, el cual hizo los cielos y la tierra, el mar, y todo lo que en ellos hay; que guarda verdad para siempre, que hace justicia a los agraviados, que da pan a los hambrientos. YHVH liberta a los cautivos; YHVH abre los ojos de los ciegos; YHVH levanta a los caídos; YHVH ama a los justos. YHVH guarda a los extranjeros; al huérfano y a la viuda sostiene. Y el camino de los impíos trastorna.”

Las señales de la cercanía del Reino de Dios fueron las que se dieron en el ministerio de nuestro Señor Jesucristo en carne entre los hombres, así como en los primeros tiempos de la cristiandad naciente, antes de que la organización de los hombres desplazara a la bendita Persona del Espíritu Santo substituyendo su presencia por un sistema religioso sacramental y por la estructuración del episcopado jerárquico, hasta la aberración de un pretendido obispado universal con atribuciones de infabilidad y titulaciones que sólo pertenecen al Altísimo, como por ejemplo, “*Santo Padre*” y “*Vicario del Hijo de Dios*”.

Ahora bien, tengamos muy presente el hecho de que estos signos no reconocen fronteras. Su alcance, como puede cualquiera fácilmente comprobar, es verdaderamente transdenominacional.

Señales de asemejarse a dicho sistema están dándose actualmente en círculos supuestamente “*evangélicos*” donde proliferan los “*apóstoles*” autonometrados por y sobre organizaciones eclesiolásticas con pretensiones igualmente aberrantes, donde se ejerce toda clase de abuso de autoridad espiritual.

No se trata de “*apóstoles*” en el verdadero sentido de la palabra, el griego “*apostolos*”, cuyo significado es el de “*enviados con una misión específica*” por el Señor y por las iglesias para realizar las funciones de plantación de comunidades cristianas y confirmar a los hermanos en la fe, por cuanto la Iglesia de Jesucristo es apostólica por definición, sino que se trata de jefes organizativos autodesignados como tales por ellos mismos o por sus camarillas de adeptos.

Incluso en los tiempos más recientes nos ha llegado literatura firmada por “*querubines*”, jerárquicamente superiores a los “*apóstoles*”, “*obispos*”, “*pastores*”, etc, conformando una jerarquía paralela a la instituida por el romanismo papal.

¿Cómo ha podido darse semejante apostasía abominable dentro del sencillo esquema del protestantismo evangélico? Somos muchos los hermanos y hermanas que nos preguntamos dónde vamos a llegar.

En realidad, no se trata de dónde vamos a llegar, sino que ya hemos llegado a cotas de perversión inimaginables. Creemos que la apostasía de la iglesia no es algo que vendrá, sino algo en lo que ya estamos sumidos y muy avanzados en su desarrollo.

Recordemos las palabras de seria advertencia que hallamos en el frecuentemente olvidado libro de Eclesiastés:

Eclesiastés 1:2: “Vanidad de vanidades, dijo el Predicador; vanidad de vanidades, todo es vanidad.”

Y sobre todo, tengamos muy presentes las olvidadas o ignoradas palabras de nuestro Señor y Salvador Jesucristo en el Evangelio, refiriéndose a la situación eclesiolástica de sus días, cuyo alcance nos llega de pleno a nosotros en los nuestros:

Juan 5:44: “¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?”

Pero volviendo a las señales verdaderas, éstas siempre se darán en la proclamación del Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios en Cristo Jesús Señor nuestro.

Infelizmente, las señales genuinas se debilitan y llegan a desaparecer cuando el Evangelio de Jesucristo se separa del poder del Espíritu Santo y se transforma en el

cristianismo institucionalizado por los poderes seculares y organizado según los patrones del mundo.

Amigo lector, ¿recuerdas haber recibido algún estudio bíblico o alguna predicación sobre estos textos?

¿Te has preguntado alguna vez por qué este silencio respecto al juicio retributivo de Dios sobre quienes impiden el establecimiento del Reino de Dios en esta tierra?

¿Por qué el silencio sobre la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo con poder y gran gloria?

¿Por qué no se levantan voces contra la vinculación creciente del movimiento evangélico español con el estado secular y una degenerativa estructuración oficialista que repugnaría a quienes nos precedieron y a los pocos que quedamos?

LA CEGUERA

“No quiero ser un encubridor de la traición llamada “cristianismo organizado e institucionalizado”, precisamente porque amo a mi Señor y Salvador Jesús de Nazaret...

Me sedujo...

Estoy enamorado de Él...

Me trajo a “El Congosto”, no sé por cuanto tiempo...

Lo que sí sé es que no me trajo para establecer una iglesia sostenida por la “zorra” de turno.”

Joaquín Yebra.

La ceguera es tal que quienes leen habitualmente las palabras de nuestro Señor Jesucristo en la oración que todos conocemos como “*El Padrenuestro*”, no se percatan de que nuestro Maestro no dijo “*Ilévanos a tu Reino*”, o “*trasládanos a tu Reino*”, sino “*venga tu Reino*”.

Sin embargo, las palabras de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo siguen siendo las mismas:

Mateo 6:10: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”

Recordemos cuáles fueron las palabras de la proclama de la cercanía del Reino de Dios en palabras de nuestro Señor:

Marcos 1:14-15: “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.” (Ver también Mateo 4:12-17; Lucas 4:14-15).

Lucas 11:20: “Mas si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros.” (Ver también Mateo 12:28).

En el Evangelio según Mateo 5:12 no se nos dice que recibiremos nuestra recompensa en los cielos, sino que nuestra recompensa es “*grande en los cielos*”, es decir, que esa recompensa está guardada a buen recaudo temporalmente en los cielos, donde no podrá ser corrompida por el orín, deteriorada por la polilla, ni arrebatada por ladrón alguno. De lo contrario, no podríamos conservar ninguna esperanza en certidumbre.

Mateo 6:19-21: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.”

Mateo 5:12: “Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.”

Nuestro Señor no dice que nuestra recompensa se nos dará en los cielos, sino que dicha recompensa está guardada en los cielos, donde nadie podrá robarla, pero la herencia es la tierra. La afirmación de nuestro Señor Jesucristo no puede ser más clara y rotunda. La hemos debido leer cientos o miles de veces, pero nos ha pasado completamente inadvertida. Una vez más nuestra idea apriorística ha primado sobre lo que nos dice el texto de la Escritura:

Mateo 5:5: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.”

Demos gracias a Dios por el hecho de que la tradición establecida por el poder secular en su dominio de la iglesia institucionalizada no haya podido cambiar el texto de la Sagrada Escritura, ni las palabras de nuestro Señor Jesucristo, ni mucho menos las realidades mismas, perennes e inamovibles en los cielos.

El engaño sólo demuestra que Jesús de Nazaret ha sido traicionado, tanto en esto como en tantas otras cosas.

El cristianismo organizado e institucionalizado que todos conocemos ha establecido una religión que emplea el nombre de Jesucristo y algunos elementos tomados de la Sagrada Escritura, pero que poco tiene que ver con las enseñanzas de nuestro Salvador según el Evangelio.

¿Qué iglesia se ha atrevido y se atreve en nuestros días a proclamar la clara enseñanza evangélica de nuestro Señor y Salvador?

Marcos 10:23-25: “Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Los discípulos se asombraron de sus palabras; pero Jesús, respondiendo, volvió a decirles: Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de Dios.”

Lucas 6:20, 24: “Y alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios... Mas ¡ay de vosotros, ricos! Porque ya tenéis vuestro consuelo.”

¿Podemos imaginar a un clérigo del cristianismo institucionalizado por el poder dominante predicar sobre estos pasajes de las Sagradas Escrituras frente a una congregación formada por fieles acomodados, de quienes vendrían los fondos para su sostén y el de la “obra”, o ante oficiales del gobierno de turno, excelentísimos e ilustrísimos señores y señoras; jerarquías del poder judicial; autoridades municipales, y demás dignatarios y personajes en eminencia, comprendidos los accionistas de la banca que desahucia a los empobrecidos de la manera más inmisericorde, apoyada por las leyes y las fuerzas de “seguridad” del estado que pretenden engañar a los súbditos o ciudadanos bajo la idea de existir para “servir y proteger” (‘¿a quiénes?’); los defensores de un sistema crediticio que no es sino usura garantizada por el propio estado; los defensores de una Constitución cuyos derechos supremos son inmunemente pisoteados; los reyezuelos del mundo y todos los tenidos por algo?

Pocos reparan en que Jesús de Nazaret vivió en comunidad. La bolsa que Judas administraba y de la que robaba, era una caja común, en la que aportaban las muchas mujeres que servían de sus bienes al Señor y su compañía de discípulos y discípulas:

Lucas 8:1-3: “Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de sus bienes.”

Por mucho que los comentaristas del institucionalismo procuren maquillar estos textos, es igualmente incuestionable que muchas mujeres servían a Jesús y no sólo unos pocos varones a quienes la tradición ha presentado como sesudos ancianos de luenga barba, preferentemente blanca, revestidos con túnicas griegas o romanas; que la compañía de Jesús y los discípulos y discípulas vivían juntos con una bolsa común; que no se dedicaron a levantar “*sinagogas cristianas reformadas*” para competir con las otras, con las anteriores y sus rabinos, ni a reformar el judaísmo establecido, ni a cambiar la liturgia del templo de Jerusalem, ni a ordenar el derribo del templo de los samaritanos tenidos por herejes, ni a fundar una nueva religión, ni a buscar el apoyo económico de las autoridades civiles.

Aquel no fue el camino de Jesús, sino el del posterior cristianismo organizado.

Tampoco buscó el Hijo de Dios y del carpintero la manera de que le convalidaran sus años de ministerio por una titulación oficial, ni que le dieran alguna medalla al mérito por cualquier cosa.

El Maestro no hizo incursiones en los barrios de la periferia de las ciudades para repartir unos cuantos folletos y después retirarse al barrio de los acomodados, al estilo de los “*agentes*” que a su quehacer me gusta denominar “*turismo-misionero*”.

Tampoco solicitó subvención alguna para llevar a cabo su ministerio en esta tierra. No podemos imaginar a Jesús de Nazaret solicitando audiencia para pedirle al reyezuelo *Herodes* o a las autoridades del imperio romano invasor una asignación para su labor evangelizadora, como si se tratara de una campaña de rearme moral, lo que redundaría en una elevación de la conducta de los habitantes de la comarca, quienes les darían menos quebraderos de cabeza a las autoridades establecidas e impuestas y a los enriquecidos y acomodados de la región. Tampoco le vemos luchar denodadamente por ganarse un lugar en la nómina del Templo de Jerusalem.

Si Jesús hubiera pretendido un fortalecimiento del orden establecido por los poderes religiosos y civiles, entonces las autoridades, tanto las hebreas como las romanas invasoras, no habrían dudado en proveerle asignaciones, subvenciones y prebendas con tal de que realizara una labor de adormecimiento de conciencias en evitación de posibles levantamientos e insurrecciones.

Tengamos muy presente que la religión establecida jamás ha estado de parte de los pueblos, sino que siempre ha apoyado a la superestructura. Los púlpitos sólo se han empleado para soliviantar a los pueblos para defender los intereses de las instituciones religiosas.

En definitiva, no podemos imaginar a nuestro Señor Jesucristo colaborar con el sistema de explotación establecido, encubriendo la verdadera situación del pueblo so pretexto de mantener un statu quo.

Por muchas vueltas que le demos, y aunque hagamos piruetas exegéticas de naturaleza circense, las condiciones que pone nuestro Señor para su seguimiento nada tienen en común con los requisitos establecidos por las iglesias del institucionalismo. Veámoslo:

Marcos 10:17-23: “Al salir Jesús para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios. Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. Él entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo

esto lo he guardado desde mi juventud. Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres; y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!”

La reacción de los discípulos es de gran enseñanza para nosotros:

Lucas 6:24: “Los discípulos se asombraron de sus palabras.”

Jesús procedió en aquel momento a explicar el problema o impedimento de la riqueza diferenciante para acceder al Reino de Dios:

Lucas 6:24-25: “Jesús, respondiendo, volvió a decirles: Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios a los que confían en las riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.”

El asombro de los discípulos fue entonces en aumento:

Lucas 6:26: “Ellos se asombraban aun más, diciendo entre sí: ¿Quién, pues, podrá ser salvo?”

Entonces Jesús pronunció las palabras clarificadoras:

Lucas 6:27: “Entonces Jesús, mirándolos, dijo: Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios.”

Sólo Dios puede cambiar el corazón de piedra del hombre por un corazón de carne; por un corazón sensible a la realidad de una sociedad que llama “*justo*” a lo que sólo es “*legal*”, es decir, sostenido e impuesto por el mismo poder explotador de los debilitados y empobrecidos.

Solamente Dios puede transformar un corazón que sólo piensa en sí mismo, en uno que también considera las necesidades de los demás.

Sólo Dios puede producir esa transformación. Por eso Jesús le dijo al religioso Nicodemo que necesitaba nacer de nuevo, de lo alto, de simiente incorruptible, del Espíritu Santo:

Juan 3:3,5 : “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios... De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere del agua y del Espíritu (Santo), no puede entrar en el reino de Dios.”

Las Sagradas Escrituras no condenan la riqueza *per se*, sino que ésta es considerada claro signo de bendición. La riqueza de Dios no es sólo para unos pocos en detrimento de los más, sino que es otorgada a sus hijos como el sol, la lluvia, el aire y el maná. Es la acumulación la que indefectiblemente produce podredumbre.

La condena es para quienes producen el enriquecimiento diferenciante o relativo, es decir, la riqueza por acumulación mediante la explotación de los poderosos sobre los débiles.

Esa es la clase de riqueza que unos pocos generan por medio del empobrecimiento sistemático de muchos otros.

El mensaje de las Sagradas Escrituras en general, y de nuestro Señor Jesucristo en particular, no condena la riqueza, entendida como abundancia y prosperidad para todos, sino el sistema mediante el cual se crean unos cuantos enriquecidos a base de producir muchos empobrecidos.

El cristianismo institucionalizado no se atreve a dar esta enseñanza porque sabe que si lo hace todo el entramado de la religión occidental se vendría abajo y se produciría un desmoronamiento de la llamada *cultura occidental cristiana*, es decir, la falsificación del verdadero mensaje de Jesús de Nazaret y su praxis testimonial.

En el mejor de los casos, el cristianismo organizado e institucionalizado ha promovido unas redes de samaritanismo que han inducido a los más a la consideración de la existencia de los empobrecidos como un medio para mejorar sus sentimientos con algo de cariño y ternura de cuento de Navidad.

Viene a mi memoria aquella campaña de “*caridad*” en los años del franquismo cuyo lema era “*siente a su mesa a un pobre en Navidad*”. El problema eran los restantes 364 días del año y todos los demás pobres para quienes no había mesa ni en ese día ni en los demás.

La caridad cristiana ha sido, y sigue siendo, un simple edulcorante de las conciencias, llegando incluso a la infame afirmación de que los pobres existían para la santificación de los acomodados mediante la práctica de la limosna, voz griega, “*elemosine*”, cuyo significado literal es, para sorpresa de muchos, “*justicia*” a favor de los injusticiados.

Pero lo que jamás ha hecho el cristianismo institucionalizado ha sido explicarles a los empobrecidos cuáles han sido las causas de su empobrecimiento.

La teología promovida por la burguesía oligárquica se ha centrado en la especulación acerca de cuestiones absolutamente irrelevantes, sin ninguna incidencia en las nefastas repercusiones de haber procurado “*domesticar*” la imagen de nuestro Señor Jesucristo.

De ese modo se ha confeccionando un “*Cristo*” adecuado a los intereses de sus patrocinadores y beneficiarios.

Los filósofos del sistema, disfrazados de teólogos, han trabajado en la confección de sofisticadas cortinas de humo al estilo de las empleadas por los políticos del mismo sistema imperante. Al fin y al cabo, todos proceden de la misma camada, y los que no, pues sólo pretenden adscribirse a ella subiéndose al carro.

El resultado es la ceguera más absoluta y el sueño opiáceo de quienes dormitan en la aterciopelada cheslón de los acomodados, así como en el desinterés por parte de quienes anhelan desesperadamente alcanzar dicho dulce dormir.

¡Pasen días y caigan ollas!

“DADLES VOSOTROS DE COMER”

Mientras los alimentos sigan produciéndose y procesándose para incrementar los beneficios de los propietarios de los medios de producción, y no para satisfacer la necesidad de dichos alimentos, que es el hambre, éste irá en aumento en la tierra.

Joaquín Yebra.

Los cereales integrales y el pan elaborado con ellos han sido desde tiempos inmemoriales el alimento básico de la humanidad.

Desde hace relativamente poco tiempo comenzó a prepararse el pan en su forma más extendida hoy, es decir, con harinas blancas o refinadas y con diversos aditivos.

El pan blanco se inventó en la era de la industrialización porque al pretender almacenar la harina molida se comprobó que ésta se estropeaba enseguida, pero si se le quitaba el germen y la cascarilla tal cosa no sucedía.

De ese modo, la harina podía almacenarse durante más tiempo, lo que permitía especular con ella con más facilidad.

La supresión de las fibras vegetales, en particular de los cereales, está entre las principales causas de muchas enfermedades contemporáneas.

La supresión del obrar del Santo Espíritu de Dios es igualmente la causa de las enfermedades que postran al cristianismo institucionalizado.

Queremos en esta etapa de nuestro trabajo comenzar por hacer memoria de las palabras del hermano *Oscar Arnulfo Romero*, prelado católico asesinado un 24 de marzo del año 1980 por haber descubierto a *Cristo crucificado* en medio de los empobrecidos de su nación, El Salvador, y por haber hecho una decidida opción a favor de ellos:

“La religión no consiste en mucho rezar; la religión consiste en esa garantía de tener a mi Dios cerca de mí, porque les hago bien a mis hermanos.

La garantía de mi oración no es el mucho decir palabras; la garantía de mi plegaria está muy fácil de conocer:

¿Cómo me porto con el pobre? Porque allí está Dios...

La manera como le mires: Así estás mirando a Dios.

Los méritos de cada hombre y de una civilización se medirán por el trato que tengamos para el necesitado y el pobre.”

Creemos que las versiones oficiales del cristianismo organizado e institucionalizado no podrán mantener su supuesta y pretendida legitimidad durante mucho tiempo más.

En la medida en que sigan espiritualizando las Sagradas Escrituras y eclesiastizando el mensaje de Jesús de Nazaret en el Evangelio, irán perdiendo credibilidad ante los pueblos hambrientos y sedientos de justicia.

Del mismo modo que hemos afirmado que Jesús anunció la proximidad del Reino de Dios y predicó ese Reinado del Eterno, latente en su persona y obra, y que se haría patente en el tiempo establecido por el Señor, también hemos de afirmar que nuestro bendito Salvador enseñó acerca del Reino, no sobre el concepto filosófico griego de la eternidad escapista.

Esto no significa que esté ausente la idea de un futuro sin fin, sino que, como afirmaron los sabios antiguos de Israel, hay una realidad existencial tanto antes como después de los eones cubiertos por la historia y la profecía.

Ahora bien, la espiritualización eclesiástica realizada por el cristianismo organizado ha servido y sigue sirviendo a los intereses de las organizaciones religiosas, dentro y fuera del ámbito “cristiano”, para proyectar la efectividad del mensaje de nuestro Señor Jesucristo más allá de la muerte, sin posibilidad de aplicación en este mundo en que vivimos.

Y todo defensor de la operatividad del Evangelio de Jesucristo en nuestra realidad actual será desprestigiado como loco visionario, como utópico o como revolucionario.

Sin embargo, deberíamos considerar muy seriamente que nadie crucifica a un “Maestro” por contar hermosas historias para que sus oyentes se comporten como buenos chicos y chicas; que sana a los enfermos sin receta y sin factura por honorarios; que da de comer a quienes le siguen; que multiplica el pan y el pescado, no para acumular sino para dividir, que es repartir, y para comer, que es el propósito de todo alimento.

En definitiva, en Jesús y su proceder nunca hace acto de presencia el concepto “lucro” o “beneficio”, claros sinónimos.

Cuando Jesús pronuncia sus palabras antes de proceder a multiplicar aquella escasa comida que le fue puesta delante, comisionaba a sus discípulos a tomarnos muy en serio el hecho de que hay quienes no tienen alimentos, no porque no los haya, sino por la sencilla y pura razón de no tener dinero para adquirirlos.

Tengamos muy presente que según las *FAO*, organismo para la alimentación, de las *Naciones Unidas*, nuestro buen planeta produce más del doble de los alimentos necesarios para la actual población mundial.

El problema radica en que los productos alimenticios no se procesan para satisfacer la necesidad de los mismos, sino sólo, única y exclusivamente para obtener beneficios quienes poseen los medios de producción de los mismos: Los grandes terratenientes y los propietarios de las industrias alimentarias.

Vamos a considerar parte del pasaje que algunos han denominado “*El Evangelio del Pan*”, donde podemos encontrar bastantes datos que pasaron inadvertidos a los apóstoles y a nosotros, y por la misma causa: Nuestra dureza de corazón:

Marcos 6:30-37: “Entonces los apóstoles se juntaron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado. (Marcos 6:12-13: “Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintiesen. Y echaban fuera muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban.”). Jesús les dijo: Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer. Y se fueron solos en una barca a un lugar desierto. Pero muchos los vieron

ir, y le reconocieron (a Jesús); y mucho fueron allá a pie desde las ciudades, y llegaron antes que ellos, y se juntaron a él. Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas. Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada. Despidelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor, y compren pan, pues no tienen qué comer. Respondiendo él (Jesús) les dijo: Dadles vosotros de comer.”

Nuestra reacción habría sido seguramente idéntica a la de los apóstoles:

Marcos 6:37: “Ellos le dijeron a Jesús: ¿Qué vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer?”

Los discípulos, a pesar de su cercanía a Jesús, no podían imaginar alternativa alguna que no fuese la mercantilista, a la que ellos y nosotros estamos acostumbrados.

Sólo podían imaginar adquirir comida mediante su compra a quienes la poseían. Si poseían dinero, podrían adquirir comida. Si no, no.

A continuación, Jesús les hace una curiosa pregunta:

Lucas 6:38: “Jesús les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y al saberlo, dijeron: Cinco, y dos peces.”

¿Acaso no nos ocurre a nosotros lo mismo, que no sabemos realmente con qué recursos contamos?

No olvidemos nunca que el egoísmo y el egocentrismo son muy cortos de vista.

En el Antiguo Testamento ya encontramos algún episodio de multiplicación de panes y de aceite.

Primeramente, hallamos a Moisés que interviene en esa multiplicación del pan en la forma del *maná* en el desierto.

Recordemos también a Eliseo, el heredero de la misión profética de Elías, quien multiplicó el aceite para que sobreviviera una mujer de las esposas de los hijos de los profetas:

2º Reyes 4:1-7: “Una mujer, de las mujeres de los hijos de los profetas, clamó a Eliseo, diciendo: Tu siervo mi marido ha muerto; y tú sabes que tu siervo era temeroso de YHVH; y ha venido el acreedor para tomarse dos hijos míos por siervos. Y Eliseo le dijo: ¿Qué te haré yo? Declárame qué tienes en casa. Y ella dijo: Tu sierva ninguna cosa tiene en casa, sino una vasija de aceite. Él le dijo: Vé y pide para ti vasijas prestadas de todos tus vecinos, vasijas vacías, no pocas. Entra luego, y enciértrate tú y tus hijos; y echa todas las vasijas, y cuando una esté llena, ponla aparte. Y se fue la mujer, y cerró la puerta encerrándose ella y sus hijos; y ellos le traían las vasijas, y ella echaba del aceite. Cuando las vasijas estuvieron llenas, dijo a un hijo suyo: Tráeme aún otras vasijas. Y él dijo: No hay más vasijas. Entonces cesó el aceite. Vino ella luego, y lo contó al varón de Dios, el cual dijo: Vé y vende el aceite, y paga a tus acreedores; y tú y tus hijos vivid de lo que quede.”

También le encontramos multiplicando veinte panes de cebada para alimentar a cien hombres:

2º Reyes 4:42-44: “Vino entonces un hombre de Baal-salisa, el cual trajo al varón de Dios panes de primicias, veinte panes de cebada, y trigo nuevo en su espiga. Y él dijo: Da a la gente para que coma. Y respondió su sirviente: ¿Cómo pondré esto delante de cien hombres? Pero él volvió a decir: Da a la gente para que coma, porque así ha dicho YHVH: Comerán y sobraré. Entonces lo puso delante de ellos, y comieron, y les sobró, conforme a la palabra de YHVH.”

Y a su maestro, Elías, le vemos realizando una multiplicación en 1º Reyes 17, donde se nos relata cómo el Señor le envía a Sarepta de Sidón para que sustente una viuda que está a punto

de perecer junto a su hijo de inanición en medio de una hambruna indescriptible causada por una prolongada sequía.

Cuando el profeta le pidió a aquella mujer que le trajera un pedazo de pan, ella respondió así:

1º Reyes 17:12-16: “Vive YHVH tu Dios, que no tengo pan cocido; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija; y ahora recogía dos leños, para entrar y prepararlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos, y nos dejemos morir. Elías le dijo: No tengas temor; vé, haz como has dicho; pero hazme a mí primero de ello una pequeña torta cocida debajo de la ceniza, y tráemela; y después harás para ti y para tu hijo. Porque YHVH Dios de Israel ha dicho así: La harina de la tinaja no escaseará, ni el aceite de la vasija disminuirá, hasta el día en que YHVH haga llover sobre la faz de la tierra. Entonces ella fue e hizo como le dijo Elías; y comió él, y ella, y su casa, muchos días. Y la harina de la tinaja no escaseó, ni el aceite de la vasija menguó, conforme a la palabra que YHVH había dicho por Elías.”

A nuestro bendito Señor y Salvador le vemos multiplicar panes y pescado en una ocasión para cinco mil y en otra para cuatro mil.

Estas escenas bíblicas nos muestran a Jesús de Nazaret como profeta superior a Elías y a Eliseo.

Por el texto del Evangelio de Juan sabemos algunos datos interesantes acerca de este episodio de la vida de nuestro Señor:

Primeramente, se nos dice que Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo a Jesús que había allí un muchacho que tenía cinco panes y dos pececillos, ciertamente muy poca comida para la gran multitud congregada:

Juan 6:5-9: “Cuando alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él gran multitud, dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? Pero Jesús decía esto para probarle; porque él sabía lo que había de hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco. Uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí está un muchacho, que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos; mas ¿qué es esto para tantos?”

En segundo lugar, la versión del Evangelio de Juan aporta un dato que no está recogido en los textos paralelos de los Sinópticos: Aquellos cinco panes era de cebada.

¿Puede tener algún significado este detalle del tipo de cereal de que estaba hecho aquel pan?

La cebada es el primer grano que se cosecha en la primavera y en la fiesta de los *Panes Ácimos*, es decir, de los panes sin levadura, los empleados en la *Pascua*. Y Jesús realiza este milagro en los días cercanos a la celebración pascual.

De ahí que en la segunda parte del capítulo sexto del Evangelio según Juan, Jesús explicara a los discípulos quién era:

Juan 6:25-35: “Y hallando a Jesús al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo llegaste acá? Respondió Jesús y les dijo: De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis el pan y os saciasteis. Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre. Entonces le dijeron: ¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado. Le dijeron entonces: ¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos, y te creamos? ¿Qué obra haces? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer. Y Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo. Le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás.”

Jesús hizo recostar a los congregados por grupos sobre la hierba verde, toma los panes y los pescados, levanta sus ojos al cielo, bendice a su Padre Dios sobre aquellos escasos alimentos, parte los panes y los peces, reparte entre todos, se sacian los comensales y sobra.

Marcos 6:43: “Y recogieron de los pedazos doce cestas llenas (griego: ‘kofinos’, cesta de la comida diaria del trabajador’), y de lo que sobró de los peces.”

En la versión que nos llega de la pluma de Juan hallamos otro dato importante:

Juan 6:12: “Y cuando se hubieron saciado, Jesús dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada.”

Nuestro Señor nos enseña aquí otra lección vital mediante lo que a primera vista nos parece una incongruencia que raya en lo humorístico:

¿Cómo puede pedir Jesús, quien multiplica unos pocos panes y pececillos para alimentar a una gran multitud, que se recojan los fragmentos, los pedazos, las sobras?

Y, sin embargo, es así, porque Jesús ordena que no se pierda nada.

¿Por qué? Porque Jesús no quiere que vivamos siempre dependiendo del milagro...

No porque nuestro Señor no pueda realizar milagros y portentos, sino porque Él no está dispuesto a darnos en abundancia para que nosotros lo desperdiciemos y malgastemos, esperando de manera inmadura que Él nos vuelva a dar.

En medio de la pequeñez de los pedazos podemos hallar lo más excelente de parte de Dios nuestro Señor.

Recordemos que fue mientras Rut espigaba cuando halló lo más excelente de su vida.

¿Qué hemos hecho con los fragmentos de la bendición de Dios?

¿Qué hemos hecho con los pedazos de las sobras?

Hay tres maneras en que podemos proceder a recoger las sobras.

Primeramente, observemos que cuando está a punto de producirse un acontecimiento importante en nuestra vida, al igual que cuando estamos cercanos a la culminación de un año y el comienzo del nuevo, es cuando nos ponemos a contar los momentos vividos.

Cuando pensamos en lo que nos traerá el nuevo años tenemos la tendencia de pensar en el año transcurrido como un ciclo completo, como una unidad indivisible e irrepetible.

Pero al finalizar el año nos percatamos de que los años se van edificando a base de momentos, como los fragmentos de pan y de pescado de la multiplicación divina.

En segundo lugar, tengamos muy presente que son esos momentos alegres y no tan alegres, lentos y rápidos, sensibles e imperceptibles, fugitivos e inexorables, los que determinan el carácter y el resultado de la totalidad, y todo ello en función del uso que hagamos de esos pedacitos del tiempo, del espacio, de la vida.

Se cuenta que fue la reina *Isabel I de Inglaterra* quien exclamó en su lecho de muerte estas palabras:

“¡Treinta mil libras por otros diez minutos de tiempo!”

Y es que cuando se nos escapan los últimos minutos es cuando comprendemos el verdadero valor del tiempo, de la vida.

En tercer lugar, examinemos una pequeña cláusula en el texto de Efesios 5:15-16 que frecuentemente pasa inadvertida a muchos cristianos:

“Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos.”

Este pequeña cláusula en participio de presente –“*aprovechando bien el tiempo*”- podría traducirse en lenguaje de nuestros días como “*buscando un buen rendimiento para nuestro tiempo*”, es decir, aprovechando las muchas oportunidades que Dios pone delante de nosotros en forma de obras buenas para que por ellas caminemos.

Un día, los fragmentos no recogidos, despreciados, olvidados, desaprovechados, desperdiciados, serán testimonio ante nosotros.

Los restos, los fragmentos, las sobras, pueden convertirse en doce canastas llenas de pan y pescado, doce cestas de bendiciones.

Incluso hallaremos la lección de que los mendrugos endurecidos, que pudieran ser arquetipos de la adversidad, pueden ser igualmente oportunidades para crecer, para madurar y para desarrollarnos.

“Doce” es el número místico y simbólico del pueblo de Dios. Es el arquetipo que nos recuerda a las doce tribus, los doce patriarcas, las doce constelaciones visibles con el ojo desnudo, los doce meses del año, los doce apóstoles, como patriarcas del nuevo Israel, que es añadido al antiguo, no para reemplazarlo, como procurará después el cristianismo organizado, sino para abrir la puerta a los gentiles mediante el injerto en el olivo bueno cuya raíz es santa.

Ese es el pueblo que reúne a todos cuantos vivieron y durmieron con la esperanza mesiánica; los invitados a la cena de la *Nueva Alianza*, la celebración de la liberación final del poder del pecado.

Pero volvamos a nuestra escena. Cuando la barca está en medio del lago de Galilea, Jesús les ve remar con gran fatiga porque el viento les era contrario. Va a ellos caminando sobre las aguas, ellos se asustan, se turban, pero cuando Jesús les habla y sube a la embarcación se percatan que se trata del Señor y se calman.

También se calma el viento, pero ellos se quedan asombrados y maravillados “por que aún no habían entendido lo de los panes, por cuanto estaban endurecidos sus corazones.” (Marcos 6:52).

¿Qué era lo que no habían entendido respecto a la multiplicación de los panes y los peces?

¿Qué es lo que nosotros tampoco hemos comprendido?

¿Qué es lo que le falta comprender al cristianismo institucionalizado?

El acontecimiento se repite pocos días después de realizar Jesús una serie de milagros de sanación:

Marcos 8:1-10: “En aquellos días, como había una gran multitud, y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos, y les dijo: Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos. Sus discípulos le respondieron: ¿De dónde podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el desierto? Jesús les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. Entonces mandó Jesús a la multitud que se recostasen en tierra; y tomando los siete panes, habiendo dado gracias, los partió, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y los pusieron delante de la multitud. También tenían unos pocos pececillos; y los bendijo, y mandó que también los pusiesen delante. Y comieron y se saciaron; y recogieron de los pedazos que habían sobrado, siete canastas. (griego: ‘spuris’, ‘cesto para el pescado’). Eran los que comieron, como cuatro mil; y los despidió. Y luego entrando en la barca con sus discípulos, vino Jesús a la región de Dalmanuta.”

La escena es interrumpida por la aparición de los fariseos, representantes de la región organizada de entonces, y comenzaron a discutir con Jesús pidiéndole una señal del cielo, para tentarle.

Jesús se siente hondamente entristecido ante la actitud de estos dignatarios de la religión institucionalizada.

Siempre le producen dolor, como cuando enseña en los alrededores del templo de Jerusalem, y sale de aquel entorno entristecido al ver que los corazones de quienes deberían ser los pastores del pueblo hebreo estaban más endurecidos que las piedras de aquel edificio, llamado a ser *Casa de Oración* para todos los pueblos, pero que ahora no era sino un ídolo nacionalista, claro emblema de la superestructura que mantenía sus privilegios a la sombra del poder imperial romano.

Tan profundo es el dolor que Jesús experimenta que “gimiendo en su espíritu, dijo: ¿Por qué pide señal esta generación? De cierto os digo que no se le dará señal a esta generación. Y dejándolos, volvió a entrar en la barca, y se fue a la otra ribera.” (Marcos 8:11-13).

Ahora vuelve a repetirse la escena anterior, cuando endurecidos sus corazones no entendieron lo de los panes:

Marcos 8:14-21: “Habían olvidado de traer pan, y no tenían sino un pan consigo en la barca. Y Jesús les mandó, diciendo: Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de Herodes. Y discutían entre sí, diciendo: Es porque no trajimos pan. Y entendiéndolo Jesús, les dijo: ¿Qué discutís, porque no tenéis pan? ¿No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Y no recordáis? Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Doce. Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Siete. Y Jesús les dijo: ¿Cómo aún no entendéis?”

Jesús entregó su vida en rescate por la nuestra, pero quienes buscaron quitarle la vida lo hicieron porque había en Él y en su enseñanza algo que ponía en peligro la estabilidad del sistema en vigor, del orden establecido, entonces como hoy, el mayor de los desórdenes imaginables.

En el siglo II d.C. los cristianos tomaron la voz griega “*ijtus*”, “*pez*”, como símbolo de nuestro Señor Jesucristo, por formarse como acróstico con las iniciales de las palabras “*Iesous*” (“*Jesús*”), “*Jristos*”, (“*Cristo*”: “*Ungido*”), “*Teou*” (“*Dios*”), “*Uios*” (“*Hijo*”), “*Soter*” (“*Salvador*”): “*Jesucristo Hijo de Dios Salvador*”.

Según un texto de Tertuliano titulado “*De Baptismo*”, los discípulos de Jesucristo somos “*pequeños peces nacidos del agua*”, una clara alusión al bautismo, en el que hemos dramatizado simbólicamente haber muerto a una vida vieja para renacer a una nueva por la gracia del Espíritu Santo.

Así es como el cristiano que se aparta de las aguas, muere, como todo pez al salir del agua.

Recordemos las palabras de nuestro Señor Jesucristo al llamar a sus primeros discípulos:

Mateo 4:19-20: “Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Entonces ellos, dejando al instante las redes, le siguieron.”

Jesús nos ha llamado a dar de comer a quienes no han hallado plato a la mesa puesta por Dios, pero el cristianismo organizado ha enseñado y sigue haciéndolo que la presencia de los pobres entre nosotros es algo absolutamente irremediable.

La exégesis de Marcos 14:7 realizada por los teólogos vendidos al capitalismo conduce a la aceptación ciega de que jamás podrá cambiarse este mundo: Siempre habrá ricos y pobres. Incluso hemos conocido a quienes estaban convencidos de que esa era la voluntad de Dios:

“Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis.”

El texto original griego de este versículo no dice “*tendréis*”, que sería “*éxete*”, sino “*éjete*”, es decir, “*tenéis*”.

De lo contrario no tendrían sentido las siguientes palabras que pronuncia nuestro Señor: Siempre que queramos les podremos hacer bien.

Y el adverbio “*siempre*”, es el griego “*pántote*”, cuyo sentido es el de “*a todas horas*”, lo que significa que en el momento en que queramos hacer que los empobrecidos dejen de serlo, podremos hacerlo. Tan sólo hay que poner en práctica las normas del Reino de Dios.

La pobreza no es, pues, una situación irremediable, imposible de cambiar, sino una realidad producida por la injusta distribución de la riqueza.

Cualquier sociedad de enriquecidos y empobrecidos será siempre intrínsecamente inmoral, por mucho que se maquille desde distintos campos dedicados a la manipulación de la realidad, entre los cuales, infortunadamente, también se halla el cristianismo organizado.

Y cualquier iglesia que no levante su voz contra el sistema aberrante que produce tantas muertes cada día, será una grotesca burla de Jesús el Cristo.

UNA PROFETISA OLVIDADA

“He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra.”

Lucas 1:38.

Es mayúscula la cara de sorpresa de quienes me oyen hablar de la profetisa *Myriam de Nazaret*, latinizada “*María*”, la dulce mamá de Jesús, nuestra hermana.

Infortunadamente, o bien nos encontramos con círculos de *mariolatría* en el catolicismo romano, donde creemos se ha desfigurado completamente a esta preciosa hija del pueblo de Israel, la *bienaventurada María de Nazaret*, la madre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, *la muy favorecida, bendita entre las mujeres y bendito el fruto de su vientre*; o bien hallamos un inmenso vacío en el protestantismo, donde suele silenciársela.

El cristianismo organizado e institucionalizado por el poder dominante no ha contado la verdad acerca de esta hermosa hermana nuestra, quien con su aceptación libre y voluntaria de ser la madre del *Santo Ser* que de ella nacería como Hijo de Dios entre los hombres, bajo el poder del Santo Espíritu del Altísimo, el Mesías de Israel y Deseado de las naciones, nos representa a todos cuantos formamos parte del pueblo de Dios al exclamar “*Hágase conmigo conforme a tu palabra*”, el que debería ser lema del discipulado cristiano por excelencia.

Esa exclamación de María de Nazaret es la expresión más completa, clara y precisa que podemos hacer todos cuantos confesamos ser cristianos por la gracia de Dios.

Pocos saben que en el Israel de la época lo habitual era que una doncella se casara entre los doce y los trece años de edad. No más tarde.

Estas consideraciones serían ya suficientes para que la visión de nuestra hermana María de Nazaret cambiara notablemente, y dejáramos atrás figuras de esta sierva de Dios con que la pinacoteca ha contribuido a deformarla.

Tampoco suelen ser muchos quienes reparan en el hecho de que María de Nazaret era una virgen, es decir, una doncellita desposada con un varón que se llamaba José, es decir, comprometida, pero todavía no casada.

El cristianismo organizado ha tratado a María de Nazaret o bien elevándola hasta convertirla, quizá sería más correcto decir “deformarla” en el curso de los años en una figura incongruentemente grotesca, una especie de “*diosa del cielo*”, al estilo de *Diana de los Efesios*; o bien olvidándola hasta el punto de recordarla solamente en algún drama infantil navideño.

Personalmente, no nos sentimos cómodos en ninguna de estas posturas extremas.

Pocos han reparado en que de esta preciosa hermana nuestra, auténticamente seductora, nos ha llegado una de las más claras profecías escatológicas que podemos hallar en las Sagradas Escrituras, como veremos más adelante.

Al sexto mes de haber quedado embarazada Elisabet, esposa del sacerdote Zacarías, la que todos tenían por estéril, ambos de muy avanzada edad, María recibe la visitación de un ángel, de un mensajero de Dios, para hacerle el anuncio más grande que jamás ha sido hecho a los hombres:

Lucas 1:26-38: “El ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: ¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres. Mas ella, cuando le vio, se turbó por sus palabras, y pensaba qué salutación sería esta. Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús (hebreo: ‘Yeshúa’, ‘Salvación’). Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? Pues no conozco varón. Respondiendo el ángel le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios. Y he aquí tu parienta Elisabet, ella también ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes para ella, la que llamaban estéril; porque nada hay imposible para Dios. Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de su presencia.”

María sabe que por aceptar ser la madre del Mesías, no estando todavía casada con José, puede perder el amor de éste, ser denunciada y apedreada ante la aparente evidencia de su embarazo, lo que demostraba que había mantenido relaciones íntimas con un varón, pero aún sabiendo que no había sido así, ella asume todos los riesgos y opta por dejar que se cumpla la Palabra de Dios en su vida.

Dios, en su misericordia, habla a José por medio de un sueño revelándole que el fruto del vientre de su amada María no es resultado del pecado de infidelidad, sino, antes bien, fruto del Santo Espíritu de Dios:

Mateo 1:18-25: “El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo. José su marido, como era justo, y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente. Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados. Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta (Isaías 7:14), cuando dijo: ‘He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros. Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre Jesús.’”

María sabe que va a recibir mucha incompreensión de parte de sus parientes, amigos y vecinos, y opta por salir de Nazaret hacia la tierra de Judá, a casa de su parienta Elisabet, donde sabe que puede encontrar comprensión:

Lucas 1:39-40: “En aquellos días, levantándose María, fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá; y entró en casa de Zacarías.”

Ahora se va a producir el encuentro entre las dos mujeres: La anciana embarazada fuera de tiempo y la doncella empuñada por el amor de Dios a todos los hombres, a Israel primeramente, y también a la gentilidad.

La Palabra de Dios traída por el Santo Espíritu Divino ha depositado la simiente del Verbo en el vientre de María de Nazaret.

La concepción ha sido, pues, por el oír de la Palabra, por la fe en que nada hay imposible para Dios, de ahí que se haya cantado durante siglos el himno “*Gaude Virgo Mater Christi quae per aurem comcepisti*” (“*Gózate Virgen Madre de Cristo que por el oído concebiste*”).

De ahí que también se designe “*tímpano*” al espacio triangular que queda entre las dos cornisas inclinadas de un frontón y la horizontal de su base en el acceso a las catedrales, como arquetipo de la entrada de la Palabra de Dios en el templo, tal y como penetró la Palabra del Señor en el oído de María de Nazaret, convirtiéndola en “*templo*” de Dios, es decir, la que llevó a Dios encarnado en su seno.

Lucas 1:41-45: “Y aconteció que cuando oyó Elisabet la salutación de María, la criatura saltó en su vientre; y Elisabet fue llena del Espíritu Santo, y exclamó a gran voz: Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí? Porque tan pronto como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Y bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le fue dicho de parte del Señor.”

Este diálogo entre las dos mujeres es una verdadera gozada que el Santo Espíritu ha permitido que haya llegado hasta nosotros hoy.

No podemos imaginarlo con caras largas de solemnidad carnal, sino en medio de una atmósfera de inmenso gozo, de alegría indescriptible en el Espíritu Santo.

La unción del Espíritu descendió sobre ambas mujeres y sobre las criaturas que llevaban en su respectivos vientres: Jesús de Nazaret y Juan el Bautista.

Y es entonces cuando María de Nazaret entona un hermosísimo cántico profético que ha llegado a nosotros bajo el nombre universal de “*Magnificat*”, uno de tantos textos repetidos hasta la saciedad, pero enmarcados en la liturgia o sencillamente ignorados y edulcorados para que pocos reparen en su sentido histórico, profético y escatológico:

Lucas 1:46-55:

“Engrandece mi alma al Señor;

y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

Porque ha mirado la bajeza de su sierva;

Pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso;

Santo es su nombre,

Y su misericordia es de generación en generación

A los que le temen.

Hizo proezas con su brazo;

Esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones.

Quitó de los tronos a los poderosos,

Y exaltó a los humildes.
A los hambrientos colmó de bienes,
Y a los ricos envió vacíos.
Socorrió a Israel su siervo,
Acordándose de la misericordia
De la cual habló a nuestros padres,
Para con Abraham y su descendencia para siempre.”

María describe la injusticia social en que había caído el pueblo que Dios había constituido, partiendo de unas tribus inconexas, sometidas a esclavitud bajo el imperio más poderoso del momento, liberadas por la gracia y la misericordia de Dios, convirtiéndolas en una federación a la que se le repartió la tierra para evitar la formación de terratenientes explotadores, introduciendo también un sistema regulador de justicia único en la historia: El Año Sabático y el Jubilar.

Tenemos que hacer un poco de historia del transfondo bíblico para comprender el alcance de las palabras de María de Nazaret, a las que volveremos después.

Mediante el año sabático había de dejarse a la tierra descansar a fin de permitirle recuperarse y rehacerse para la siguiente cosecha, de lo contrario la tierra sería esquilada.

La tierra debía quedar en barbecho, pero el punto de vista exclusivamente agrícola supera ese ámbito para convertirse, como sucedería con el descanso sabático, en una institución de orden social:

Éxodo 23:10-12: “Seis años sembrarás la tierra, y recogerás su cosecha; mas el séptimo año la dejarás libre, para que coman los pobres de tu pueblo; y de lo que quedare comerán las bestias del campo; así harás con tu viña y con tu olivar. Seis días trabajarás, y al séptimo día reposarás, para que descansen tu buey y tu asno, y tome refrigerio el hijo de tu sierva, y el extranjero. Y todo lo que os he dicho, guardadlo. Y nombres de otros dioses no mentaréis, ni se oirá de vuestra boca.”

Cuando observamos la legislación del año sabático y la del *Shabat* propiamente dicho, comprobamos que ambas están presididas por un mismo espíritu:

Éxodo 21:2-6: “Si comprares siervo hebreo, seis años servirá; mas al séptimo saldrá libre, de balde. Si entró solo, solo saldrá; si tenía mujer, saldrá él y su mujer con él. Si su amo le hubiera dado mujer, y ella le diere hijos o hijas, la mujer y sus hijos serán de su amo, y él saldrá solo. Y si el siervo dijere: Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldrá libre; entonces su amo lo llevará ante los jueces, y le hará estar junto a la puerta o al poste; y su amo le horadará la oreja con lesna, y será su siervo para siempre.”

Es fácil descubrir que uno de los propósitos del Santo Día de Reposo, el *Shabat*, era la liberación de los esclavos, quienes debían recuperar su libertad todos los días de reposo, lográndola definitivamente cada siete años.

Reducir el sentido sabático a mero día de culto es otra cortina de humo para no ver sus implicaciones socioeconómicas.

A partir de la institución de la monarquía, adoptada por Israel para asemejarse a sus pueblos circunvecinos, y especialmente a partir de su conversión en civilización urbana, reprodujeron graves trastornos sociales difíciles de resolver mediante la legislación tradicional del barbecho y la liberación periódica de los que habían caído en la esclavitud, principalmente por causa de endeudamiento.

Como resultado de la expansión de las ciudades se produjo la enajenación de muchas tierras. Los pequeños terratenientes encontraron enormes dificultades para su supervivencia, y de ese modo poco a poco fueron todos ellos poniéndose bajo la protección de algún burgués enriquecido.

Hay un episodio veterotestamentario muy ilustrativo de lo que venimos diciendo, y se encuentra en el Primer Libro de los Reyes, en el que aparece Nabot de Jezreel, quien poseía una viña junto al palacio de Acab rey de Samaria:

1º Reyes 21:1-3: “Pasadas estas cosas, aconteció que Nabot de Jezreel tenía allí una viña junto al palacio de Acab rey de Samaria. Y Acab habló a Nabot, diciendo: Dame tu viña para un huerto de legumbres, porque está cercana a mi casa, y yo te daré por ella otra viña mejor que esta; o si mejor te pareciere, te pagaré su valor en dinero. Y Nabot respondió a Acab: Guárdeme YHVH de que yo te dé a ti la heredad de mis padres.”

El final de la historia fue la intriga y el desenlace fraguado por Jezabel, esposa del rey Acab, para dar muerte a Nabot y apoderarse de su propiedad:

1º Reyes 21:7-16: “Y su mujer Jezabel le dijo a Acab: ¿Eres tú ahora rey sobre Israel? Levántate, y come y alégrate: Yo te daré la viña de Nabot de Jezreel. Entonces ella escribió cartas en nombre de Acab, y las selló con su anillo, y las envió a los ancianos y a los principales que moraban en la ciudad de Nabot. Y las cartas que escribió decían así: Proclamad ayuno, y poned a Nabot delante del pueblo; y poned a dos hombres perversos delante de él, que atestigüen contra él y digan: Tú has blasfemado a Dios y al rey. Y entonces sacadlo, y apedreadlo para que muera. Y los de su ciudad, los ancianos y los principales que moraban en su ciudad, hicieron como Jezabel les mandó, conforme a lo escrito en las cartas que ella les había enviado. Y promulgaron ayuno, y pusieron a Nabot delante del pueblo. Vinieron entonces dos hombres perversos, y se sentaron delante de él; y aquellos hombres perversos atestiguaron contra Nabot delante del pueblo, diciendo: Nabot ha blasfemado a Dios y al rey. Y lo llevaron fuera de la ciudad y lo apedrearon, y murió. Después enviaron a decir a Jezabel: Nabot ha sido apedreado y ha muerto. Cuando Jezabel oyó que Nabot había sido apedreado y muerto, dijo a Acab: Levántate y toma la viña de Nabot de Jezreel, que no te la quiso dar por dinero; porque Nabot no vive, sino que ha muerto. Y oyendo Acab que Nabot era muerto, se levantó para descender a la viña de Nabot de Jezreel, para tomar posesión de ella.”

Nabot es un claro arquetipo del campesino reducido al estado del proletariado que cede al poder de los que van enriqueciéndose o bien es condenado a morir si se rebela reivindicando sus derechos. Esta historia se ha venido repitiendo miles de veces en el curso de la historia.

En los textos de los profetas hallamos mucha información al respecto, como, por ejemplo, Isaías, quien nos proporciona una descripción de la burguesía explotadora del momento en el capítulo 5 de su libro:

Isaías 5:8-9: “¡Ay de los que juntan casa a casa, y añaden heredad a heredad hasta ocuparlo todo! ¿Habitaréis vosotros solos en medio de la tierra? Ha llegado a mis oídos de parte de YHVH de los ejércitos, que las muchas casas han de quedar asoladas, sin morador las grandes y hermosas.”

La palabra profética también describe la vida disoluta de los poderosos:

Isaías 5:11-12, 20-23: “¡Ay de los que se levantan de mañana para seguir la embriaguez; que se están hasta la noche, hasta que el vino los enciende! Y en sus banquetes hay arpas, vihuelas, tamboriles, flautas y vino, y no miran la obra de YHVH, ni consideran la obra de sus manos... ¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo! ¡Ay de los sabios en sus propios ojos, y de los que son prudentes delante de sí mismos! ¡Ay de los que son valientes para beber vino, y hombres fuertes para mezclar bebida; los que justifican al impío mediante cohecho, y al justo quitan su derecho!”

La palabra profética nos da las razones de los infortunios sufridos por la nación, así como el justo juicio de Dios para quienes se habían apartado de la Santa Ley de Dios:

Isaías 5:13-16, 24-25: “Por tanto, mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento; y su gloria pereció de hambre, y su multitud se secó de sed. Por eso ensanchó su interior el Seol, y sin medida extendió su boca; y allá descenderá la gloria de ellos, y su multitud, y su fausto, y el que en él se regocijaba. Y el hombre será humillado, y el varón será abatido, y serán bajados los ojos de los altivos. Pero YHVH de los ejércitos será exaltado en juicio, y el Dios Santo será santificado con justicia... Por tanto, como la lengua del fuego consume el rastrojo, y la llama devora la paja, así será su raíz como podredumbre, y su flor se desvanecerá como polvo; porque desecharon la ley de YHVH de los ejércitos, y abominaron la palabra del Santo de Israel. Por esta causa se encendió el furor de YHVH contra su pueblo, y extendió contra él su mano, y le hirió; y se estremecieron los montes, y sus cadáveres fueron arrojados en medio de las calles. Con todo esto no ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida.”

Miqueas 2:1-5: “¡Ay de los que en sus camas piensan iniquidad y maquinan el mal, y cuando llega la mañana lo ejecutan, porque tienen en su mano el poder! Codician heredades, y las roban; y casas, y las toman; oprimen al hombre y a su casa, al hombre y a su heredad. Por tanto, así ha dicho YHVH: He aquí, yo pienso contra esta familia un mal del cual no sacaréis vuestros cuellos, ni andaréis erguidos; porque el tiempo será malo. En aquel tiempo levantarán sobre vosotros refrán, y se hará endecha de lamentación, diciendo: Del todo fuimos destruidos; él ha cambiado la porción de mi pueblo. ¡Cómo nos quitó nuestros campos! Los dio y los repartió a otros. Por tanto, no habrá quien a suerte reparta heredades en la congregación de YHVH.”

La vida disoluta de los engrandecidos vuelve a aparecer en el texto del profeta Amós:

Amós 2:6-7: “Así ha dicho YHVH: Por tres pecados de Israel, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque vendieron por dinero al justo, y al pobre por un par de zapatos. Pisotean en el polvo de la tierra las cabezas de los desvalidos, y tuercen el camino de los humildes; y el hijo y su padre se llegan a la misma joven, profanando mi santo nombre.”

La rebeldía del pueblo nominal de Dios se manifestará en el rotundo rechazo de la labor de los profetas.

Los predicadores serán livianos y espiritualizarán, es decir, distanciarán de la realidad comprometedoras todas sus enseñanzas, de modo que no incidan en lo que más hondo palpita en sus corazones y en los del pueblo religioso: Su verdadero “dios”, las riquezas y el poder.

Miqueas 2:6-8: “No profeticéis, dicen a los que profetizan; no les profeticen, porque no les alcanzará vergüenza. Tú que te dices casa de Jacob, ¿se ha acertado el Espíritu de YHVH? ¿Son estas sus obras? ¿No hacen mis palabras bien al que camina rectamente? El que ayer era mi pueblo, se ha levantado como enemigo.”

La historia en nuestro cristianismo institucionalizado no ha sido en absoluto diferente a la de los padres en la fe, Israel.

La condición humana no reconoce extracciones nacionales ni adscripciones religiosas de ninguna especie.

A pesar de que Jesús de Nazaret nos ha dicho en el Evangelio que “nos envía profetas y sabios y escribas” (Mateo 23:34), un amplio sector del cristianismo organizado ha sido enseñado fraudulentamente por sus dirigentes que la profecía fue para entonces, no es para nuestros días.

Unos han sofocado la voz profética mediante la promulgación de sus dogmas supuestamente infalibles, y un sistema sacramental que procura hacer innecesaria la participación de Dios, y otros procurando encerrar la Palabra de Dios entre las pastas de las Biblias desgastadas del sudor de las manos, mientras los pseudo-filósofos disfrazados de “teólogos” engañan al pueblo sencillo y llano.

Su grito es “no profeticéis”, tal y como aconteció en los días del Antiguo Testamento, por cuanto la palabra profética es perenne e inalterable, pero el poder explotador no puede consentir que la voz de Dios se haga sonar en medio del cristianismo institucionalizado.

Si Dios habla, las voces de los engañadores quedarán expuestas.

Pero nuestro Señor intervino en los días antiguos introduciendo una medida para que los enriquecidos restituyeran durante el año jubilar a los empobrecidos lo que les hubieran tomado a título de prenda o como pago de deudas contraídas en los seis años precedentes:

Deuteronomio 15:1-2: “Cada siete años harás remisión. Y esta es la manera de la remisión: perdonará a su deudor todo aquel que hizo empréstito de su mano, con el cual obligó a su prójimo; no lo demandará más a su prójimo o a su hermano, porque es pregonada la remisión de YHVH.”

Aquí ya no se habla solamente de tierras que han de quedar en barbecho, sino de la remisión de las deudas contraídas por los empobrecidos, lo que llamaríamos hoy las hipotecas y los préstamos del sistema bancario.

Evidentemente, la negativa a aceptar la Santa Ley de Dios, bajo pretexto de la “*gracia divina*” convertida en libertinaje, no responde a aspectos puramente teológicos, sino que, caso de haber aceptado los mandamientos divinos, todo el sistema occidental habría sucumbido.

Habría sido inimaginable la existencia de organizaciones eclesíásticas poseedoras de instituciones bancarias basadas, como todas sin excepción, en la práctica de la usura legalizada. Conocemos también a instituciones evangélicas que mantienen inversiones bursátiles sin considerar el uso de dichos fondos.

Además, el método divino tiene por objetivo la total erradicación del empobrecimiento y la perpetuación de la pobreza:

Deuteronomio 15:4-5: “Para que así no haya en medio de ti mendigo; porque YHVH te bendecirá con abundancia en la tierra que YHVH tu Dios te da por heredad para que la tomes en posesión, si escuchares fielmente la voz de YHVH tu Dios, para guardar y cumplir todos estos mandamientos que yo te ordeno hoy.”

El error al interpretar muchos de estos textos como si hubieran sido dirigidos a una persona, en lugar de a un pueblo, es la causa de muchos de nuestros notables equívocos saturados de individualismo.

Esta organización social que han desobedecido tanto Israel como la Iglesia, quiere Dios que conserve en su praxis el eco de la liberación de Israel de debajo de la garra opresora del imperio faraónico, a la que el pueblo debía cuanto era y cuanto estaba llamado a ser. Nuestra salvación, por muy espiritualizada que muchos hayan tratado de reducirla, debería recuperar el sentido jubilar que Dios le ha dado. Él no ha cambiado ni cambiará.

De ahí que había de ponerse en libertad a los esclavos y perdonarse todas las deudas a los empobrecidos, haciendo memoria de que todos fueron pobres y esclavos, por cuanto la historia del pueblo de Dios vuelve a repetirse vez tras vez cuando se olvida el punto de partida de la liberación:

Deuteronomio 15:7-11, 15: “Cuando haya en medio de ti menesteroso de alguno de tus hermanos en alguna de tus ciudades, en la tierra que YHVH tu Dios te da, no endurecerás tu corazón, ni cerrarás tu mano contra tu hermano pobre, sino abrirás a él tu mano liberalmente, y en efecto le prestarás lo que necesite. Guárdate de tener en tu corazón pensamiento perverso, diciendo: Cerca está el año séptimo, el de la remisión, y mires con malos ojos a tu hermano menesteroso para no darle; porque él podrá clamar contra ti a YHVH, y se te contará por pecado. Sin falta le darás, y no serás de mezquino corazón cuando le des; porque por ello te bendecirá YHVH tu Dios en todos tus hechos, y en todo lo que emprendas. Porque no faltarán menesterosos en medio de la tierra; por eso yo te mando, diciendo: Abrirás tu mano a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra... Y te acordarás de que fuiste siervo en la tierra de Egipto, y que YHVH tu Dios te rescató; por tanto, yo te mando esto hoy.”

Ahora bien, si estás pensando amigo lector, que Israel apenas observó estos aspectos de la Santa Ley de Dios, estás en lo correcto, del mismo modo que la cristiandad naciente los vivió

hasta volverse, como Israel, igualmente monárquica y desarrollar un sistema centrado y motivado por el afán por el lucro y la dominación.

El craso error de constituirse en monarquía, la vinculación de la religión establecida en maridaje desigual con el estado y el egoísmo de los enriquecidos fueron los elementos que jamás permitieron que se resolviera el problema del pauperismo.

Las consecuencias pronto llegaron a la nación, por cuanto siempre y sin excepción los hombres segamos lo que previamente hemos sembrado:

Jeremías 34:8-17: “Palabra de YHVH que vino a Jeremías, después que Sedequías hizo pacto con todo el pueblo de Jerusalem para promulgarles libertad; que cada uno dejase libre a su siervo y a su sierva, hebreo y hebrea; que ninguno usase a los judíos, sus hermanos, como siervos. Y cuando oyeron todos los príncipes, y todo el pueblo que había convenido en el pacto de dejar libre cada uno a su siervo y cada uno a su sierva, que ninguno los usare más como siervos, obedecieron y los dejaron. Pero después se arrepintieron, e hicieron volver a los siervos y a las siervas que habían dejado libres, y los sujetaron como siervos y siervas. Vino, pues, palabra de YHVH a Jeremías, diciendo: Así dice YHVH Dios de Israel: Yo hice pacto con vuestros padres el día que los saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre, diciendo: Al cabo de siete años dejará cada uno a su hermano hebreo que le fuere vendido; le servirá seis años, y lo enviará libre; pero vuestros padres no me oyeron, ni inclinaron su oído. Y vosotros os habíais hoy convertido, y hecho lo recto delante de mis ojos, anunciando cada uno libertad a su prójimo; y habíais hecho pacto en mi presencia, en la casa en la cual es invocado mi nombre. Pero os habéis vuelto y profanado mi nombre, y habéis vuelto a tomar cada uno a su siervo y cada uno a su sierva, que habíais dejado libres a su voluntad; y los habéis sujetado para que os sean siervos y siervas. Por tanto, así ha dicho YHVH: Vosotros no me habéis oído para promulgar cada uno libertad a su hermano, y cada uno a su compañero; he aquí que yo promulgo libertad, dice YHVH, a la espada y a la pestilencia y al hambre; y os pondré por afrenta ante todos los reinos de la tierra.”

Este texto, y otros semejantes, demuestran que este aspecto de la Santa Ley de Dios pocas veces fue puesta en práctica. El corazón del hombre no conoce ni orígenes ni adscripciones religiosas.

Por otra parte, cuando vamos a la legislación levítica apreciamos el resultado del “fracaso” de este método divino para la erradicación de la pobreza, y en este caso, como cuando hablamos de la Ley de Dios en general, no por causa de defecto en la legislación divina, sino por causa del pecado en el corazón del hombre.

En esto como en todo lo demás, la Ley de Dios es perfecta y convierte el alma, pero los corazones de los hombres son duros como la piedra.

No es la Ley Divina la que fracasa sino nuestro corazón endurecido el que la hace inoperante.

No obstante, y como se desprende del texto sacerdotal, nuestro Dios insiste en su método para equilibrar la economía de su pueblo:

Levítico 25:1-7: “YHVH habló a Moisés en el monte de Sinaí, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, la tierra guardará reposo para YHVH. Seis años sembrarás tu tierra, y seis años podarás tu viña y recogerás sus frutos. Pero el séptimo año la tierra tendrá descanso, reposo para YHVH; no sembrarás tu tierra, ni podarás tu viña. Lo que de suyo naciere en tu tierra segada, no lo segarás, y las uvas de tu viñedo no vendimiarás; año de reposo será para la tierra. Mas el descanso de la tierra te dará para comer a ti, a tu siervo, a tu sierva, a tu criado, y a tu extranjero que morare contigo; y a tu animal, y a la bestia que hubiere en tu tierra, será todo el fruto de ella para comer.”

Es evidente que la legislación sacerdotal no menciona la liberación de los esclavos y la remisión de las deudas cada siete años, pero introduce el año jubilar cada cincuenta años.

Levítico 25:8-16: “Y contarás siete semanas de años, siete veces siete años, de modo que los días de las siete semanas de años vendrán a serte cuarenta y nueve años. Entonces harás

tocar fuertemente la trompeta en el mes séptimo a los diez días del mes; el día de la expiación haréis tocar la trompeta por toda vuestra tierra. Y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis libertad en la tierra a todos sus moradores; ese año os será de jubileo, y volveréis cada uno a vuestra posesión, y cada cual volverá a su familia. El año cincuenta os será jubileo; no sembraréis, ni segaréis lo que naciere de suyo en la tierra, ni vendimiaréis sus viñedos, porque es jubileo; santo será a vosotros; el producto de la tierra comeréis. En este año de jubileo volveréis cada uno a vuestra posesión. Y cuando vendiereis algo a vuestro prójimo, o comprareis de mano de vuestro prójimo, no engañe ninguno a su hermano. Conforme al número de los años después del jubileo comprarás de tu prójimo; conforme al número de los años de los frutos te venderá él a ti. Cuanto mayor fuere el número de los años, aumentarás el precio, y cuanto menor fuere el precio, disminuirás el precio; porque según el número de las cosechas te venderá él. Y no engañe ninguno a su prójimo, sino temed a vuestro Dios; porque yo soy YHWH vuestro Dios. Ejecutad, pues, mis estatutos y guardad mis ordenanzas, y ponedlos por obra, y habitaréis en la tierra seguros; y la tierra dará su fruto, y comeréis hasta saciaros, y habitaréis en ella con seguridad.”

Dios conoce nuestros corazones y sabe que es lógico que su pueblo se pregunte qué va a poder comer en el séptimo año, y le da una respuesta contundente:

Levítico 25:20-22: “Y si dijereis: ¿Qué comeremos el séptimo año? He aquí no hemos de sembrar, ni hemos de recoger nuestros frutos; entonces yo os enviaré mi bendición el sexto año, y ella hará que haya fruto por tres años. Y sembraréis el año octavo, y comeréis del fruto añejo; hasta el año noveno, hasta que venga su fruto, comeréis del añejo.”

Aquí hallamos también la afirmación más clara y determinante de la posesión de la tierra:

Levítico 25:23: “La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es; pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo.”

Recuerdo aquel viaje a la tierra de Israel, hace ya más de treinta años, después de un cursillo de arqueología bíblica en un seminario teológico internacional en Bruselas en el que participamos un numeroso grupo de profesores de seminarios y colegios bíblicos europeos auspiciados por las *Asambleas de Dios*, cuando cada noche, después de la cena, recibíamos la visita de un conferenciante que nos hablaba sobre Israel desde las más variopintas perspectivas: El judío no religioso, el judío ortodoxo, el judío reformado, el judío mesiánico, el árabe palestino musulmán, el árabe palestino cristiano y el judío norteamericano residente en Israel, y creo que no me olvido de nadie.

La última noche en Jerusalem se nos pidió que cada uno de los cursillistas escribiéramos en un papelito una respuesta personal a la pregunta: “¿De quién es esta tierra?” La respuesta del grupo fue unánime: “Esta tierra es del Señor”. ¿Cuál no lo es?

En este contexto aparece la figura del “goel”, el “redentor” o “rescatador”, el pariente próximo que interviene para que la propiedad del endeudado no se pierda:

Levítico 25:25-28: “Cuando tu hermano empobreciere, y vendiere algo de su posesión, entonces su pariente más próximo vendrá y rescatará lo que su hermano hubiere vendido. Y cuando el hombre no tuviere rescatador, y consiguere lo suficiente para el rescate, entonces contará los años desde que vendió, y pagará lo que quedare al varón a quien vendió, y volverá a su posesión. Mas si no consiguere lo suficiente para que se la devuelvan, lo que vendió estará en poder del que lo compró hasta el año del jubileo; y al jubileo saldrá, y él volverá a su posesión.”

Naturalmente, aquí brota igualmente el sentido de la remisión del pecado, especialmente al considerar que el año jubilar comienza el décimo día del séptimo mes, es decir, en el *Día de la Expiación*.

Es evidente la relación íntima entre el perdón de los endeudamientos y la expiación del pecado. Separar lo espiritual de lo material, o en casos extremos presentar ambas realidades como excluyentes, no es nada más que el característico subterfugio de todo sistema religioso organizado.

Aunque la religión establecida llegó a olvidar el mandamiento del año jubilar, fueron los profetas quienes salvaguardaron su necesidad en medio de la creciente decadencia que había proyectado, como en nuestros días, el sentido y la realización de la liberación de los oprimidos y empobrecidos hacia un futuro escatológico no comprometedor. La teología escapista no es un invento reciente, sino que viene de antiguo.

Es muy significativo algo que suele pasar inadvertido a millones de cristianos por no haber sido instruidos al respecto por parte de los clérigos de turno, o bien por ser ignorantes o bien por ser sostenidos por el sistema imperante. Quizá por ambas cosas: El anuncio del año jubilar es denominado por el profeta Isaías “Buena Nueva”, es decir, “*Evangelio*”, aunque los traductores bíblicos quieran ocultarlo.

Isaías 61:1-3: “El Espíritu de YHVH el Señor está sobre mí, porque me ungió YHVH; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de YHVH.”

El año de gracia de nuestro Señor no es “*espiritual*” ahora y “*literal*” en el futuro escatológico, para no comprometer a los enriquecidos y acaudalados, a quienes no les molesta la justicia distributiva divina, siempre que no se aplique al *aquí* y al *ahora*, sino que se postergue a “*postmortem*”. Esto bastaría para que dejara de sorprendernos el hecho innegable de la asociación de todo sistema religioso a la muerte, y no a la vida.

Por eso es que el *Año de Gracia*, el *Jubileo*, coincide con la *Expiación*, con el perdón de las deudas y de los pecados.

La Buena Nueva, el Evangelio, el Año de la Buena Voluntad de Dios nuestro Señor es hoy, aquí y ahora, tan pronto haya corazones dispuestos a dejarse guiar por el Santo Espíritu del Eterno.

Naturalmente, los traductores vendidos al poder dominante han procedido con rapidez a cambiar el texto de la Oración de nuestro Señor, tradicionalmente conocida como el *Padrenuestro*, traicionando el original “*perdónanos nuestras deudas (griego ‘ofeilémata’, ‘débitos’, ‘deudas’)* como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores (griego ‘ofeilétais’)” por “*perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido.*”

De esa manera sutil, borrando el concepto de la deuda, del endeudamiento, de los endeudados, de los empobrecidos, y del perdón de la deuda para ser perdonados como el Señor nos ha perdonado, se puede mantener y apoyar un sistema absolutamente injusto y antisolidario, degenerado y caótico, en reiterada necesidad de ser puesto a salvo con los fondos del pueblo explotado, como está ocurriendo en nuestros días de la forma y maneras más evidentes y descaradas.

Así ha sido y es como el cristianismo organizado ha espiritualizado estas realidades objetivas sin que la mayoría se haya percatado del fraude, por cuanto los responsables de la enseñanza han sido a su vez deformados por quienes les precedieron y enseñaron, o bien sufragados por sus patrocinadores para distorsionar la verdad.

Nuestro Señor Jesucristo es el “*goel*”, el “*Redentor*”, el “*Rescatador*” de los pecados en la época mesiánica.

Vendrá pronto como Redentor de Sión, del pueblo de Jacob, para que se produzca el arrepentimiento de sus pecados:

Isaías 59:20-21: “Y vendrá el Redentor a Sión, y a los que se volvieron de la iniquidad en Jacob, dice YHVH. Y este será mi pacto con ellos, dijo YHVH: El Espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltaran de tu boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los hijos de tus hijos, dijo YHVH, desde ahora y para siempre.”

Cuando Jesús, al comienzo de su ministerio, llega a Nazaret, donde se había criado, entra en el día de reposo en la sinagoga de su pueblo, conforme a su costumbre, se levanta a leer la Sagrada Escritura, se le da el libro abierto por Isaías, y comienza a leer:

Lucas 4:18-21: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor. Y enrollando el libro, lo dio al ministro, y se sentó; y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él. Y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros.”

Es evidente que Jesús entiende que su ministerio es la realización del año jubilar, y lo manifiesta de manera especial liberando a los esclavizados por Satanás, sanando a los enfermos y perdonando pecados, lo cual escandaliza a todos los religiosos sostenidos por el sistema imperante.

Por eso es que en Jesús se dan todas las señales de la cercanía del Reino de Dios: Liberando, sanando, remitiendo deudas y pecados, y al volver al Padre, de quien vino, accede al Santuario Celestial como Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec, para oficiar por nosotros con mejores sacrificios hasta el día glorioso de su Segunda Venida con poder y gran gloria para tomar con Él a quienes le amamos y esperamos.

No nos hemos olvidado de María de Nazaret, pero hemos considerado que era menester hacer una incursión en la historia de la salvación para comprender el sentido profético de su cántico de alabanza. Sin su contexto histórico no habría tenido sentido para nosotros, como de hecho, tristemente, tampoco tiene sentido para muchos.

Ahora podemos volver a las palabras proféticas de nuestra amada hermana para considerar sus implicaciones.

María contempla al Señor esparciendo a los soberbios en el pensamiento de sus corazones; quitando de los tronos a los poderosos y exaltando a los humildes; colmando de bienes a los hambrientos y enviando vacíos a los enriquecidos; socorriendo a su siervo Israel y acordándose de la misericordia para con Abraham y sus descendencia para siempre. (Lucas 1:51-55).

Jesús debió haber escuchado muchas veces estas palabras de los labios de su amada madre. Las “*Bienaventuranzas*” son una clara demostración de ello.

La visión de María es del juicio de Dios que vendrá sobre los hijos de desobediencia. No debe extrañarnos, pues, que la visión de María de Nazaret como profetisa del Dios Altísimo haya sido completamente borrada tanto por católicos como por ortodoxos y protestantes, entendiéndose por sus agentes manipuladores en el largo curso de la historia de la Iglesia.

El canto de la joven Myriam está empapado por las palabras de los antiguos profetas de Israel, y de ellas se desprende claramente cuál es el origen de la riqueza diferenciante y el empobrecimiento de los débiles y vulnerables.

La interpretación meliflua y espiritualoide ha llevado a convertir a María de Nazaret en el catolicismo romano en una especie de entidad deificada, al estilo de los demiurgos griegos, mientras que en el protestantismo burgués ha sido sencillamente ignorada, dedicándose más a combatir las exageraciones romanistas que a afirmar la singularidad de esta amada hermana nuestra.

De forma consciente o inconsciente, toda relación de María con el profetismo ha sido absolutamente borrada con el propósito de hacer desaparecer sus implicaciones sociales.

Pocos serán los que recuerden este mandamiento de la Santa Ley de Dios:

Levítico 19:13: “No oprimirás a tu prójimo, ni le robarás. No retendrás el salario del jornalero en tu casa hasta la mañana.”

Levítico 19:33-34: “Cuando el extranjero (‘inmigrante’) morare con vosotros en vuestra tierra, no le oprimiréis. Como a un natural de vosotros tendréis al extranjero (‘inmigrante’) que more entre vosotros, y lo amarás como a ti mismo; porque extranjeros (‘inmigrantes’) fuisteis en la tierra de Egipto. Yo YHVH vuestro Dios.”

Deuteronomio 1:16-17: “Y entonces mandaré a vuestros jueces, diciendo: Oíd (‘las disputas’) entre vuestros hermanos, y juzgad justamente entre el hombre y su hermano (‘israelita’), y el extranjero (‘inmigrante’). No hagáis distinción (‘parcialidad’) de persona en el juicio; así al pequeño como al grande oiréis; no tendréis temor de ninguno, porque el juicio es de Dios; y la causa que os fuere difícil, la traeréis a mi (‘a Moisés’), y yo la oiré.”

El hebreo “*ger*”, es el castellano “*extranjero*”, “*foráneo*” e “*inmigrante*”. Y los textos que muestran la ira de Dios sobre quienes maltratan al inmigrante son muy claros y contundentes en las Escrituras:

Salmo 94:3-7: “¿Hasta cuándo pronunciarán, hablarán cosas duras, y se vanagloriarán todos los que hacen iniquidad? A tu pueblo, oh YHVH, quebrantan, y a tu heredad afligen. A la viuda y al extranjero (‘inmigrante’) matan, y a los huérfanos quitan la vida. Y dijeron: No verá YHVH, ni entenderá el Dios de Jacob.”

Salmo 146:9: “YHVH guarda a los extranjeros (‘inmigrantes’); al huérfano y a la viuda sostiene, y el camino de los impíos trastorna.”

Jeremías 7:5-7: “Pero si mejorareis cumplidamente vuestros caminos y vuestras obras; si con verdad hicieréis justicia entre el hombre y su prójimo, y no oprimiereis al extranjero (‘inmigrante’), al huérfano y a la viuda, ni en este lugar derramareis la sangre inocente, ni anduviereis en pos de dioses ajenos para mal vuestro, os haré morar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres para siempre.”

Ezequiel 22:29-31: “El pueblo de la tierra usaba de opresión y cometía robo, al afligido y menesteroso hacía violencia, y al extranjero (‘inmigrante’) oprimía sin derecho. Y busqué entre ellos hombre que hiciese vallado y que se pusiese en la brecha delante de mí, a favor de la tierra, para que yo no la destruyese; y no lo hallé. Por tanto, derramaré sobre ellos mi ira; con el ardor de mi ira los consumí; hice volver el camino de ellos sobre su propia cabeza, dice YHVH el Señor.”

Ezequiel 47:22-23: “Y echaréis sobre ella suertes por heredad para vosotros, y para los extranjeros (‘inmigrantes’) que moran entre vosotros, que entre vosotros han engendrado hijos; y los tendréis como naturales entre los hijos de Israel; echarán suertes con vosotros para tener heredad entre las tribus de Israel. En la tribu en que morare el extranjero (‘inmigrante’), allí le daréis su heredad, ha dicho YHVH el Señor.”

Malaquías 3:5: “Y vendré a vosotros para juicio; y seré pronto testigo contra los hechiceros y adúlteros, contra los que juran mentira, y los que defraudan en su salario al jornalero, a la viuda y al huérfano, y los que hacen injusticia al extranjero (‘inmigrante’), no teniendo temor de mí, dice YHVH de los ejércitos.”

La relación entre la rapiña, la violencia, la opresión y la soberbia racista y xenófoba no puede ser más evidente:

Salmo 62:10: “No confiéis en la violencia, ni en la rapiña; no os envanezcáis; si se aumentan las riquezas, no pongáis el corazón en ellas.”

Salmo 72:4: “Juzgará a los afligidos del pueblo, salvará a los hijos del menesteroso, y aplastará el opresor.”

La descripción profética de Isaías trae a nuestra mente muchos de los elementos paralelos que se dan en nuestro mundo y su caótica sociedad, así como el juicio que habrá de venir sobre todos los explotadores hijos de desobediencia:

Isaías 5:8-16, 20-25: ¡Ay de los que juntan casa a casa, y añaden heredad a heredad hasta ocuparlo todo! ¿Habitareis vosotros solos en medio de la tierra? Ha llegado a mis oídos de parte de YHVH de los ejércitos, que las muchas casas han de quedar asoladas, sin morador las grandes y hermosas. Y diez yugadas de viña producirán un bato, y un homer de semilla producirá un efa. (esto significa que tres hectáreas producirán un solo tonel, y diez medidas de semilla darán por fruto una sola) ¡Ay de los que se levantan de mañana para seguir la embriaguez; que se están hasta la noche, hasta que el vino los enciende! Y en sus banquetes hay arpas, vihuelas, tamboriles, flautas y vino, y no miran la obra de YHVH, ni consideran la obra de sus manos. Por tanto, mi pueblo fue llevado cautivo, porque no tuvo conocimiento; y su gloria pereció de hambre, y su multitud se secó de sed. Por eso ensanchó su interior el Seol, y sin medida extendió su boca; y allá descenderá la gloria de ellos, y su multitud, y su fausto, y el que en él se regocijaba. Y el hombre será humillado, y el varón será abatido, y serán bajados los ojos de los altivos. Pero YHVH de los ejércitos será exaltado en juicio, y el Dios Santo será santificado con justicia... ¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo! ¡Ay de los sabios en sus propios ojos, y de los que son prudentes delante de sí mismos! ¡Ay de los que son valientes para beber vino, y hombres fuertes para mezclar bebida; los que justifican al impío mediante cohecho, y al justo quitan su derecho! Por tanto, como la lengua de fuego consume el rastrojo, y la llama devora la paja, así será su raíz como podredumbre, y su flor se desvanecerá como polvo; porque desecharon la ley de YHVH de los ejércitos y abominaron la palabra del Santo de Israel. Por esta causa se encendió el furor de YHVH contra su pueblo, y extendió contra él su mano, y le hirió; y se estremecieron los montes, y sus cadáveres fueron arrojados en medio de las calles. Con todo esto no ha cesado su furor, sino que todavía su mano está extendida.”

Los *fuertes*, es decir, los poderosos explotadores pasarán como el polvo y el tamo que son arrastrados por el viento para disolverse en un momento, en el Gran Día de Dios:

Isaías 29:5: “Y la muchedumbre de tus enemigos será como polvo menudo, y la multitud de los fuertes como tamo que pasa; y será repentinamente, en un momento.”

Hay en la profecía de Isaías una referencia específica a la mujer indolente de la alta clase social explotadora de los empobrecidos; esas que son admiradas por las “*cenicientas*” que aspiran a llegar a ser como sus protagonistas de la prensa del corazón con sus fotos de la “*jet set*” y la “*beautiful people*”:

Isaías 32:9-17: “Mujeres indolentes, levantaos, oíd mi voz; hijas confiadas, escuchad mi razón. De aquí a algo más de un año tendréis espanto, oh confiadas; porque la vendimia faltará, y la cosecha no vendrá. Temblad, oh indolentes; turbaos, oh confiadas; despojaos, desnudaos, ceñid los lomos con cilicio. Golpeándose el pecho lamentarán por los campos deleitosos, por la vid fértil. Sobre la tierra de mi pueblo subirán espinos y cardos, y aun sobre todas las casas en que hay alegría en la ciudad de la alegría. Porque los palacios quedarán desiertos, la multitud de la ciudad cesará; las torres y fortalezas se volverán cuevas para siempre, donde descansen asnos monteses, y ganados hagan majada, hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto, y el desierto se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque. Y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morará la justicia. Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre.”

Isaías 60:18: “Nunca más se oirá en tu tierra violencia, destrucción ni quebrantamiento en tu territorio, sino que a tus muros llamarás Salvación (hebreo: ‘Yeshúa’), y a tus puertas Alabanza.”

El profeta Ezequiel aclara perfectamente a qué clase de violencia se refiere en este contexto la Sagrada Escritura:

Ezequiel 45:9: “Así ha dicho YHVH el Señor: ¡Basta ya, oh príncipes de Israel! Dejad la violencia y la rapiña. Haced juicio y justicia; quitad vuestras imposiciones de sobre mi pueblo, dice YHVH el Señor.”

Amós 3:10: “No saben hacer lo recto, dice YHVH, atesorando rapiña y despojo en sus palacios.”

De nuevo se dirige la Palabra del Señor a las mujeres indolentes, engordadas por su vida acomodada y ociosa:

Amós 4:1-3: “Oíd esta palabra, vacas del Basán, que estáis en el monte de Samaria, que oprimís a los pobres y quebrantáis a los menesterosos, que decís a vuestros señores: Traed, y beberemos. YHVH el Señor juró por su santidad: He aquí, vienen sobre vosotras días en que os llevarán con ganchos, y a vuestros descendientes con anzuelos de pescador; y saldréis por las brechas una tras otra, y seréis echadas del palacio, dice YHVH.”

Con las palabras sencillas características de los profetas, Amós describe la forma en que se constituye el capital, la explotación de los débiles y el justo juicio de Dios que ha de venir sobre los que substituyen la justicia divina por el espolio y la rapiña, la corrupción del sistema judicial establecido para el sostenimiento y perpetuidad de la sociedad estructurada y regida por los poderosos centrados en el afán por el lucro y la dominación:

Amós 5:7-12: “Los que convertís en ajeno el juicio, y la justicia la echáis por tierra, buscad al que hace las Pléyades y el Orión, y vuelve las tinieblas en mañana, y hace oscurecer el día como noche; el que llama a las aguas del mar, y las derrama sobre la faz de la tierra; YHVH es su nombre; que da esfuerzo al despojador sobre el fuerte, y hace que el despojador venga sobre la fortaleza. Ellos aborrecieron al reprensor en la puerta de la ciudad, y al que hablaba lo recto abominaron. Por tanto, puesto que vejáis al pobre y recibís de él carga de trigo, edificasteis casas de piedra labrada, mas no las habitaréis; plantasteis hermosas viñas, mas no beberéis el vino de ellas. Porque yo sé de vuestras muchas rebeliones, y de vuestros grandes pecados; sé que afligís al justo, y recibís cohecho, y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres.”

Lo mismo nos llega de la profecía de Habacuc, Miqueas y Malaquías. Sus descripciones de la sociedad de entonces nos revelan las grandes similitudes respecto al mundo en que vivimos:

Habacuc 1:4: “La ley es debilitada, y el juicio no sale según la verdad; por cuanto el impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia.”

Miqueas 2:1-13: “¡Ay de los que en sus camas piensan iniquidad y maquinan el mal, y cuando llega la mañana lo ejecutan, porque tienen en su mano el poder. Codician las heredades, y las roban; y casas, y las toman; oprimen al hombre y a su casa, al hombre y a su heredad. Por tanto así ha dicho YHVH: He aquí yo pienso contra esta familia un mal del cual no sacaréis vuestros cuellos, ni andaréis erguidos; porque el tiempo será malo. En aquel tiempo levantarán sobre vosotros refrán, y se hará endecha de lamentación, diciendo: Del todo fuimos destruidos; él ha cambiado la porción de mi pueblo. ¡Cómo nos quitó nuestros campos! Los dio y los repartió a otros. Por tanto, no habrá quien a suerte reparta heredades en la congregación de YHVH. No profeticéis, dicen a los que profetizan; no les profeticen, porque no les alcanzará vergüenza. Tú que te dices casa de Jacob, ¿se ha acortado el Espíritu de YHVH? ¿Son estas sus obras? ¿No hacen mis palabras bien al que camina rectamente? El que ayer era mi pueblo, se ha levantado como enemigo. De sobre el vestido quitasteis las capas atrevidamente a los que pasaban, como adversarios de guerra. A las mujeres de mi pueblo echasteis fuera de las casas que eran su delicia; a sus niños quitasteis mi perpetua alabanza. Levantaos y andad, porque no es este el lugar de reposo, pues está contaminado, corrompido grandemente. Si alguno andando con espíritu de falsedad mintiere diciendo: Yo te profetizaré de vino y de sidra; este tal será el profeta de este pueblo. De cierto te juntaré todo, oh Jacob; recogeré ciertamente el resto de Israel; lo reuniré como ovejas de Bosra, como rebaño en medio de su aprisco; harán estruendo por la multitud de hombres. Subirá el que abre caminos delante de ellos; abrirán camino y pasarán la puerta, y saldrán por ella; y su rey pasará delante de ellos, y a la cabeza de ellos YHVH.”

Llevamos años profetizando que vendrían las desdichas e infortunios que están asolando nuestra nación y otras de nuestro entorno por causa de la expansión de la hechicería y todas las demás mancias y abominaciones según Dios, el adulterio y toda clase de permisividades sexuales, la explotación de los debilitados y empobrecidos y la diferencia de leyes para los naturalizados y para los extranjeros, entiéndase los pobre inmigrantes, hasta el punto de negarles el acceso a la sanidad pública, como ya está aconteciendo en nuestros días, ante la pasividad del pueblo cristiano.

Dios no puede ver semejante situación con agrado, sino que, antes bien, el clamor de los explotados, hoy como antaño, penetrará en los oídos de nuestro Señor hasta provocar el despertar el furor del Eterno.

Esto se está haciendo patente y se hará mucho más severo en el tiempo cercano. Pero ni los “*misioneros*” ni la iglesia por ellos instruida se levanta para denunciar semejantes tropelías. La cristiandad de nuestro entorno seguirá ocupada en lo suyo, en sus intereses mezquinos, en su espiritualización ajena a las realidades inmediatas.

Es dentro de este amplio contexto profético donde podemos hallar la base para comprender el alcance de las palabras de María de Nazaret en su canto y aceptarla como profetisa.

JESÚS FRENTE A LA RELIGIÓN MANIPULADA Y MANIPULADORA.

“La persecución no es una característica original de ninguna religión, pero siempre se vuelve la característica más destacada de todas las religiones establecidas por ley.”

Thomas Peine

(1737-1809)

Jesús, el pobre de Nazaret, el que siendo rico se hizo pobre para enriquecer a los empobrecidos, estuvo siempre y sin excepción de parte de los oprimidos:

2ª Corintios 8:9: “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.”

Sin embargo, la iglesia institucionalizada y vendida a los poderes seculares y fácticos desde los días de los emperadores *Constantino el Grande* y *Teodosio* (siglos IV y V respectivamente), casi nunca ha sintonizado con los intereses, anhelos, esperanzas y sufrimientos de los pueblos de la tierra.

Desde los días de estos dos emperadores que acabamos de citar, el cristianismo se convirtió en la ideología que proporcionaba el elemento por excelencia de cohesión al imperio. Política y religión comenzaron a ir unidas a partir de aquellos momentos.

Aquel fue el gran paso dado por el sistema religioso romano, cuyo fundamento principal era el culto obligado al emperador, primero divinizado tras su fallecimiento, y después durante su propia vida, partiendo de *Augusto César*, es decir, del “*divino César*”, quien representaba el signo supremo de sumisión a las leyes de Roma por parte de todos los pueblos conquistados por ella. Así ha sido como la divinización del estado secular o del partido político de turno han venido dándose en el curso de la historia.

Siglos después, en los fragmentos del Sacro Imperio Romano-Germánico, en la Edad Media, nos encontramos con una Iglesia inmersa en la sociedad teocéntrica y jerarquizada a semejanza del modelo celestial aristotélico-platónico.

De ese modo los obispos podían ser simultáneamente dirigentes espirituales y señores feudales, consejeros de la corona y terratenientes. De hecho, esa ha sido su política desde entonces hasta nuestro presente. Y ese terreno parcialmente perdido es el objetivo y meta de

recuperación de la religión organizada, más evidente y con mayores posibilidades de realización en el catolicismo romano que en sus hijas deformes, las iglesias protestantes.

Las congregaciones sencillas del nacimiento de la cristiandad, en las que la fraternidad y la igualdad por encima de la condición social de cada hombre habían maravillado al mundo, eran ya cosa del pasado, habiendo desaparecido para dar lugar a una sociedad de clases que la Iglesia oficializada legitimaba entonces como hoy.

Cuando llegó el *Renacimiento* acontecieron varios hechos importantes, entre los cuales destacan dos sucesos verdaderamente trascendentales para la cristiandad. El primero de ellos fue el enfrentamiento con el mundo de la ciencia, cuando *Galileo* probó que la hipótesis de *Copérnico* sobre el heliocentrismo era una teoría. Corría el año 1543.

El enfrentamiento entre la “fe” de la Iglesia institucionalizada –no la confundamos con la “fe” don de Dios, del cual Jesucristo es Autor y Consumador- y la razón llegaría en los días ilustrados de la *Revolución Francesa* a producir la separación definitiva de dos ámbitos que hasta el día de hoy cuesta reconciliar: El religioso y el científico-filosófico. Intelectuales, como *Voltaire* y *Diderot* pondrían las bases del ateísmo antropológico y científico que persiste en amplios sectores hasta nuestros días.

Aquella Iglesia orgullosa y soberbia, fruto de la unión del púlpito y el trono, de la cruz y de la espada, temerosa de enfrentarse a los hechos por su falta de seguridad en la fe, había condenado a *Galileo* y seguiría por el camino de condenar y tratar de desprestigiar a cuantos procuraron explicar este universo nuestro.

Las masas fueron confundiendo el mensaje religioso con quienes lo impartían. Aquí sí que podemos decir que “*el bebé fue tirado junto con el agua del baño*”.

El segundo de los hechos transformadores fue la *Reforma del siglo XVI* acometida por el fraile agustino *Martín Lutero*, en la que se materializaron muchas de las aspiraciones y anhelos de muchos reformistas anteriores.

Aquello aconteció en medio de muchas luchas políticas por los intereses de los poderes enfrentados, por una parte los del emperador *Carlos I de España y V de Alemania*, si bien sería más correcto decir, ya que Alemania no existía en aquellos días, *Carlos V emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico*, por cuanto *Carlos* era nieto de *Carlomagno* y su heredero, y por otra parte los intereses de los príncipes electores que se verían amenazados por la verdadera y radical transformación de la Iglesia por parte de los *anabautistas* y otros grupos tan distantes de Roma como del Protestantismo.

Ahora nos encontramos comenzando la segunda década del siglo XXI en una vieja y cansada Europa en la que la oligarquía de las naciones que la forman pretenden unir los pedazos del *Sacro Imperio Romano-Germánico* para edificar una sola nación, entiéndase una sola economía, mientras esos mismos poderes fácticos buscan la manera de alcanzar la unidad dentro de la diversidad, ignorantes de que ese es un imposible, por cuanto no puede haber unidad dentro de la diversidad, sino antes bien diversidad dentro de la unidad.

Después de haberse escondido y parapetado temblando ante la posibilidad de una recesión económica, Europa y el resto del mundo occidental han cerrado sus ojos a la injusticia en las naciones del llamado “*Tercer Mundo*” donde mueren cada día cuarenta mil niños directa o indirectamente por causa de las hambrunas, mientras esta tierra del Señor continúa produciendo suficientes alimentos para satisfacer las necesidades del doble de la población mundial.

Y cuando nos hemos querido dar cuenta, la recesión se había disparado hasta convertirse en una crisis galopante, como ya anteriormente ha ocurrido en los ciclos en que el capitalismo, un sistema basado en el afán por el lucro y la dominación –no nos cansamos de repetirlo- no ha tenido más remedio que generar por su avaricia supina. Es su esencia, Es su núcleo. No se puede esperar de él otra cosa.

Todos los sistemas religiosos proponen un mundo de amor y paz, comprendido el cristianismo organizado, pero su praxis poco tiene que ver con semejantes propósitos.

Todos cuantos hemos acometido la labor de estudiar e investigar dichos sistemas, pronto hemos hallado la incoherencia entre los aparentes valores éticos y morales propugnados, realmente elevados, que aparecen en las expresiones doctrinales de los mismos y la realidad de su quehacer.

¿Por qué? Creemos que la razón se debe a que las religiones organizadas, y entre ellas el cristianismo, no están en manos de los pueblos que afirman profesarlas. Sus dirigentes son “*submarinos amarillos*” del sistema económico dominante, siempre y sin excepción, lo cual no quiere decir que los individuos que las constituyen, y muy especialmente quienes las lideran, sean siempre plenamente conscientes de cuáles son dichos objetivos y para quiénes realmente trabajan. Nosotros lo hemos experimentado en nuestra propia carne. Así de parvos hemos venido siendo.

El giro de los sistemas religiosos en torno a sí mismos hace olvidar que su labor primordial ha de ser la defensa de la persona como valor fundamental, y no el fortalecimiento de sus instituciones, constituciones y estructuras jerárquicas.

Cuando olvidamos que Jesús de Nazaret nos ha enseñado a verle en el empobrecido, en el marginado por la enfermedad o la cárcel, en el hambriento y el sediento y el desnudo, nuestra teología se convierte en un ejercicio de meras teorías, de palabrería para discursos preparados bien pertrechados en nuestros gabinetes, que en nada van a contribuir al deseado derrumbamiento del inmenso desorden establecido.

Aquí hallamos el caldo de cultivo en que se genera una auténtica esquizofrenia entre los cristianos aborregados, acomodados y aburguesados. No puede ser de otra manera cuando con nuestros labios decimos amar a Dios con todo nuestro ser, mientras el apego a los ídolos y fetiches, el principal de los cuales es el dinero, se fortalece cada día más, lo que no permite reparar en los necesitados, injusticiados, empobrecidos y marginados.

Desde nuestra perspectiva cristiana no podemos olvidar que nuestro Señor Jesucristo fue más allá, no de la insuperabilidad de la Santa Ley de Dios, que es perfecta y convierte el alma, pero sí de la interpretación legalista y nacionalista de la misma por amor al hombre, poniendo a la persona por delante de los preceptos legales descarnados.

Aquí conviene que tengamos muy presente que con la mirada puesta en nuestro Señor Jesucristo, la opción preferencial por los empobrecidos, debilitados y marginados no puede ser sólo antropocéntrica, sino teocéntrica.

De ahí que la síntesis de la Ley Divina y los profetas sea amar a Dios *desde* el corazón, el alma y la mente, y a nuestro prójimo como nos amamos a nosotros mismos.

Por eso el amor radical que Jesús de Nazaret nos muestra y nos capacita para ejercer no ha de ser sólo para el empobrecido, sino también para el explotador que genera la miseria de muchos para el enriquecimiento de unos pocos; no sólo para el esclavizado que hemos de liberar, sino también para el esclavizador; no sólo para el oprimido, sino también para el opresor.

Así es como se puede comprender el alcance del mandamiento de Jesucristo de amar, orar y bendecir a nuestros enemigos.

Por eso es que muchos pueblos que han sido liberados en el curso de la historia, una vez libres se han vuelto explotadores e incluso asesinos etnocidas; y el cristianismo organizado no ha sido excepcional al respecto. Sólo tenemos que recordar el comportamiento de las iglesias en las colonias de las potencias europeas en África y América.

Amar a Dios en abstracto, sin un rostro concreto, no compromete a nadie ni a nada, del mismo modo que la mayoría, por no decir todas las discusiones teológicas en el curso de la historia de la Iglesia, no han servido ni para comprometer ni para actuar a favor de los empobrecidos y

marginados, sino que no han pasado de ser la ejercitación de la mente en un quehacer filosófico para los acomodados que no tuvieron que pensar en ganarse las habichuelas de cada día.

Sin embargo, como cristianos sabemos, porque Jesús de Nazaret nos lo ha enseñado con suma claridad, que sencillamente no es posible amar a Dios, a quien no vemos, si no amamos la huella de Dios por excelencia, la más manifiesta señal de Dios nuestro Señor entre nosotros, que es el hombre hermano, a quien sí podemos ver.

Lo que le hagamos al hermano se lo hacemos a Jesucristo, y lo que hacemos a nuestro Señor se lo hacemos a nuestro Padre. De ahí se desprende que el fundamento del verdadero amor al hermano se sustenta en Dios, de manera que el encuentro del hombre con Dios es el encuentro del hombre con el hombre como hermano amado.

Si no hay amor al hermano, no puede darse el amor a Dios. La síntesis de la Santa Ley de Dios que Jesús nos enseña son dos instancias que no sólo no se excluyen, sino que se reclaman recíprocamente.

Eso implica que Jesucristo no sólo es camino al Padre Eterno, sino también camino al corazón del hermano y al nuestro propio.

LA PERVERSIÓN QUE EL CRISTIANISMO ORGANIZADO HA SILENCIADO Y SIGUE HACIÉNDOLO.

“No puede haber espíritu amoroso si no hay economía amorosa”.

(No recuerdo dónde lo he leído, pero es de un apabullante sentido común).

Joaquín Yebra.

Pocas ideologías mejoran al ser puestas en práctica. La inmensa mayoría se corrompen tan pronto se vuelven ley. Esto fue lo que aconteció con el cristianismo desde los días del emperador *Constantino I el Grande* a partir del *Edicto de Milán* en el 313 d.C., y definitivamente con el *Edicto de Tesalónica* promulgado en el 380 d.C. por su sucesor, el emperador *Teodosio*.

La oficialización de la religión cristiana por parte del Imperio Romano supuso un intento desesperado por parte del estado secular por preservar el control de la población de sus amplios territorios bajo una unidad inquebrantable basada en una creencia que llenara el vacío ideológico del sistema.

Aquí conviene tengamos presente que la caída del imperio romano ha sido un invento de los filósofos de la Ilustración y de los historiadores de la decadencia del siglo XVIII. Este derrumbamiento no aconteció en una fecha precisa, como si hoy estuviera en su apogeo y mañana hubiera dejado de existir.

La fecha del 476, que suele ser la que aparece en los manuales de historia, cuando *Odoacro* destituyó a *Romulus Augustus*, marcando el comienzo de la tenida por oscura *Edad Media*, no responde a la realidad de los hechos. La prueba la hallamos en que un siglo después, el emperador *Teodorico* continuaba considerándose *César* del imperio. Si tú, amable lector, has observado que no escribimos “*imperio*” con letra inicial mayúscula, no lo atribuyas a desconocimiento de las normas gramaticales actuales de la lengua castellana, sino sencilla y llanamente que no nos da la gana hacerlo.

El derrumbe del imperio aconteció a lo largo de muchos siglos, tal y como ha sucedido y sigue pasando con los sucesivos imperios, comprendidos los actuales. El colapso del romano comenzó a finales de la *República* (509 a.C. – 27 a.C.), cuando, siguiendo las palabras que nos han llegado de *Tito Livio*, ya no podía hacerse absolutamente nada para remediar la situación.

Un momento digno de nuestra consideración especial es la crisis del siglo IV y la enorme afluencia de inmigrantes que llegaron a las urbes romanas en busca de trabajo. Cualquier observador se percata de la similitud de estas condiciones con las que nos enfrentamos en la actualidad, y además dentro del mismo territorio.

Para muchos historiadores, si tuviéramos que dar una fecha segura para el derrumbamiento del imperio romano, la de 1453, con la caída de *Constantinopla*, o el año 1806 y la abolición del *Sacro Imperio Romano-Germánico* realizada por *Napoleón*, serían más acertadas, e incluso para algunos octubre del año 1917 o noviembre de 1918, fechas que marcan el fin de los últimos *césares*, el *Zar* del imperio ruso y el *Káiser* de la recién constituida nación alemana como estado moderno, respectivamente, responderían mucho más a la realidad del derrumbamiento del imperio romano y sus reminiscencias.

Pero ahondando más en los hechos, hemos de preguntarnos si hemos salido verdaderamente del imperio. Con toda humildad, me siento absolutamente solidario con quienes afirman que seguimos estando dentro del plano fantasmagórico en que dicho imperio continúa existiendo, agazapado bajo otros nombres y títulos que pasan inadvertidos a la mayoría, como es el caso de las “*Institutas*” de *Justiniano*, del *Derecho Romano*, del *imperio papal romano* y su influencia directa u oculta sobre muchos estados y gobiernos del mundo.

Serán los historiadores del futuro, si es que llega a haberlos, quienes hablarán sobre el derrumbe de la civilización occidental. Y el último de los acontecimientos políticos –los cósmicos están revelados en las palabras de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio- antes de la Segunda Venida de Cristo será el desmoronamiento del imperio de *Carlomagno*, la “*Eurolandia*”, que no es precisamente un parque de atracciones de la *Wagner*, sino la última coletilla del imperio romano, y que perdura hasta el presente con clarísimos signos de disgregación generada por el individualismo económico y cultural.

Hoy contemplamos boquiabiertos, quienes todavía bostezamos no por sueño ni apetito, el desquite de los dueños del sistema sobre los trabajadores y nuestras costosas conquistas sociales, mientras organizan con palos de ciego lo que algunos ya han llamado el “*capitalismo del desastre*”. Como dijera *Margaret Thatcher* el día 31 de octubre del año 1987, en la revista “*Women’s Own Magazine*”, “*Vosotros sabéis que la sociedad ya no existe. Hay individuos, hombres y mujeres, hay familias, pero ningún gobierno puede actuar si no es a través de los individuos que comienzan a ocuparse de ellos mismos.*” Esto es lo que en lenguaje vulgar todos los españoles conocemos por “*marica el último*”. Perdón por emplear un término vulgar, pero es la mejor forma que se me ocurre de expresar algo que, de lo contrario, requeriría muchas palabras.

Una moneda única sin una política social adecuada, sin política fiscal adecuada, sin política industrial adecuada, sin una política ecológica adecuada, no podrá nada más que crear tensiones que irán en aumento día a día. Y cuando las regiones con anhelo de convertirse en naciones, algo que fueron antes de entrar a formar parte de nuestro cacareado “*tanto monta, monta tanto*”, proponen hacer una consulta al pueblo sobre su opción por la independencia, los energúmenos de siempre aducen que semejante despropósito no puede realizarse por ir en contra de nuestra Constitución, pero no aluden a que esa misma Constitución garantiza el derecho al trabajo y a una vivienda digna. Parece que eso no lo han leído los que llevan generaciones chupando del bote.

Pero volviendo a nuestro tema principal, los numerosos concilios celebrados en los años siguientes a *Teodosio* fueron inventado nuevos postulados separándose de las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, tanto en el llamado Antiguo Testamento, es decir, en las Escrituras Hebreas, como en las Escrituras Griegas del Nuevo Testamento.

Un poema en prosa de *Rabindranath Tagore*, tomado de su obra titulada “*La Cosecha*”, nos sirve para explicar cuál fue el cambio experimentado por la cristiandad transformada en cristianismo organizado:

“Señor, el santo Narottam nunca se digna venir a tu templo real –dijo al rey su sirviente-. Si fueras a la arboleda del camino verías a la gente atropellarse por oír sus alabanzas a Dios,

como enjambres de abejas alrededor de un loto blanco. ¡Y el templo, en tanto, está vacío; sin servicio el dorado tarro de miel!”

El rey, mortificado en su corazón, se fue al campo donde Narottam oraba sentado en la hierba, y le dijo: “Padre, ¿por qué te sientas en el polvo del campo para predicar el amor de Dios, y no vas al templo de la cúpula de oro?”

“Porque Dios no está en el templo”, respondió Narottam.

El rey, ceñudo, dijo: ¿No sabes que se gastaron veinte millones de oro en levantar la maravilla; que fue consagrado con los más costosos ritos?”

“Sí, respondió Narottam, lo sé. Fue en aquel año en que el fuego devastó tu pueblo, y millares de pobres vinieron en vano a pedir a tu puerta. Decía Dios: ‘¡Miserable ser que no puede dar casa a sus hermanos, y quiere levantar la mía!’ Y Dios se fue con los desvalidos, bajo los árboles del camino. Esa pompa de oro que tú dices, no tiene dentro más que el vaho caliente de tu orgullo”.

Lleno de ira, el rey le gritó: ¡Vete de mi reino!”

El santo le respondió, sereno: “Sí, me destierras a donde desterraste a mi Dios.”

El cristianismo organizado lleva siglos empeñado baldíamente en buscar a Dios fuera de la vida. Los filósofos disfrazados de teólogos siguen desempeñándose en dos ámbitos enfrentados, lo sagrado y lo profano, lo espiritual y lo material. Han inducido a millones a caer en la tentación de creer que hay lugares sagrados, montes santos, templos espirituales donde el hombre puede experimentar un encuentro con Dios, mientras que en los demás lugares del mundo, en los sitios de la vida, todo es profano, y sólo le es posible al hombre encontrarse con otros hombres.

Así es como puede darse el frecuente caso de levantar casas de oro para Dios, mientras que los empobrecidos carecen de techo. De ese modo es como puede llevarse al ídolo lo que se le niega al hermano en necesidad.

El testimonio bíblico nos muestra claramente que los profetas del Antiguo Testamento fueron contundentes en su condena de la separación entre lo espiritual y lo profano. Podemos hallar un resumen de su proclama en estas palabras del profeta Isaías:

Isaías 1:10-20: “Príncipes de Sodoma, oíd la palabra de YHVH; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿Para qué me sirve, dice YHVH, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién demandas esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para hollar mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes. Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituid al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, dice YHVH, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisierais y oyereis, comeréis el bien de la tierra; si no quisierais y fuereis rebeldes, seréis consumidos a espada; porque la boca de YHVH lo ha dicho.”

La contundencia en la Palabra de Dios es sumamente clara, sin posibilidad de falsas interpretaciones, escapismos ni piruetas exegéticas para hacer decir a la Sagrada Escritura lo que nos apetezca a nosotros y concuerde con nuestros intereses.

Es una llamada de rechazo de la separación de la religión establecida y la vida real. El profeta tiene una visión muy clara de que solamente tienen derecho a buscar a Dios aquellos que le

vieron en el hermano, particularmente en el agraviado y endeudado, el empobrecido, el marginado, el debilitado, cuyos representantes contextuales más inmediatos son el huérfano y la viuda.

Los ejemplos en los textos de los profetas del Antiguo Testamento son muy abundantes y todos concuerdan:

Amós 5:21-24: “Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré a las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quitá de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos. Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo.”

Muchos son quienes continúan ignorando que la Biblia tiene mucha más tierra que cielo. Pero cuando hacemos una aproximación sin prejuicios a las Sagradas Escrituras pronto comprendemos que Jesús de Nazaret deshizo con su vida y sus palabras, con sus acciones y gestos, los ámbitos excluyentes de lo sagrado y lo profano, es decir, la gran estratagema que el poder emplea en las estructuras opiáceas de la religión organizada.

Nuestro Señor no revela a un Dios que se encierra en los templos hechos de manos humanas, sino en el centro de la vida de los hombres, cualesquiera que sea su condición, sean religiosos o no.

Recordemos la escena evangélica de aquella mujer samaritana que se aproximó a Jesús y le preguntó cuál debía ser el lugar verdaderamente sagrado en el que adorara a Dios. ¿Había de ser en el templo del monte de Jerusalem, como sostenían las autoridades religiosas hebreas, o en el templo sobre el monte Gerizim, como sostenían los dirigentes samaritanos?

En realidad, lo que aquella mujer estaba preguntando significaba querer saber cuál era la religión verdadera?

No hay en la respuesta de Jesús de Nazaret ni un atisbo de religión organizada, de cualquiera de los “ismos” ni de entonces ni de los por venir.

Juan 4:21-24: “Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene (literalmente: ‘ha venido ya’) cuando ni en este monte ni en Jerusalem adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en Verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en Espíritu y en Verdad es necesario que adoren.”

¡Qué magnífica ocasión para que nuestro Señor hubiera destacado una religión establecida, una corriente teológica, un sistema religioso cualesquiera! Pero absolutamente nada de eso salió de los labios del Maestro.

Jesús es *Maestro Espiritual*, no instaurador de religión organizada, ni nueva ni antigua. No pretende ser fundador de nada, sino fundamento. Para Jesús la verdadera religión y la más genuina liturgia se centran en la vida del hombre, de todos los humanos sin excepción.

Ese es el verdadero lugar sagrado, donde vamos a encontrar compañeros del viaje de la vida que precisan de nuestra compañía, de nuestra atención, de nuestro consuelo, de nuestro compartir, como nosotros del suyo.

La prueba de que nuestro Salvador fue comprendido de esa manera se desprende después en las páginas del Nuevo Testamento, y especialmente en los escritos del Apóstol Pablo, para quien el verdadero culto a Dios no es una función litúrgica, un rito ceremonial, sino la vida, las acciones comunes y diarias, las oportunidades de hacer “*justicia*” (griego ‘*eleemosyne*’). De ahí que Jesús nos inste a buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia.

Cuando en el Nuevo Testamento se emplean las voces “*culto*” (“*latreia*” y “*leitourgia*”), y “*sacrificio*” (“*zusía*”), nunca son términos que hagan referencia a un rito religioso, sino a la vida

misma. Por eso es que el sacrificio de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo no fue un rito litúrgico en el interior de un templo de la religión organizada por el poder, sino la entrega de su propia vida, el derramamiento de su sangre al aire libre, en el monte Calvario, junto a un estercolero en las afueras de la ciudad de Jerusalem.

El sacrificio de Jesucristo nos muestra la realidad de que todos los cristianos, participantes de su sacerdocio según el orden de *Melquisedec*, podemos y debemos ofrecer nuestra vida de la misma forma que Él lo hizo, para lo cual no se precisan templos ni ceremonias rituales, ni mucho menos el entramado de la religión establecida, sino que el mundo entero se convierte en templo y la vida cotidiana en la liturgia que agrada a Dios.

Así lo expresaba uno de los padres de la iglesia, *Orígenes* (185-284 d.C.), en una de sus homilías sobre el libro de Levítico:

“Tú que sigues a Cristo y que le imitas,
tú que vives de la Palabra de Dios,
Tú que meditas en su Ley noche y día,
Tú que te ejercitas en sus Mandamientos,
Tú estás siempre en el santuario y nunca sales de él.
Porque el santuario no hay que buscarlo en un lugar,
Sino en los actos, en la vida, en las costumbres.
Si son según Dios,
Si se cumplen conforme a su mandato,
Poco importa que estés en tu casa o en la plaza,
Ni siquiera importa que te encuentres en el teatro;
Si sirves al Verbo de Dios,
Tú estás en el templo,
No lo dudes.”

Veamos como describe la palabra apostólica de Pablo la praxis de las ofrendas de los cristianos de Corinto a favor de sus hermanos necesitados, y preguntémonos si esa praxis es la que hoy siguen las denominaciones del cristianismo organizado, si su razón de ser corresponde a las necesidades de los santos o más bien al sostenimiento de su propia estructura y subsistencia:

2ª Corintios 9:6-15: “Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra; como está escrito: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre. Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios. Porque la ministración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas

acciones de gracias a Dios; pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al Evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos; asimismo en la oración de ellos por vosotros, a quienes aman a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros. ¡Gracias a Dios por su don inefable!”

Aquí conviene que nos detengamos para considerar más detenidamente este vocablo, “*limosna*”, voz castellana transliterada del griego “*eleemosyne*”, un término que no nos suena demasiado bien porque sentimos que hay algo humillante en él.

Sin embargo, cuando los profetas bíblicos llaman a la “*limosna*”, el original hebreo para esta palabra es “*tzedaká*”, cuyo sentido original va mucho más allá de lo que hoy se entiende por “*limosna*”, pues se trata de la “*justicia promovida por la compasión*”, por lo que la traducción de este término en la equivalencia dinámica de nuestros días se aproximaría mucho a “*justa distribución de la riqueza*”.

Nada más distante del significado que tiene este término en la actualidad. De ahí que para los sabios antiguos de Israel la “*tzedaká*” promueve compartir mientras encontremos a quienes tengan necesidad, mientras tengamos para dar y mientras tengamos el poder de hacerlo.

Para los profetas escriturales no podía haber verdadera religión, es decir, vínculo que religara íntegramente al hombre a Dios mediante el arrepentimiento, sin reparar las injurias y las injusticias en las relaciones entre los seres humanos.

Por consiguiente, no hemos de entender la exhortación profética a la praxis de la limosna como generalmente se interpreta en nuestros días, sino en su sentido original, antes de que fuera manipulado por el poder de la superestructura dominante, es decir, como “*justa distribución de la riqueza*”.

Todas las desgracias, infortunios y sufrimientos de los profetas de los tiempos bíblicos, al igual que lo experimentado por otros en épocas posteriores, fueron causados por su denuncia de los abusos de los poderosos sobre los empobrecidos y debilitados. Los muchos esfuerzos del poder establecido por espiritualizar las enseñanzas proféticas no han podido borrar las palabras de las Sagradas Escrituras al respecto:

Isaías 58:1-12: “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado. Que me buscan cada día, y quieren saber mis caminos, como gente que hubiese hecho justicia, y que no hubiese dejado la ley de su Dios; me piden justos juicios, y quieren acercarse a Dios. ¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso; humillamos nuestras almas, y no te diste por entendido? He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio gusto, y oprimís a todos vuestros trabajadores. He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicualmente; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto. ¿Es tal el ayuno que yo escogí, que de día aflija el hombre su alma, que incline su cabeza como junco, y haga cama de cilicio y de ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno, y día agradable a YHVH? ¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano? Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de YHVH será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oirá YHVH; clamarás, y dirá él: Heme aquí. Si quitares de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador, y el hablar vanidad; y si dieres tu pan al hambriento, y saciases al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz, y tu oscuridad será como el mediodía. YHVH te pastoreará siempre, y en las sequías saciará tu alma, y dará vigor a tus huesos; y serás como huerto de riego, y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan. Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar.”

Jesús hace de la limosna en su genuino sentido una condición del acercamiento del Reino de Dios y su justicia:

Mateo 5:14-16: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrará a todos los que están en casa. Así alumbrará vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

Mateo 25:34-40: “Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí. Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a tí? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.”

Una lectura no eclesiastizada de las Sagradas Escrituras, ejercicio nada fácil de hacer por causa de las muchas ideas apriorísticas que nos han sido sembradas, nos muestra que “*fe*” y “*justicia*” son términos sinónimos e intercambiables, por cuanto la fe carente de justicia, del mismo modo que si fuere carente de esperanza, sólo sería un subterfugio huero y banal, como de hecho acontece en muchos círculos religiosos y en muchas vidas.

El problema radica en que el cristianismo organizado ha tomado el sentido de estos conceptos y los ha corrompido semánticamente. Así ha sido como en el cristianismo se ha llegado a ver a los enriquecidos que dan limosnas como si fueran hacedores de obras buenas. Pero el texto del Evangelio de Marcos 10:17-27 muestra clarísimamente que los enriquecidos que no ponen a disposición de los necesitados todo lo que les es superfluo no podrán entrar en el Reino de Dios por cuanto ni lo han contemplado ni han buscado su justicia. Su arraigo y apego a las riquezas no les permitirá acceder al Reino. La puerta de acceso es muy estrecha y no admite el paso de quienes arrastran consigo mucho equipaje.

“Al salir Jesús para seguir su camino, vino uno corriendo, e hincando la rodilla delante de él, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios. Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. Él entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! Los discípulos se asombraron de sus palabras; pero Jesús, respondiendo, volvió a decirles: Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios a los que confían en las riquezas! Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Ellos se asombraron aun más, diciendo entre sí: ¿Quién, pues, podrá ser salvo? Entonces Jesús, mirándolos, dijo: Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios.”

El cristianismo organizado ha buscado durante siglos toda clase de subterfugios, tal y como continúa haciéndolo hasta el presente, para mediante piruetas exegéticas hacer decir a nuestro Señor lo que jamás dijo, o bien pervertir sus palabras sacándolas fuera de contexto u ocultando su sentido original.

Estos esfuerzos por reconciliar el enriquecimiento de algunos con la doctrina de Jesús de Nazaret ha sido, naturalmente, un enconado empeño pero un baldío intento. Estas palabras, sin duda muy duras, de nuestro Salvador no pueden ser contradichas. La riqueza diferenciante usufructuada por los poderosos, y no puesta a disposición de quienes han sido injusticiados, infringe el estatuto divino fundamental del destino universal de los bienes que Dios concede a sus hijos los hombres.

Quien se apropia y retiene más de lo necesario infringe la Ley de Dios y de esa manera priva a otros hombres hermanos suyos del derecho a tener acceso a los bienes de la tierra, y de esa

forma levanta una espesa barrera, primero en su corazón y después en los mecanismos sociales, para impedir que los derechos dados por el propio Dios a los hombres alcancen a todos.

Esa es la mecánica de toda injusticia, razón por la cual quien vive en la acumulación movido por el afán por la explotación y el lucro, no puede ver, ni mucho menos acceder al Reino de Dios, por cuanto no busca su justicia, sino que dedica sus esfuerzos a hacer creer a los incautos que “legal” y “justo” son sinónimos, especialmente teniendo en cuenta que quienes determinan lo legal son quienes sostienen el sistema explotador.

Ahora bien, como hemos podido comprobar en el curso de la historia, los movimientos a favor de la justicia y la ecuanimidad sólo han terminado por reproducir el sistema de explotación contra el que pretendieron luchar. Y ahí es donde inciden más poderosamente las palabras de nuestro Señor Jesucristo: *“Para los hombres es imposible, mas no para Dios.”*

¿Qué quiere decir esto? Que para los humanos, atezados psicoafectivamente por el afán por el lucro y la dominación, resultará imposible, con escasísimas y honradísimas excepciones, desprenderse de las riquezas y romper con el apego a las mismas, causa de la ceguera de los poderosos ante las sangrientas realidades de un mundo que ellos mismos conducen a una lenta agonía en todos los órdenes de la vida y que deteriora sobremanera la convivencia entre los humanos.

Sólo la gracia soberana de Dios nuestro Señor podrá romper estas ligaduras de amor a la riqueza diferenciante, al dinero como ídolo y al poder explotador como religión suprema.

Al que tiene en exceso, vive en opulencia y da una parte mínima para tranquilizar su conciencia, al igual que a los clérigos que predicán para edulcorar el Evangelio de Jesucristo y colaborar en el mantenimiento del orden establecido, y de ese modo seguir viviendo bajo el auspicio y el mecenazgo de los poderosos, les está preparado el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda, como al rico del capítulo 16 del Evangelio de Lucas, el que sólo permitía que el pobre y llagado Lázaro se comiera las migajas de pan que caían de la mesa de sus banquetes, las que ocupaban el lugar de nuestras actuales servilletas.

Las obras buenas, las acciones de misericordia en el sentido evangélico, es decir, conforme a la doctrina de Jesucristo, son de un radicalismo que no sólo cubre el aspecto socioeconómico, sino que ampara todos los derechos humanos.

Las buenas obras a favor de los injusticiados y marginados ayudan a salir de los malos hábitos. Por eso dijeron los sabios antiguos del pueblo de Dios que la caridad, es decir, la generosidad en amor, iguala a todos los Mandamientos de Dios juntos y es mayor que todos los sacrificios. E inspirar a que otros compartan es más importante aún que dar uno mismo. Incluso llegaron a afirmar que quien oculta sus actos de caridad es más grande que Moisés, los productos de la tierra prosperan en su entorno y hay paz en el mundo.

CRISTO JESÚS ES LA PALABRA IMPERATIVA DE DIOS, LA VERDAD DEL CAMINO QUE CONDUCE A LA VIDA.

"Esto os mando: Que os améis unos a otros."

(Juan 15:17)

El Verbo, la Palabra de Dios, no es un libro sino una Persona. Las Sagradas Escrituras lo muestran clarísimamente en muchos textos, pero creemos que lo hace de manera especial en dos pasajes paralelos:

Juan 8:31-32: "Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres."

Juan 13:34-35: "Un mandamiento nuevo doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos."

Cristo Jesús es la *Palabra Imperativa del Padre* mostrándonos que Dios es Amor, que ese amor se centra en la justicia, el hebreo "*mishpat*", en la "*verdad*", "*emet*", que mediante la "*fe*", "*emuná*", el acto de fiarse de Dios de todo corazón, conduce a la "*justicia*", la "*legitimidad equitativa*", la "*victoria*", la "*salvación*".

1ª Juan 3:17-18: "Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?. Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad."

Ese es el contenido de la "*Palabra de Dios*": Amar al hombre necesitado, lo que el cristianismo organizado no ha sabido enseñar ni mantener, sino que lo ha substituido por el concepto de la fe reducida a creencia, a conformidad con unos artículos religiosos que a poco comprometen, y que, como llevamos años declarando, no contienen ni una sola de las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio.

Jesús de Nazaret es la más clara interpelación divina al amor y la entrega. Ese es el "*mishpat*" de Dios. Por eso nuestro Salvador sana al tullido en el *Día de Reposo*, para enseñar que hacer

el bien está por encima de todas las cosas, comprendida la interpretación ritual de los mandamientos de la religión establecida, cualesquiera que ésta sea.

Naturalmente, semejante cosa no puede por menos que provocar la soberbia de los que detentan el poder. De ahí que la identidad de Jesucristo respecto al Padre Eterno radique fundamentalmente en las obras de justicia:

Juan 10:30-32: “Yo y el Padre uno somos. Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis?”

Juan 14:11: “Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.”

Son las buenas obras, la justicia (*“mishpat”*) de Cristo Jesús las que revelan la filiación divina. De ahí se desprende la razón por la que nuestro Señor Jesucristo jamás hizo alarde de sus milagros y portentos, aunque éstos fueron numerosos y extraordinarios según el testimonio de los evangelistas, sino que sólo destacó la justicia motivada por la misericordia.

El *“mishpat”* son las acciones de misericordia a favor de todos los hombres que tienen necesidad de ellas. Y eso, naturalmente, nos tiene que conducir a reflexionar sobre el sentido de la *“verdad”*, para que descubramos lo muy distante que se halla su sentido hebreo, y por lo tanto bíblico, respecto al griego que nos ha venido siendo impuesto en el cristianismo organizado desde los días en que los *Padres de la Iglesia Postapostólicos*, los que conocemos como *“Padres Apologistas”*, todos ellos griegos, saturados de filosofía, y desconocedores de las raíces judías de la fe cristiana, ignorantes de la lengua hebrea y su cultura, impusieron sus ideas y criterios en el pensamiento teológico cristiano que ha primado y sigue primando hasta nuestros días.

Cuando regresamos a las fuentes hebreas de nuestra fe, hallamos tres voces que actúan como claves para comprender el sentido de la *“verdad”*:

Primeramente, *“emet”*, cuyo significado es la *“solidez”*, la *“firmeza”*, la *“realidad”*, la *“durabilidad”* y la *“fidelidad”*.

En segundo lugar, tenemos *“tzedaká”*, cuyo significado es lo *“verdadero”*, lo *“correcto”*, lo *“legítimo”*, lo *“justo”* y lo *“equitativo”*.

En tercer lugar, hallamos el término *“emuná”*, cuyo sentido es la *“verdad”*, la *“justicia”*, la *“rectitud”*, la *“franqueza”*, la *“firmeza”*, la *“certeza”*, la *“fidelidad”*, la *“fe”*, la *“confesión”* y el *“testimonio”*.

Observamos que aunque los significados de estas voces hebreas contienen siempre el sentido de *“verdad”*, al considerar los contextos en los que estos términos aparecen en las Sagradas Escrituras, hacen acto de presencia toda una serie de relaciones y analogías de gran interés para el estudiante serio de la Biblia.

Curiosamente, la voz *“emet”* sólo aparece una vez en el *Pentateuco*, cuando se nos describen las trece características del Dios Eterno:

Éxodo 34:6: “Y pasando YHVH por delante de él (Moisés), proclamó: ¡YHVH! ¡YHVH!, fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad.”

En el resto del Antiguo Testamento no vuelve a aparecer esta voz hebrea. ¿Por qué? Evidentemente, esta verdad, *“emet”*, nos remite a la *Verdad Absoluta*, es decir, al Dios Eterno y Creador de todos los universos. Ningún otro es autorizado a usar este Nombre. *“Emet”* es la firma garantizada de la inquebrantable naturaleza divina y su absoluta permanencia en sus pactos y promesas.

La palabra *“Emet”* se forma con las consonantes del alefato hebreo *“álef”*, que puede emplearse para formar varias vocales; *“mem”*, que corresponde a nuestra *“eme”*; y *“tav”*, que

corresponde a nuestra “te”. Si retiramos la primera letra, “álef”, nos quedan la “mem” y la “tav”, con las que formamos la palabra “met” cuyo significado es “muerte”.

Para los sabios antiguos de Israel esto significa que cuando retiramos la primera letra, “álef”, cuyo valor numérico es “uno” y representa al Dios único, incomparable, incontrastable e inimaginable, el Señor revoca su presencia de nuestra vida. No hay vida fuera de Dios.

La *Verdad Absoluta*, a diferencia del pensamiento griego extendido por toda nuestra cultura occidental, no es un concepto ni una idea, sino que es el *Dios de la Existencia*. Esa es la *Verdad* revelada en las Sagradas Escrituras. De ahí que Jesús, Dios con nosotros, pueda presentarse como la *Verdad* por ser uno con el Padre en la Unidad del Espíritu Santo.

El Eterno Dios, el “Emet”, el *Dios de la Existencia y de la Verdad Absoluta*, es impalpable, espiritual e impenetrable. Él es *Espíritu y Verdad*. Él es el pasado, el presente y el futuro. Nadie es digno de presentarse ante Él, excepto el *Hijo Eterno* en quien el Padre ha revelado tener su complacencia. En nadie más.

Sólo Cristo Jesús, el *Mesías Sufriente* que volverá en el *Gran Día de Dios* como *Mesías Triunfante*, es el “Tzedek” que fue enviado a este mundo nuestro por el Dios Eterno para revelarse ante nosotros como el “Emet”, y así, mediante su sacrificio y el derramamiento del Espíritu Santo, nos justifica para que podamos caminar en el “Mishpat”, es decir, en las obras de justicia como auténticos “tzadikim”, es decir, como discípulos del “Tzedek”.

“Emuná” es la expresión del “Rúaj HaKodesh”, título en género femenino, es decir, el “Espíritu Santo”, la *dimensión femenina* del Dios Eterno, quien trae la consolación desde el corazón del Padre para conducirnos durante nuestra vida como discípulos y discipulas del Maestro Jesucristo, y hacernos sentir cada día su ministerio de consolación; fortificando nuestros pasos en el seguimiento de las huellas de Jesús de Nazaret; haciéndonos sentir la presencia de Dios en nuestras vidas y su eterna fidelidad, por cuanto siempre está presente en la vida de los redimidos por la sangre del Mesías.

Cuando el Evangelista Juan nos dice en 1:14 que “aquel Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros”, el sentido hebreo de la expresión es que el “Emet” se hizo “Tzedek”. El mismísimo Dios se dio al mundo en la persona de Jesucristo, entregó al “Emet” como “Tzedek” para que por el Espíritu Santo, “Emuná”, podamos reconocerle y reconocernos también a nosotros mismos.

El Nuevo Testamento muestra claramente que esa fue la concepción de la realidad de Dios, que después los padres griegos tratarían de explicar acuñando el título de “*Santísima Trinidad*”, expresión ajena a la Sagrada Escritura y su lenguaje. A nosotros nos satisface mucho más la forma hebrea de explicar la revelación divina de Dios como Padre, y como Hijo, y como Espíritu Santo.

En el curso de la Biblia también hallamos la voz “Tzedek” para referirse a lo justo y lo verdadero. Cada vez que hallamos en *Levítico*, *Números* y *Deuteronomio* referencias a caminar en la justicia, juzgar con rectitud y ser veraces, ahí encontramos esta voz.

También se hace referencia al “tzadik”, a los “tzedekim”, cuando se habla del “justo” y de los “justos”; de aquellos que viven procurando hacer la justicia divina, caminando en los Mandamientos de la Santa Ley de Dios, es decir, en las obras de justicia que Dios ha puesto delante de nosotros para que andemos en ellas.

De ahí se desprende también que los sabios antiguos de Israel afirmarían que siempre será más beneficioso lo que aprendamos directamente del “tzadik” que lo que leamos en un libro, por lo que la vida del hombre y de la mujer que caminan con Dios a lo largo de la senda de los Mandamientos será la imagen del Altísimo que pueda tener toda una generación.

Ese caminar de quienes buscan y viven la justicia del Reino de Dios está pavimentado con actos humildes y palabras sencillas que revelan la luz divina, de tal manera que los más sencillos pueden comprender la sabiduría más profunda. El camino de perfección del alma depende básicamente de este caminar.

Para los sabios antiguos de Israel, esto significaba que “*Emet*”, la *Verdad Divina*, se hacía carne en el hombre, como si se tratara de un espejo en el cual reflejarse. Por eso es que frecuentemente se intercambia la voz “*tzedeká*” con el término “*mishpat*”, y que suele traducirse por “*juicio*”.

Dios aparece como “*juicio del pecado*”, confrontando de ese modo la *Verdad Absoluta* con la *Mentira Absoluta*; la *Vida Eterna* con la *Muerte Eterna*; la *Luz* con las *Tinieblas*. No hay nada intermedio. No hay zona de penumbra.

Y aunque los hombres constituyamos una parte ínfima de la Creación, todos los mundos dependen de nosotros, criaturas divinas, hijos e hijas de Dios, delicias de la Deidad. De manera que dondequiera que esté presente la “*Shejiná*”, la luz de la presencia del Eterno –esa “*Luz*” que alumbra a todo hombre, como lo expresa el Evangelista Juan en el prólogo de su relato evangélico- se producirá el milagro de que lo más pequeño pueda contenerlo todo, como una gota de agua cualquiera puede contener toda la inmensidad de los océanos, y un hombre, cualquiera de los humanos, puede contener y representar a toda la humanidad.

DIOS EN BUSCA DEL HOMBRE

“Mas YHVH ELOHIM llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?”

Génesis 3:9

Todos los sistemas religiosos, comprendido el cristianismo organizado y sólidamente establecido por los poderes fácticos, comienzan con la búsqueda de Dios por parte del hombre, y mantienen durante toda su existencia, o al menos durante su período de preponderancia, el axioma de que Dios guarda silencio y permanece oculto tras su sistema litúrgico-sacramental, más o menos estilizado, en función de la época de su nacimiento y desarrollo. De ahí que quien habla con Dios es considerado espiritual, pero aquel que afirma que Dios le habla es tachado de loco.

La adopción de ese axioma produce el fenómeno de que se dé la respuesta antes de que llegue a formularse la pregunta. A la sazón, no olvidaré aquel *graffiti* en el que alguien había rotulado “Cristo es la Respuesta”, debajo del cual un gracioso había añadido: “¿Y cuál es la pregunta?”

En realidad, esa es la naturaleza de toda la dogmática religiosa, cualesquiera.

Las Sagradas Escrituras hablan a veces de la búsqueda de Dios por parte del hombre, pero sobre todo lo hacen presentando la búsqueda del hombre por parte de Dios. Y lo hacen en forma de historias, sagas religiosas, épica, poesía, literatura sapiencial, profecía, apocalíptica y otros varios géneros y subgéneros literarios.

Esta es la paradoja bíblica por excelencia: que es Dios quien toma la iniciativa en la búsqueda del hombre. De modo que la fe no es nada más que la respuesta del hombre a la llamada de Dios. Por eso es que cuando *Adam y Eva* se escondieron de la presencia divina, la llamada del Señor en forma de pregunta fue: “¿Dónde estás tú?”.

La pregunta divina no ha cesado desde entonces, continúa hasta el día de hoy, y es como una especie de eco, no necesariamente en apariencia de palabras, pero sí bajo la forma de categorías mentales que reverberan en el alma humana.

Insistimos en que la fe es la reacción del hombre a la llamada de Dios, por lo que la plenitud de la fe como cumplimiento del propósito divino es la llamada de Dios y la respuesta del hombre. De modo que el camino a la fe es el camino de la fe, o dicho de otra manera, el camino a Dios es el camino de Dios acompañando al hombre.

Si Dios no nos formula la pregunta, nosotros jamás vamos a poder responder. Creemos que ese es el sentido de las palabras de nuestro Señor Jesucristo registradas en el Evangelio de Juan 14:6:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”

El ámbito en que acontece el encuentro de Dios con el hombre nunca se halla fuera de nuestra conciencia. No es penetrable para los demás hombres. De ahí que la religión organizada sea el mayor obstáculo para que dicho encuentro se pueda producir.

Sólo puede darse en el corazón humano por cuanto sólo en nuestra conciencia se halla la presencia del Santo Espíritu de Dios. Así lo expresa el patriarca Job:

Job 32:8: “Ciertamente, espíritu hay en el hombre, y el soplo del Omnipotente le hace que entienda.”

Ese soplo divino, esa *Luz que alumbra a todo hombre*, es la que permite que se produzca el eco de la voz divina que llega a lo más recóndito del alma humana.

Por nuestras propias fuerzas no podemos llegar al conocimiento del Altísimo. Sin embargo, Dios ha diseñado el alma de los hombres de tal manera que pueden abrirse en nuestro ser ventanas accionadas por esa *Luz* que nos convierte en humanos.

Esa gloria del Eterno que llena el Universo, ese Espíritu que se movía sobre la superficie de las aguas, es quien crea esos momentos en que el cielo y la tierra se encuentran, se abrazan y se besan.

Esos son los instantes en que Dios alza el velo de nuestro horizonte espiritual para otorgarnos el privilegio de vislumbrar lo que es eterno.

Naturalmente, viene a nuestra memoria aquella ocasión en que nuestro Señor Jesucristo tomó a tres de sus discípulos más íntimos, los llevó con Él a la cumbre de un monte alto y les permitió contemplarle más allá de su vestidura de carne:

Mateo 17:1-2: “Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz.”

Seguramente que muchos de nosotros –quizá tú también, amigo lector... seguimos siendo amigos, ¿verdad?- hemos experimentado algún momento en que la realidad de Dios se ha hecho presente en nuestra vida, y su paz, su belleza y su poder se han manifestado en nuestro ser, como si fuera un trueno que despertara nuestra alma dormida, un relámpago estival, una brisa de la tarde, un suave frescor mañanero.

Pero también es cierto que hemos atravesado oscuridades que después hemos comprendido eran necesarias. Y en medio de las nubes más negras, cuando nos ha parecido que estábamos habitando la ausencia de Dios, nos ha empezado a alumbrar la *Luz* del Señor en lo más hondo de nuestro ser, hasta convertirse nuestra aurora en un zenit esplendoroso del que es imposible esconderse. Como dice el refrán inglés “*even the darkest cloud has a silver lining*”, “*incluso la más oscura nube tiene un borde de plata*”.

Génesis 9:14: “Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se dejará ver entonces mi arco en las nubes.”

El que nosotros conocemos por “*arco iris*”, el hebreo “*hakashet vaanan*”, “literalmente “*el arco en las nubes*”, es el símbolo del *Pacto* que YHVH Elohim hizo con Noé, y que de acuerdo con la tradición hebrea se celebró en “*Rosh Jodesh Kislev*”, es decir, el día primero del mes de

Kislev, del acadio “*kislimu*”, voz que significa literalmente “*pleno*”, “*gordo*”, “*abundante*”, por las copiosas y frecuentes lluvias que garantizan la prosperidad agrícola, y que corre paralelo a los meses gregorianos de *Noviembre* y *Diciembre*.

La imagen del arco iris nos recuerda que el universo no es algo casual ni fortuito, ni falto de propósito. Un pacto establecido por Dios con el patriarca Noé, representante de una nueva humanidad, relaciona al mundo con una realidad que se encuentra muy por encima de nuestro universo y de nosotros mismos, y que no va a ser destruido, sino que va a permanecer con la esperanza de su progreso y perfeccionamiento hacia la plenitud que Dios ha prometido dar a todas las cosas.

Según los sabios antiguos de Israel, la expresión “se dejará ver entonces mi arco en las nubes”, el hebreo “*et kashtí natati banián*”, literalmente “mi arco lo entregué en las nubes”, significa “*dabar shehukash li*”, es decir, “es algo semejante a mí”. Y esto significa que hay una analogía entre el Dios Eterno y el arco de las nubes.

El arco iris es un símbolo de Dios. De modo que así como todos sus colores provienen de la luz blanca que se divide y separa en diferentes matices, también todos los detalles de la existencia provienen de Dios y son un indicio, un signo, una señal, un referente suyo. Y cuando los sabios antiguos de Israel se preguntaron cómo puede el Eterno estar presente en cada detalle del Universo, llegaron a la conclusión que dicha presencia se encuentra en la forma de la *Providencia Divina*.

Esto implica que lo oculto es muchísimo más inmenso que lo revelado, y que está en la potestad de la fe de Israel ser instrumento para iluminar incluso a sus mayores enemigos y detractores. Por eso Dios constituyó a su pueblo para ser *luz a los gentiles*, y *Yeshúa*, *Jesús*, es esa luz a las naciones y gloria de Israel. Por eso es que el distanciamiento y separación que el cristianismo organizado ha llevado a cabo respecto a *Yeshúa* y su pueblo es una de las mayores desgracias y aberraciones imaginables.

Cuando comparamos dos cosas tratamos de hallar un parecido entre ellas, de tal manera que podamos establecer un acuerdo entre ambas. Conviene aquí recordar que la voz “*pacto*” o “*alianza*” en el hebreo bíblico es el vocablo “*brit*”, cuyo significado es el de “*partir en dos mitades y pasar por en medio de ellas*”.

Así podemos comprender el sentido aliancista del matrimonio, cuando la pareja encuentra su “*analogía*” y se preparan para casarse, es decir, para identificarse el uno con el otro.

La tradición hebrea ha dedicado mucho tiempo y esfuerzo en el estudio de las analogías o paralelismos hasta establecer lo que podríamos denominar una ciencia muy elaborada de las comparaciones. Esta es la fortaleza de sostener los opuestos, de tratar de explicar las paradojas, sobreponiéndose a la lógica de los griegos, que revelan, como en el caso del arco en las nubes, que en la unidad más simple se encuentra la raíz de la infinidad de matices que pueden llegar a mostrar que en cada detalle de la existencia hay siempre algo que puede ser análogo al Eterno.

En medio de las más espesas y oscuras nubes de nuestra mente y nuestro corazón, la *Luz del Señor* puede hacer acto de presencia en nuestra vida, como el arco iris en medio de las nubes del cielo.

Nuestro entendimiento, efímero pero sustancial, de la grandeza de Dios nuestro Señor nos alcanza como un acto de iluminación. Quizá de ahí las palabras del salmista:

Salmo 18:12: “Por el resplandor de su presencia, sus nubes pasaron.”

Uno de los más penosos errores del cristianismo occidental, en su distanciamiento de sus raíces hebreas, ha sido y sigue siendo pensar que la fe se nutre de conceptos acerca de Dios. Por eso es que, junto a otros, sostenemos que desde hace muchos años la teología cristiana no ha venido siendo nada más que filosofía.

¿De qué se nutre, pues, la fe según se desprende de las Sagradas Escrituras? Creemos que de la capacidad para articular la memoria de esos momentos de iluminación que producen la presencia divina. Eso significaría que los hombres no necesitamos descubrir el camino de la fe, sino, antes bien, recuperarlo, por cuanto *la fe es memoria*. Es una tierra olvidada por el pecado, o si preferimos, podemos verlo como un olvido causado por la ingratitud, lo que ha producido un bloqueo en lo más hondo de nuestra alma para escuchar la voz de Dios.

Esa tierra olvidada es nuestra relación con Dios. Hubo un día lejano en el que el hombre caminó con su Creador:

Génesis 3:8: “Y oyeron la voz de YHVH Elohim que se paseaba en el huerto, al aire del día.”

“*Al aire del día*” es un hebraísmo que significa “*cuando el día declina*”, es decir, el momento en que el calor ha pasado y sopla una tenue brisa refrescante. Dios camina con el hombre, no quiere que la soledad espiritual de la noche que se avecina encuentre al hombre desnudo y solo. Por eso el Señor le pregunta al humano dónde se encuentra, con la intención de entablar un diálogo suave, sin brusquedad ni acusación, ofreciéndole a Adam la posibilidad de poder relatar la verdad. La misma pregunta será la del Señor a Caín respecto a su hermano Abel. (Génesis 4:9).

Por eso es que la voz hebrea para el “arrepentimiento” es “teshuvá”, es decir, “regreso”, “retorno”, “darse la vuelta”, con el sentido implícito de “regresar para responder”, “volver a Dios para darle una respuesta”, “para rendirle cuentas”:

Jeremías 3:14: “Convertíos, hijos rebeldes, dice YHVH, porque yo soy vuestro esposo.”

Así comienza la predicación del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Esa es su primera llamada, muy olvidada por el cristianismo organizado:

Mateo 4:17: “Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”

Lucas 13:3: “Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente”.

Esa fue igualmente la predicación de los primeros discípulos:

Marcos 6:12-13: “Y saliendo, predicaban que los hombres se arrepintieran. Y echaban fuera muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban.”

Aquella predicación original del *Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios* respondía a lo anunciado por los profetas de antiguo:

Isaías 40:3: “Voz que clama en el desierto: Preparad camino a YHVH; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios.”

Y en el Evangelio de Mateo 3:3 vemos el cumplimiento de la palabra profética:

“Pues éste (Juan el Bautista) es aquel de quien habló el profeta Isaías, cuando dijo: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas.”

La “*voz en el desierto*” era Juan el Bautista, quien enderezó calzada en el desierto para nuestro Señor, “*Dios-con-nosotros*”. Su llamada no puede ser captada por el oído físico del hombre, pero el alma humana, iluminada por el Santo Espíritu de Dios, percibe la llamada de los cielos y hace que la voz eterna resuene en el alma.

Así es como la presencia de Dios se hace presente, y esto no es una mera redundancia, sino el milagro de la sensibilidad para discernir la voz de nuestro Señor en el tiempo. El presente se vuelve presencia de Dios, pura presencia del Altísimo en el alma humana.

El olvido de estas realidades transforma la espiritualidad cristiana en cristianismo organizado. El resultado será el desprecio de todos los aspectos fenomenológicos de la fe de Cristo como ilusorios, sin relación con el mundo objetivo. De ese modo las iglesias llega a tener por

exclusiva meta su adaptación al mundo, al sistema imperante, mediante la corrección política, y quienes rehusamos aceptar la ecuación de lo real y lo físico somos considerados místicos, no adaptados a la realidad de la vida, e incluso se nos ha calificado de cavernícolas.

Por encima de todos los aspectos religiosos y su ubicación en la sociedad secular, la fe de Jesucristo afirma que el Dios Creador de los cielos y de la tierra es el Señor que comunica su voluntad a la mente del hombre. Por eso el Salmista afirma que *“en tu luz veremos la luz”*. (Salmo 36:9).

Hay una luz que toda alma humana, dormida por los efectos del pecado o eclipsada por los fulgores del mundo, anhela recibir. Y cuando esa luz despierta del sueño al hombre, éste busca ser saturado por la presencia del Santo Espíritu de Dios.

De ahí puede desprenderse que al acto de parir, de pasar por el bautismo universal de las aguas maternas, lo hayamos denominado *“dar a luz”*.

DOMINUS ILLUMINATIO MEA

“YHVH es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? YHVH es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”

Salmo 27:1

Salmo 36:7-9:

“¡Cuán preciosa, oh Dios, es tu misericordia!

Por eso los hijos de los hombres se amparan bajo la sombra de tus alas.

Serán completamente saciados de la grosura de tu casa,

Y tú los abrearás del torrente de tus delicias (“Edenik” (ayin, dálet, nun, yod, caf final), forma plural del ‘Edén’).

Porque contigo está el manantial de la vida;

En tu luz veremos la luz.”

La oscuridad más profunda tiene lugar justo antes del amanecer.

La opresión más dura de nuestros hermanos mayores en la fe, el pueblo de Israel, aconteció justo antes de su liberación, cuando YHVH extendió su mano poderosa para sacarlos de la casa de servidumbre, de debajo de la garra opresora del imperio faraónico.

También todos nosotros hemos pasado de la oscuridad del claustro materno a la luz de la vida extrauterina...

De ahí que llamemos “*dar a luz*” al acto de parir, de pasar por las primeras aguas y entrar en una nueva tierra.

El amanecer acontecerá con nosotros o sin nosotros, pero podemos estar seguros de que acontecerá.

A nosotros se nos otorga la gracia de ser testigos de esa alborada universal.

Nuestro primer pensamiento debe enfocarse en la definición de la luz.

¿Por qué emplea nuestro Señor este término tantas veces en las Sagradas Escrituras?

¿Tiene esto alguna importancia previa a la revelación?

La palabra “luz” en el hebreo bíblico es “Or” (‘Álef’, ‘Nun’, ‘Resh’).

Su primera aparición acontece en Génesis 1:3: “Y dijo Elohim: Sea la luz; y fue la luz.”

¿Cómo pudo haber existido la luz antes de que Dios creara las grandes lumbreras en el Día Cuarto?

¿Qué es la luz? La luz se define en el Diccionario de la Academia Española de la Lengua como “*agente físico que hace visibles los objetos*”.

Pero, además de esta definición lingüística, es más preciso definirla como “toda radiación electromagnética capaz de ser percibida por nuestro sentido de la vista.”

Pero si recurrimos al contexto científico hallaremos decenas de definiciones e hipótesis acerca de la luz.

Todo parece indicar que la luz es una forma de energía que, mediante su acción sobre las plantas, transforma los elementos y compuestos inorgánicos en alimento tanto para el hombre como para los animales, y rige muchos otros procesos naturales necesarios para la vida.

¿Cómo definen la luz las Sagradas Escrituras?

Salmo 119:105: “Lámpara es mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.”

Salmo 119:130: “La exposición de tus palabras alumbrará; hace entender a los simples.”

Proverbios 4:18-22: “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto. El camino de los impíos es como la oscuridad; no saben en qué tropiezan. Hijo mío, está atento a mis palabras; inclina tu oído a mis razones. No se aparten de tus ojos; guárdalas en medio de tu corazón.; porque son vida a los que las hallan, y medicina a todo su cuerpo.”

Proverbios 6:23: “Porque el mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz.”

Isaías 8:20: “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.” (Literalmente: ‘es porque no hay luz en ellos’).

Isaías 51:4: “Estad atentos a mí, pueblo mío, y oídme, nación mía; porque de mí saldrá la ley, y mi justicia para luz de los pueblos.”

Es evidente que la luz, además de su sentido físico, es también un signo de la presencia de Dios, de manera que de la misma forma que la luz es vital o esencial para la existencia de la vida, la luz divina es necesaria para nuestra vida moral y espiritual, como Dios la quiere para sus hijos e hijas.

En el Salmo 104, que es una narración muy estilizada del relato del Génesis, en el que se enfatiza el carácter teocéntrico de la Creación, se describe a Dios vistiéndose de luz:

Salmo 104:2: “El que se cubre de luz como de vestidura, que extiende los cielos como una cortina.”

Bien pudiera ser que en el primer día, literalmente el hebreo lo llama “*yom ejád*”, “*día uno*”, no “*día primero*”, Dios creara las propiedades físicas de la luz visible y el resto del espectro electromagnético.

Por otra parte, no debemos olvidar que los cuerpos celestes y los seres inteligentes fueron creados antes de que surgiera la vida en este diminuto planeta nuestro:

Job 38:4-7: “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus basas? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios?”

Por eso es un sagrado deber hacer memoria de nuestra liberación de la esclavitud, es decir, de proclamar nuestra salida de la oscuridad a la luz:

Deuteronomio 16:3: “No comerás con la Pascua pan con levadura; siete días comerás con ella pan sin levadura, pan de aflicción, porque aprisa saliste de la tierra de Egipto; para que todos los días de tu vida te acuerdes del día en que saliste de la tierra de Egipto.”

Como dice la *Hagadá de Péssaj*, en toda generación cada uno de nosotros hemos de vernos a nosotros mismos como si hubiéramos salido de aquel Egipto, llamado en la Escritura “*Mitzraim*”, de la raíz “*Meitzar*”, cuyo sentido es el de “*estrecheces*”, “*opresiones*”, un congosto o valle angosto en el que predominan la falta de espacio y de luz.

Por eso es que simplemente recordar no es lo que la Sagrada Escritura nos enseña, pues el mero recuerdo no puede liberar a nadie. No se trata, pues, del recuerdo casual y fortuito, sino del acto volitivo de “*hacer memoria*”.

La liberación no es el recuerdo de la esclavitud, sino la *Luz Divina* que alumbró el camino a la libertad.

El propósito es tener presente que el pueblo hebreo salió para recibir la Santa Ley de Dios y así poder elegir entre el bien y el mal, entre el camino de la vida y el camino de la destrucción.

La libertad para Dios es *Luz* para discernir, aceptar la verdad y estar dispuestos a aprender a vivir en base a ella, sobre el fundamento de los valores divinos expresados en las encomiendas que conocemos como los Mandamientos.

Esta es la luz que nos permite vernos como si hubiéramos salido de *Mitzraim*, de las estrecheces y las oscuridades, para poder ver con visión amplia el camino de nuestros padres en la fe, cuya línea nos conduce a *Yeshúa Ha-Mashíaj*, *Jesús el Mesías Sufriente*, quien vendrá en el *Gran Día de Dios* como *Mesías Triunfante*.

La *Luz Divina* para que brillen las palabras de las Sagradas Escrituras la trae *Rúaj HaKodesh*, el Santo Espíritu de Dios, para alumbrar nuestro camino hacia el mundo venidero.

Yeshúa, latinizado “*Jesús*”, muestra al ciego que los hombres somos como árboles, porque nuestro Maestro sabe que el árbol sólo es un medio para un fin, y ese fin es el fruto.

De ahí que nos diga que hoy somos hijos e hijas de Dios, pero no está revelado lo que un día llegaremos a ser.

Mientras tanto, en ese proceso, *Rúaj HaKodesh*, el Espíritu del Santo, derrama aliento en el fuego que ha prendido en nuestra alma, para que prosigamos a lo largo del camino.

Por eso nos dice el libro de Proverbios 20:27 que “lámpara de YHVH es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón.”

Para los sabios antiguos de Israel, el tiempo de mayor derrame de ese aliento que precisa el rescoldo de nuestro corazón es el *Shabat*, cuando más copiosa es la *Luz* que alumbró el alma.

El reposo del alma es resultado de la *Luz* que penetra en el corazón y despierta en el hombre el anhelo por alcanzar esa *Luz* primera que alumbró al hombre en su estado de inocencia.

Esa búsqueda de la *Luz* actuará siempre como incentivo para el desarrollo espiritual de los humanos, y también obrará como antídoto contra el orgullo y la soberbia.

Esa es la *Luz* que nos insta a andar *a ras del suelo, entiéndase los pies, pero con el corazón bien alto*, como repetimos al inicio de un querido programa radiofónico que comenzamos hace ya muchos años.

Sabemos que antes de crear el Sol, YHVH creó durante el día Uno una gran *Luz* para que los hombres pudiéramos mirar de un extremo al otro del mundo, sin que ninguna cortina se interpusiera entre nuestra mirada y lo que era posible ver...

Pero después Dios ocultó esa *Luz* primigenia, de ahí las palabras de David en el Salmo 119:18:

“Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu Ley.”

David ruega a Dios que le descorra el velo para poder admirar las maravillas del Eterno.

Relata un cuento jasídico (movimiento iniciado por el Rabí Israel Baal Shem Tov (1698-1760), que “un joven rabí se quejó a su maestro porque durante las largas horas que dedicaba al estudio de la Torá sentía la vida y la luz, pero desde el momento en que cesaba en esta actividad, todo desaparecía. Y su maestro el rabí Israel de Rizhyn le respondió diciendo:

‘Es como cuando un hombre marcha por un bosque en una noche oscura, y durante un tiempo se le une otro hombre con una linterna encendida en la mano, pero al llegar a un cruce de caminos se separan, y el primero debe seguir solo y a tientas su camino. Pero, si el hombre lleva su propia luz consigo, no debe tener miedo a la oscuridad’.”

Los sabios antiguos de Israel compararon a la *Comunidad Hebrea* con la *Luna*. Vieron en sus altibajos, que nosotros conocemos por fases, un signo de los altibajos que se producen en nosotros y que están determinados por nuestra proximidad o alejamiento al Creador Eterno.

Cuando nos acercamos a la *Luz*, que es la inmensidad del Amor de Dios, nos es imposible mantenernos distantes.

Nuestro amor por nuestro prójimo no es sino un reflejo de nuestro amor por el Señor.

La *Luz* del Bendito nos mueve hacia el amor incondicional, es decir, no basado en cualquier condición humana, en cualquier demanda o expectativa.

Dijeron los sabios antiguos de Israel que la búsqueda más importante para el hombre en este mundo es la búsqueda de Dios y las señales de su Providencia y Sabiduría.

Esa búsqueda demanda de nosotros utilizar nuestros ojos como lentes a través de las cuales veamos a Dios en todo lugar de este mundo, y en toda criatura, especialmente en los más vulnerables y empobrecidos.

De ahí que Yeshúa, Jesús, nos haya advertido: “Me visteis hambriento, sediento, desnudo, enfermo, privado de libertad y de compañía, y vinisteis a mí.”

Si empleamos nuestra vista para focalizarnos en el Señor, hasta que su mirada y nuestra mirada converjan, experimentaremos el cumplimiento de la profecía de Isaías 52:8:

“¡Voz de tus atalayas! Alzarán la voz, juntamente darán voces de júbilo; porque ojo a ojo verán que YHVH vuelve a traer a Sión.”

“*Ayin beAyin*”, “*Ojo a ojo*”, significa que nuestros ojos han sido diseñados para ser ojos en paralelo con los ojos de Dios y de nuestros prójimos.

Dios siempre mantiene sus ojos sobre aquellos que le buscan.

Salmo 14:2: “YHVH miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios.”

El mundo está lleno de luces y de luminarias intensamente asombrosas, pero una pequeña mano delante de nuestros ojos obstruye la visión de estos grandes resplandores.

Cuanto más cerremos nuestros ojos a las deslumbrantes luces del mundo, y más abramos nuestros ojos interiores a la Palabra de Dios, más llevaremos nuestra vida a la esencia del mundo venidero.

Eso es lo que significa la costumbre hebrea de cubrir los ojos al pronunciar la plegaria del “*Shemá*”, como si atravesáramos la fachada de este mundo para dirigirnos a la *Unidad* que se oculta tras él.

Te invito, amable lector, a ponerte en pie por un momento, respirar hondo, y proclamar en voz audible la esencia de la revelación divina en Deuteronomio 6:4. Repite conmigo:

“Shemá Israel, Adonai Elohéinu, Adonai Ejád”

“Oye, Israel: YHVH nuestro Dios, YHVH uno es.”

Permanezcamos en silencio por unos instantes cubriendo nuestros ojos con la mano. Ahora podemos volver a tomar asiento.

La luz tiene dos posibles formas de provisión: Una puede ser fuente de luz, o podemos reflejar la luz de otra fuente, como en un espejo.

Sólo Dios es fuente inagotable de *Luz* sobre el Universo.

A fin de reflejar la *Luz* debemos permanecer cerca de la fuente que la genera.

El espejo mejor pulido no puede reflejar luz alguna si se mantiene en la oscuridad.

De ahí se desprende nuestra necesidad del arrepentimiento, es decir, de experimentar la “*teshuvá*”, voz hebrea que solemos traducir por “arrepentimiento”, pero que en realidad, y como ya hemos explicado, significa literalmente “*vuelta atrás*”, “*regreso*”, “*retorno*”.

Por eso es que Yeshúa, Jesús, nos ha dicho en el Evangelio de Lucas 13:3:

“Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”

Arrepentirse, según algunos de los sabios antiguos de Israel, significa que yo debo regresar a mi lugar, porque no pertenezco al mundo de oscuridad en que me encuentro.

Debo retornar al lugar que fue designado para mí en los tiempos antiguos, antes de los días en que Dios ordenó la tierra que había llegado a estar “*desordenada y vacía*”. Dios no crea nada en desorden y vacuidad.

Los Universos creados por Dios tienen un orden, y volver a ese orden es “*teshuvá*”.

Desviados del orden universal de Dios, los hombres estamos fuera de lugar, y por eso es que trasgredimos la voluntad divina.

Por eso también es que “*teshuvá*” es más que el sentido eclesiastizado del mero “*arrepentimiento*”.

“*Teshuvá*” es retornar a donde pertenecemos, es volver a la *Luz*, es experimentar la armonización con el Universo en que Dios nos ha puesto.

“*Teshuvá*” nos permite recibir la *Luz* de la sabiduría y unir todos los rasgos de nuestro corazón a ese conocimiento que se deriva de nuestra cercanía al Creador.

La eternidad está presente en esa *Luz* por la que el mundo no fue creado en un momento del pasado, sino que es creado constantemente...

Es ese Universo en expansión que el astrofísico *Edwin Hubble* (1889-1953) descubrió al ver que todas las galaxias se dirigían hacia la banda roja del espectro a velocidades inusitadas.

El mundo no fue creado, sino que es creado, por lo que quien no puede sentirse creado a cada instante tampoco se puede sentir abrazado por la *Luz Divina*.

Esa *Luz*, oculta a los ojos carnales del hombre, nos enseña a estar abiertos al presente, a no tenerle miedo.

La *Luz* alumbró nuestro camino, nos muestra las trampas y los engaños y quita todas nuestras inseguridades.

La *Luz* nos recrea, nos conduce del no ser al ser...

No estamos abandonados al azar en un mundo oscuro, sino que el Creador -¡bendito sea su Nombre!- nos da su *Luz* para que sepamos quiénes somos, por qué estamos aquí, y para qué hemos sido enviados.

La *Luz* nos recuerda nuestro origen, que fuimos un pensamiento de Dios antes de materializarnos en este mundo.

Por eso los sabios místicos de Israel enseñaron que el objetivo de la Creación es que, a pesar de la oscuridad de este mundo, lleguemos a ser conscientes de que todo, absolutamente todo, proviene de un mismo origen y una misma raíz.

La *Luz* despierta al hombre de la rutina absurda y sin sentido, y nos capacita para la recreación, para comenzar un camino diferente, para volver a empezar, para comenzar de nuevo.

Podemos afirmar que Dios nos ha creado a los seres humanos con el propósito de que participemos con Él en el retorno al estado de unidad con Dios que este universo tenía con el Eterno antes de “*Bereshit*”, antes del comienzo.

La *Luz Divina* nos alumbró para vivir en la *Verdad* y hablar *Verdad*...

Ese es el más auténtico “*arrepentimiento*”, lejos de la eclesiastización filosófica del concepto.

Es la vuelta al núcleo del ser, a la “*neshamá*”, es decir, al “*alma*” sensible que se siente herida y defraudada cuando vivimos en desobediencia a Dios, por cuanto no fuimos diseñados para vivir de semejante forma.

Por eso es que hay muerte cuando falta la “*teshuvá*”, el arrepentimiento.

La oscuridad del pecado cubre la vida con la velocidad que lo hacen las nubes en la tormenta estival.

La noche es una prueba, un desafío, y sirve para aprehender la *Luz* en toda su infinita inmensidad.

Cuando buscamos a Dios en la oscuridad que puede rodearnos, y cuando sentimos anhelo por Él en un mundo de ausencia divina, entonces podemos encontrarlo ahí donde Él parecía estar ausente, por cuanto su presencia radica en la búsqueda.

La *Luz Divina* no ha de ser esperada pasivamente, sino que hemos de salir hacia ella, saludarla de lejos e ir a su encuentro, como los sabios de Israel enseñaron a ir al encuentro del *Shabat*, al encuentro de la *novia*, con prisa y alegría de festejo nupcial.

Sólo en el grado en que superemos los obstáculos para descubrir a Dios revelándose, podremos llegar a valorar y disfrutar de la *Luz Divina*.

Una inmensa delicia es sabernos no sólo parte de la *Creación Divina*, sino sabernos parte de la *Fuente de Todo*.

Saber que nuestra vida personal tiene un significado eterno dentro del propósito de la existencia del *Todo*.

Bajo la *Luz Divina* comprendemos que todas las cosas en nuestra vida son mensajes de Dios para nosotros.

En esa *Luz*, Dios nos comparte su *Unidad*, es decir, ese “*Amor*”, “*Ahavá*”, que es numéricamente igual a “*Ejád*”, “*Uno*”.

(“*Ahavá*”, “*Amor*”: ‘Álef’, ‘He’, ‘Vet’, ‘He’ = 1 + 5 + 2 + 5 = 13).

(“*Ejád*”, “*Uno*”: ‘Álef’, ‘Jet’, ‘Dálet’ = 1 + 8 + 4 = 13).

El *Mesías* que ha de venir triunfante es el que ya vino como *Mesías Sufriente*.

Los profetas le llamaron “*Luz*”, como leemos en Isaías 9:2:

“El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos.”

El Evangelista Mateo identifica el comienzo del ministerio público de Jesús de Nazaret con el cumplimiento de la profecía de Isaías:

Mateo 4:13-17: “Dejando Nazaret, Jesús vino y habitó en Capernaum, ciudad marítima, en la región de Zabulón y de Neftalí, para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo asentado en tinieblas vio gran Luz; y a los asentados en región de sombra de muerte, Luz les resplandeció. Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”

De igual modo, la profecía de Isaías es comparada con el Evangelio de Lucas:

Isaías 42:6: “Yo YHVH te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por Luz de las naciones.”

En el Evangelio de Lucas, cuando *José y María* van al Templo de Jerusalem para circuncidar a Jesús en el octavo día de su nacimiento, allí les halla un profeta llamado *Simeón*, hombre justo y piadoso, que esperaba la *consolación de Israel* –hebraísmo para referirse al advenimiento del Mesías- y el Espíritu Santo estaba sobre él, a quien le había sido revelado por el Santo Consolador que no vería la muerte antes que viniese el Ungido del Señor.

Y movido por el Espíritu Santo, vino al Templo de Jerusalem, tomó a Jesús niño en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo:

Lucas 2:29-32: “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación (‘Yeshúa’), la cual has preparado en presencia de todos los pueblos: Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel.”

Jesús es la gloria del pueblo de Dios, y es Luz para los gentiles.

Así lo había proclamado también el profeta Isaías 49:6:

“Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación (‘Yeshúa’, ‘Yeshuati’) hasta lo postrero de la tierra.”

Cinco veces en el primer capítulo del Evangelio de Juan aparece la Luz referida a Jesús:

Juan 1:4-5, 7-14: “En el Verbo estaba la vida, y la vida era la Luz de los hombres. La Luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella... Juan el Bautista vino por testimonio, para que diese testimonio de la Luz, a fin de que todos creyesen por él. No era él la Luz, sino para que diese testimonio de la Luz. Aquella Luz verdadera, que alumbraba a todo hombre, venía a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son

engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.”

Jesús es la Luz verdadera, como Él mismo dijo en Juan 8:12:

“Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida.”

“*La Luz de la Vida*” es un título divino que hallamos en varios textos de las Escrituras hebreas:

Salmo 27:1: “YHVH es mi Luz y mi salvación (‘Yeshúa’); ¿de quién temeré? YHVH es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?”

Isaías 60:1, 19-21: “Levántate, resplandece; porque ha venido tu Luz, y la gloria de YHVH ha nacido sobre ti... El sol nunca más te servirá de luz para el día, ni el resplandor de la luna te alumbrará, sino que YHVH te será por Luz perpetua, y el Dios tuyo por tu gloria. No se pondrá jamás tu sol, ni menguará tu luna; porque YHVH te será por Luz perpetua, y los días de tu luto serán acabados. Y tu pueblo, todos ellos serán justos, para siempre heredarán la tierra; renuevos de mi plantío, obra de mis manos, para glorificarme.”

Y el Apóstol Juan emplea en su Primera Epístola Universal el mismo epíteto de Dios que había empleado en los versículos iniciales del Evangelio que lleva su nombre:

1ª Juan 1:5: “Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es Luz, y no hay ningunas tinieblas en él.”

La Palabra de Dios es Dios, por cuanto Dios está presente en ella...

De modo que la Palabra de Dios es criatura divina en la que la presencia de Dios es esencial.

La *Luz de Dios* es Dios, por cuanto es criatura divina en la que la presencia del Hacedor es igualmente sustancia esencial...

Y eso significa que *Dios es Palabra y Luz*.

Por eso Jesús nos ha declarado en el Evangelio de Juan 8:12: “*Yo soy la Luz del mundo*”, y nos ha encargado que nosotros seamos esa palabra y esa luz, constituyéndonos en discípulos suyos:

Mateo 5:16: “Así alumbre vuestra Luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

Quien no tiene las palabras del Padre, que Cristo ha traído y nos ha enseñado y enseña por medio del Espíritu Santo, no puede saber lo que es bueno para su vida:

Juan 11:10: “El que anda de noche, tropieza, porque no hay Luz en él.”

Juan 3:19-21: “Y esta es la condenación: que la Luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la Luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la Luz y no viene a la Luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la Luz, para que se manifieste que sus obras son hechas en Dios.”

Quiera el Eterno -¡bendito sea su Nombre!- iluminarnos siempre con su *Luz*, el *Santo Mesías* que vendrá triunfante en el tiempo de Dios, tal y como vino al cumplirse el tiempo como *Mesías Sufriente* en la persona de Jesús de Nazaret, nuestro Señor, Redentor y Maestro.

EPÍLOGO

Hemos dicho muchas cosas en el curso de estas páginas.

Algunas bastante tristes y amargas. No es para menos.

Pero las buenas y alegres creemos superan en mucho a las turbias.

Nosotros no nos hemos inventado la historia del cristianismo organizado, sino que nos hemos encontrado con él.

En todo caso, sólo hemos sufrido algunas de sus aristas.

Nos lo hemos encontrado ya hecho y bien arraigado en los corazones de muchos hermanos y hermanas.

Pero si has tenido la paciencia de leer lo aquí dicho habrás comprendido lo que queremos expresar al referirnos a Jesús de Nazaret como el “*Santísimo Cristo de El Congosto*”. Si así no fuera, no dudes en ponerte en contacto conmigo para hablar en persona y tratar de clarificar cuantos conceptos sean precisos.

Sólo pretendemos compartir una experiencia, una esperanza, una manera de contemplar la historia y la vivencia de nuestra fe, sin confundir a Jesús de Nazaret con el cristianismo organizado.

Es el “*Cristo*” que conocemos por la Sagrada Escritura y por la experiencia.

Es el Señor cuyas enseñanzas no están recogidas en las confesiones de fe ni en los credos del cristianismo institucionalizado, ni tan sólo una de ellas, como cualquiera puede fácilmente constatar.

Mientras tanto, ese cristianismo organizado va asemejándose cada vez más al sistema que la Sagrada Escritura presenta bajo el epíteto de “*Babilonia*”:

Apocalipsis 18:1-5: “Después de esto vi a otro ángel descender del cielo con gran poder; y la tierra fue alumbrada con su gloria. Y clamó con voz potente, diciendo: Ha caído, ha caído la gran Babilonia, y se ha hecho habitación de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y aborrecible. Porque todas las naciones han bebido del vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites. Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados, ni recibáis parte de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades.”

¿Quién es el “*pueblo mío*” y quién es la gran “*Babilonia*”?

El Apóstol Pablo profetizó al pastor Timoteo diciéndole, y a nosotros también, que vendrían tiempos muy difíciles, y que bajo apariencia de cristianismo habría una realidad repugnante de apostasía inimaginable:

2ª Timoteo 3:1-5: “También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita.”

Esta descripción horrenda no corresponde al mundo incrédulo sino a una cristiandad constituida por quienes habrán convertido *la gracia de Dios en libertinaje*, hacedores y proclamadores de un pseudo-evangelio abominable engarzado en el sistema mundial que la Sagrada Escritura identifica con “*Babilonia*”, madre de todas las meretrices religiosas que ha habido en esta tierra.

Este adulterio espiritual es el que constituye el núcleo del cristianismo organizado, una fraudulenta forma religiosa que emplea el glorioso nombre de Jesucristo y un lenguaje tomado de la Biblia, pero que se ajusta a la perfección a la descripción de los hombres del sistema religioso de los últimos tiempos que el Apóstol Pablo nos da, especialmente en lo que se refiere a la apariencia de piedad junto a la negación de la eficacia de la misma.

El cristianismo organizado, como hemos procurado describirlo en estas páginas, da todas las señales de seguir el camino de la *Bestia* en lugar del camino de los Mandamientos de Dios nuestro Señor. Sus aspiraciones, con el objeto de ganar adeptos y poder, se centran en adaptarse al sistema mundial y rebajar las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo para conformarse a los designios del sistema imperante, ser políticamente correcto y lograr una posición social de adaptabilidad y conformidad con la sociedad dirigida y modelada por el estado secular y sus necrófilos patrocinadores.

El propio Señor Jesucristo nos ha declarado: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” (Mateo 7:21-23).

La traducción del griego “*anomia*” por “*maldad*” es fácilmente confundible. No se trata de cualquier clase de obra mala, sino de “*vivir fuera de la Santa Ley de Dios*”. Esto, naturalmente, concuerda con la enseñanza de nuestro Salvador en Mateo 5:17-20:

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasarán de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.”

Mientras el cristianismo organizado dirige sus fuerzas y energías hacia su perpetuación y conformidad al mundo, quienes hemos crucificado nuestra carne, es decir, nuestra vieja naturaleza con sus pasiones y deseos, dirigimos todas las fuerzas y energías que el Santo Espíritu de Dios trae a nuestra existencia para vivir alejados del pecado en esa vida victoriosa que Dios tiene para quienes aman y obedecen a su Hijo Jesucristo:

Gálatas 5:24: “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu (Santo), andemos también por el Espíritu (Santo).”

Como cristianos nacidos de nuevo, de lo alto, de simiente incorruptible, del Espíritu Santo, no podemos vivir en paz dentro de un sistema prostituido. En estos últimos días millones de hombres y mujeres dentro del nominalismo cristiano estamos abriendo nuestros ojos a la realidad de la depravación de *Babilonia*, la madre de todas las ramerías espirituales de la historia, el sistema que pronto será presidido por la *Bestia*, conforme a las Escrituras.

Habrán muchos también que sobre el fundamento de sus buenas intenciones creerán que desde dentro de las instituciones religiosas podrán reformar la rama del cristianismo organizado en que se hallen. Procurarán obedecer a Dios antes que a los hombres, como hicieron o procuraron hacer todos los que en el pasado intentaron reformar las estructuras eclesíásticas, pero o bien abandonarán su empeño o recibirán el mismo trato que quienes les precedieron en su labor. Sus voces serán sofocadas, y ellos, además de ser silenciados, serán excluidos, ignorados, desprestigiados, difamados y en algunos casos extremos serán incluso eliminados.

Pero ¿dónde habrán de ir aquellos a quienes nuestro Señor dice: “¡Salid de ella, pueblo mío!”?

Hebreos 13:13: “Salgamos, pues, a él (a Jesús), fuera del campamento, llevando su vituperio.”

¿Qué fue lo que le aconteció a nuestro Señor Jesucristo “*fuera del campamento*”, apartado de la aprobación de los humanos y el cumplimiento satisfactorio de sus expectativas? Sólo hay una respuesta: Fue crucificado. Y del mismo modo, fuera del campamento es el destino de quienes queremos vivir la vida crucificada con Cristo, alejados de las expectativas de los hombres, asqueados de la gloria que constantemente están dándose unos a otros dentro del repugnante sistema de nepotismos y maquillajes, pedigríes y favoritismos.

No nos sentimos satisfechos sólo por la crucifixión de Jesucristo por nuestros pecados, sino que anhelamos vencer al pecado y vivir con nuestro Señor ahora, en esta vida, y por toda la eternidad.

2ª Corintios 5:14-15: “Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.”

Aunque nuestro bendito Salvador murió por los pecados de todo el mundo, quienes hemos experimentado el nuevo nacimiento de la regeneración, habiéndonos arrepentido verdaderamente y refugiado en Cristo Jesús, vivimos en la inmensa gratitud impagable hacia nuestro Redentor por su infinita misericordia. Confesamos nuestros pecados a quien ha prometido perdonarnos y limpiarnos con su fidelidad y su justicia, pero nos sentimos incómodos en un entorno en el que se predica el perdón de los pecados sin arrepentimiento, se proclama un mensaje de esperanza basado en la falsedad de vivir en pecado bajo la gracia, y se convierte esa gracia divina en un libertinaje atroz, ocultando que Jesucristo es el *Cordero de Dios* que “*quita*” el pecado del mundo, no que “*pasa por alto*” el pecado de quienes no han crucificado su carne con sus pasiones y deseos juntamente con Cristo.

Tito 2:11-15: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie.”

Es el propio Dios quien reúne en su cuerpo, es decir, en Jesucristo su Hijo, a todos los dispuestos a vivir una vida crucificada, en fidelidad al Mesías, su Esposo celestial, como posesión preciosa, comprados al precio de la sangre, es decir, de la vida de Jesús de Nazaret:

Apocalipsis 19:7: “Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.”

Apocalipsis 21:1-4: “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la Nueva Jerusalem, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.”

No nos queda mucho más por decir, al menos por el momento. Sólo que la indignación no frena nuestro compromiso en la predicación del *Evangelio de Jesucristo*, el *Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios*, ni sofoca nuestra esperanza mesiánica compartida con todos cuantos han vivido y viven en la esperanza del *Deseado de todas las naciones*.

Ahora queremos poner un par de broches finales a nuestros pensamientos citando el artículo de José Martínez Ruiz, el gran escritor conocido por todos nosotros como “Azorín”, titulado “*El Cristo Nuevo*”, y publicado en “*El Porvenir del Obrero*”, número 91, con fecha de un 8 de

febrero del año 1902, así como unos fragmentos de algunos poemas de un admirado hermano en Cristo Jesús.

“El Cristo descendió de su cruz y dijo al creyente que oraba de rodillas ante él:

-Hijo mío, sois unos imbéciles. Hace veintiún siglos que predije la paz, y la paz no se ha hecho.

Predije el amor, y continúa la guerra entre vosotros;

Abominé los bienes terrenos, y os afanáis por amontonar riquezas.

Dije que todos sois hermanos, y os tratáis como enemigos.

Hay entre vosotros tiranos y hay gentes que se dejan esclavizar.

Los primeros son malvados; los segundos son idiotas.

Sin la pasividad de éstos, no existirían aquéllos.

Grande es la crueldad de los unos, mayor es la resignación de los otros.

¿Por qué sufrir en silencio cuando se tiene la fuerza del número... del derecho?

No fue ese el espíritu de mis predicaciones; vosotros, los republicanos de la religión, las habéis falseado.

Yo vi el origen del mal en la autoridad y en su órgano el Estado, y por eso me persiguieron.

Desconocí el poder de los Césares, como atentatorio a la libertad humana, y por eso perezí en la cruz.

Uno de mis más amados discípulos, Ernesto Renán, ha dicho que yo fui un anarquista.

Si ser anarquista es ser partidario del amor universal, destructor de todo poder, perseguidor de toda ley, declaro que fui anarquista.

No quiero que unos hombres gobiernen a otros hombres; quiero que todos sean iguales.

No quiero que trabajen unos y que otros, en la holganza, consuman lo producido; quiero que trabajéis todos.

No quiero que haya Estados, ni Códigos, ni ejércitos, ni propiedad, ni familia.

Quiero que todos os tengáis tan grande amor que no necesitéis ni verdugos, ni jueces:

Que miréis como hijos vuestros a todos los niños y como esposas o esposos a todas las mujeres u hombres.

Que seáis una gran familia feliz, sana y laboriosa.

¿Por qué no lo hacéis así, hijos míos?

¿Por qué sois tan malvados que os complacéis en destrozaros?

La tierra es grande y fecunda...

Los campos producen lo necesario para que todos viváis...

La mecánica ha llegado a tan maravilloso grado de perfección que aplicando sus descubrimientos y los de la higiene a la fábricas y las minas, el trabajo trocaríase de penosa tarea en alegre entretenimiento.

Entonces trabajaríais todos, como todos hoy tenéis gusto en disfrutar de los placeres de un deporte, y en tres horas de ese trabajo alegre y voluntario recibiríais los múltiples menesteres de la vida social, que hoy reciben unos cuantos.

No habría entonces explotadores ni explotados, no habría señores y vasallos, no habría monarcas y súbditos.

Con la propiedad desaparecería la sed de riquezas, el afán de lucro, la eterna rivalidad entre los pueblos, el asesinato lento en el taller insalubre de millones de seres humanos.

No padecería la mujer, sin la autoridad del esposo, la tiranía que al presente padece.

No sería el amor fórmula hipócrita sancionada por la iglesia o por el Estado; sería pasión espontánea y voluntaria.

No sería esclavitud de la mujer al hombre, porque tan libre y dueña de la tierra como aquél sería ésta, y para nada tendría que preocupar el porvenir de los hijos.

No cometería tampoco nadie la ligereza de jurar amor eterno, como si el amor dependiese de la voluntad y de él se pudiese responder libremente.

No habría naciones diferentes; los ríos y las montañas no servirían de barrera para que los hombres dejaran de ser hermanos.

Las fronteras que separan a los pueblos, no serían motivo para que os hicierais cruda guerra.

Lo que hoy reputáis injusto para unos y justo para otros, sería entonces igualmente dañoso para todos.

El asesinato sería un crimen, y lo sería también la guerra.

Sería condenable la mentira de que usáis en los tratos de pueblo a pueblo, tanto como hoy es aplaudida.

La moral sería la misma para todos, y no se alteraría su esencia ni su forma con diversidad de razas y países.

No cometeríais la inhumanidad de encerrar al delincuente en una prisión, como si con ello pudierais enmendar la falta que es imputable a vosotros y no a él.

Al desgraciado que realizase un acto inmoral le trataríais como a un enfermo, y no agravaríais su mal privándole de la libertad, el don más preciado entre los hombres.

Si desaparecieran las causas del crimen, ¿no desaparecería el crimen?

¿Habría rapiñas sin propiedad?

¿Habría celos sin el monopolio de la mujer?

¿Habría rencillas por el poder sin el poder?

Hijos míos, ¿por qué sois tan imbéciles? ¿Por qué sois tan tiranos los unos y resignados corderos los otros?

Sacudid el yugo los que sufrís la tiranía; destruid la opresión los que vivís esclavizados.

Con vosotros, los obreros, está la fuerza; vosotros sois el mayor número.

Si agonizáis en las fábricas es porque no tenéis la entereza de saber vuestro derecho.

Levántate, levántate, hijo mío. No es de los tiempos que corren la oración, no es de esta época de lucha la resignación mística.

Me habéis injuriado gravemente. Habéis disfrazado mis doctrinas. No legitiméis con mi nombre la explotación.

Los que mantienen gobiernos y soldados no son mis discípulos.”

José Martínez Ruiz (Azorín).

Y ahora aquí van estos versos de un hermano admirado:

“Yo, pecador y obispo, me confieso
de soñar con la Iglesia
vestida solamente de Evangelio y sandalias;
de creer en la Iglesia,
a pesar de la Iglesia algunas veces;
de creer en el Reino, en todo caso,
caminando en Iglesia...”

Yo, pecador y obispo, me confieso
de abrir cada mañana la ventana del Tiempo;
De hablar como un hermano a otro hermano;
De no perder el sueño, ni el canto, ni la risa;
De cultivar la flor de la Esperanza,
entre las llagas del Resucitado.”

“Tu mitra
será un sombrero de paja
sartanejos;
el sol y la luna;
la lluvia y el sereno;
el pisar de los pobres con
quienes caminas
y el pisar glorioso de
Cristo el Señor.
Tu báculo

será la verdad del Evangelio
y la confianza de tu pueblo
en ti.

Tu anillo

será la fidelidad a la Nueva
Alianza del Dios Liberador
y la fidelidad al pueblo de
esta tierra.

No tendrás otro

Escudo

Que la fuerza de la

Esperanza

y la libertad de los hijos de

Dios.

No usarás otros

Guantes

que el servicio del Amor.”

Me llamarán

subversivo.

Con un callo por anillo,

Monseñor cortaba arroz.

¿Monseñor “martillo

Y hoz”?

Me llamarán subversivo.

y yo les diré: lo soy,

por mi pueblo en lucha,

vivo.

Con mi pueblo en marcha,

voy.

Tengo fe de guerrillero
y amor de revolución.
Y entre Evangelio y canción
sufro y digo lo que quiero.
Si escandalizo, primero
quemé el propio corazón
al fuego de esta Pasión,
Cruz de Su mismo madero.
Incito a la subversión
contra el Poder y el Dinero.
Quiero subvertir la Ley
que pervierte al Pueblo en
Grey
Y al Gobierno en carnicero.
Mi Pastor se hizo Cordero,
Servidor se hizo mi Rey.
Creo en la Internacional
de las frentes levantadas,
de la voz de igual a igual
y las manos enlazadas...
Y llamo al Orden de mal,
Y al Progreso de mentira.
Tengo menos Paz que ira.
Tengo más amor que paz.
¡Creo en la hoz y el haz
De estas espigas caídas:
Una Muerte y tantas vidas!
¡Creo en esta hoz que
avanza
-bajo este sol sin disfraz
y en la común Esperanza-
tan encorvada y tenaz!

Mis manos, esas manos y
Tus manos
hacemos este Gesto,
compartida
la mesa y el destino, como
Hermanos.
Las vidas en Tu muerte y en
Tu vida.
Unidos en el pan los
muchos granos,
iremos aprendiendo a ser la
Unida
Ciudad de Dios, Ciudad de
los humanos.
Comiéndote sabremos ser
comida.
El vino de sus venas nos
provoca.
El pan que ellos no tienen
nos convoca
a ser Contigo el pan de cada día.
Llamados por la Luz de Tu
memoria
marchamos hacia el Reino
haciendo Historia,
fraterna y subversiva Eucaristía.”

El hermano pastor y poeta, autor de estos versos, es Pedro Casaldáliga Pla, nacido en 1928, quien renunció al episcopado católico en el año 2003.